

Revista de **FOLKLORE**

Fundación Joaquín Díaz



De las abejas la miel y del sensato el saber3

Joaquín Díaz

Toponimia y apicultura en el norte de Palencia (I)4

Ricardo Blanco Roldán

Cantares filosóficos, religiosos y circunstanciales de Adeje, isla de Tenerife42

Andrés Monroy Caballero

Escenas cotidianas en un libro del siglo XVI (un resumen en latín de Cuthbert Tunstall de la *Ética de Aristóteles*) editado en Lovaina: el arte como nexo entre lo popular y lo académico51

Lorenzo Martínez Ángel

El culto a la Virgen de la Cabeza en Canillas de Aceituno, pueblo de la Axarquía de Málaga54

José Luis Jiménez Muñoz

Las piedras resbaladeras de Mata de Alcantara y su interpretación. El paraje arqueológico de la Canchera de la Azotea56

José Antonio Ramos Rubio y Alberto Durán Sánchez

El monolito de Tláloc de San Miguel Coatlinchán y su traslado al Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México.

Perspectivas de los graniceros ante una piedra «viva»63

David Lorente Fernández

«El Hereje». De la palabra a la imagen.....71

Eduardo Alonso Franch

Tiempo de «Pegas». Una tradición de invierno perdida que llegaba a su culmen en Carnaval83

Francisco Javier de la Cruz Macho

SUMARIO

Revista de Folklore número 503 – Enero 2024

Dirige la *Revista de Folklore*: Joaquín Díaz

Producción digital, diseño y maquetación: Luis Vincent

Todos los textos e imágenes son aportados y son responsabilidad de sus autores

Fundación Joaquín Díaz - <https://funjdiaz.net/folklore/>

ISSN: 0211-1810

DE LAS ABEJAS LA MIEL Y DEL SENSATO EL SABER

Al ciudadano del mundo de este siglo XXI tan violento y tan necio podría darle la impresión –equivocada, ya lo anticipo– de que se ha dicho todo acerca de las creencias, costumbres y oficios tradicionales del pasado. Desgraciadamente, sin embargo, mucha y variada documentación que se podría haber dejado escrita sobre esos temas (en realidad sobre la vida del individuo y sus afanes), desapareció con la memoria de tantos y tantos ancianos a los que nadie preguntó nada durante casi cien años porque las últimas generaciones pensaron que para qué preguntar si todo lo sabían ya... Quienes hemos dedicado la vida a escuchar y admirar las experiencias de los demás, sabemos, no obstante, que aquella actitud altanera y despectiva era vana soberbia y que la cultura inmaterial –esa que nadie se preocupaba de anotar– era también Patrimonio con mayúscula, siquiera lo hayamos venido a «descubrir» un poco tarde. Reciente es también, por tanto, el interés despertado en estudiosos y en la propia sociedad hacia las personas que han conservado amorosamente aquel Patrimonio y, más aún, hacia un tipo de repertorio sagrado que incluía elementos de la sabiduría antigua jamás escrita. Todavía estamos a tiempo de hacer hablar a quienes se especializaron, por curiosidad y por vocación, en el aprendizaje y en la transmisión de conocimientos cuyo valor principal estaba en su cualidad de bien público, entregado luego para el uso particular en cualquier tiempo y en cualquier ocasión. Ese sentido práctico –tesorar y entregar experiencias– fue más frecuente

en los habitantes del medio rural, dejando para estudiosos la labor de escudriñar los misterios de la naturaleza, «disquisiciones más gratas a los aficionados a las letras, que las leen en medio de su ocio...» como acertaba a ver Columella, aquel gran escritor cuyas reflexiones sobre la agricultura y la apicultura todavía se leen con placer.

Temprano se produjo el descubrimiento de la importancia que para el ser humano podían tener las abejas: una de las leyendas acerca del nacimiento de Zeus, el sexto hijo de Cronos y Rea, le presentaba, recién nacido, cuidado por la ninfa Adrastea y alimentado con miel de abejas. Filósofos como Platón y Aristóteles encontraron para sus contemporáneos cualidades admirables en el comportamiento y producción de la abeja, y escritores como Virgilio, en sus *Geórgicas*, sembraron el germen de la admiración e interés despertados hasta nuestros tiempos por la actividad apícola.

Sorprende encontrar todavía en algunas zonas de España una costumbre antigua y muy extendida consistente en atraer a las abejas con sonido continuado de la voz o de algún instrumento. Así lo reflejaba hace más de tres siglos el grabador Arnold Vanwestrout en la lámina CIV del *Gabinetto Armonico*, obra debida a la pluma del jesuita Filippo Bonanni y a la curiosidad infatigable de su maestro, el nunca suficientemente admirado Athanasius Kircher.

CARTA DEL DIRECTOR

TOPONIMIA Y APICULTURA EN EL NORTE DE PALENCIA (I)

Ricardo Blanco Roldán

A la memoria de mi padre, Gregorio Blanco Rodrigo

En esta serie de dos artículos se pretende explorar la huella que, en la toponimia del norte de la provincia de Palencia, ha dejado la apicultura tradicional. Esto nos servirá, además, para adentrarnos en este secular y singular aprovechamiento, desarrollado en la mayoría de los pueblos palentinos desde la Antigüedad hasta hace medio siglo. En esta primera entrega, tras aproximarnos a las características generales de esa apicultura tradicional palentina y ofrecer algunas nociones básicas de Toponimia, comenzaremos nuestra investigación con el estudio de la impronta que la actividad ha dejado en el Mapa Topográfica Nacional.

Introducción

Aunque pocas veces se hace referencia a ello debido a que sus principales productos, la miel y la cera, se han ido sustituyendo paulatinamente en el último siglo por otras elaboraciones más o menos artificiales, y los usos que se le daba, sobre todo a la cera, han ido dejando de tener sentido por el abandono de las prácticas en las que se utilizaban, las abejas y su cultivo, la apicultura, tuvieron un papel muy importante en las economías y en la vida de nuestros antepasados, desde la Prehistoria hasta los tiempos de nuestros abuelos, en los dos primeros tercios del siglo pasado. En efecto, la miel se ha utilizado a lo largo de la historia como alimento, edulcorante, preparación de bebidas (hidromiel y enomiel), en medicina y farmacia (para la curación de las más variadas dolencias), cosmética e incluso en el embalsamamiento de cadáveres. Por todos estos usos (y más que no citamos), así como por su papel protagonista en varios mitos de la Antigüedad, la miel se convirtió para las

primeras civilizaciones en un producto sagrado y casi mágico. Y otro tanto podemos decir de la cera, con la que se fabricaban las velas y velones que alumbraban las casas y, sobre todo, los templos, además de exvotos para ofrendas, moldes de cera perdida para la fabricación de diferentes objetos (como por ejemplo, campanas), betún y barnices, sin olvidar su uso en la medicina y cosmética domésticas o en otros asuntos (algunos de ellos causarían no poca sorpresa). Pero además de por fabricar la miel y la cera, se tenía en alta estima a las abejas por sus sociedades perfectamente organizadas y jerarquizadas, cuyo mejor reflejo eran las colmenas que construían gracias a su laboriosidad. Esto las convirtió en una alegoría del buen gobierno y un referente a seguir por las sociedades humanas, que, a semejanza del insecto, debían construir una sociedad igualmente ordenada, un reino recto, justo y armónico. Estas ideas, nacidas en el hombre prehistórico y desarrolladas inicialmente por los autores grecorromanos (sobre todo, por el *De Animalibus* de Aristóteles y la *Naturalis Historia* de Plinio), llegaron hasta bien entrado el Renacimiento (Redondo Jarillo 2009: 247, 252-254).

A pesar de este conocimiento ancestral de la miel y la cera, eran estos bienes relativamente escasos y poco frecuentes, apenas asequibles para algunos (De Almeida y Morín de Pablos 2012, 725). Por ello, y por sus múltiples usos y propiedades, también desde las primeras civilizaciones se intentó la domesticación de las abejas para conseguir una más fácil despensa de miel. Y no es aventurado pensar que, con la mera observación de la naturaleza, en estas civilizaciones los troncos huecos de árboles sirvieran como primeras colmenas; y «la colmena es precisamente la pieza que permite distinguir

la apicultura de la simple recolección de miel» (Bonet Rosado y Mata Parreño 1995, 279). Así, no sorprende que sean de gran antigüedad los primeros testimonios de la práctica apícola, en concreto los aparecidos en el Antiguo Egipto, donde en el II milenio antes de Cristo estaba ya extendido el cultivo de las abejas, lo que demuestra su domesticación (Pérez Castro 1994, 17). Particularizando estos orígenes para nuestro país, y dejando a un lado la mítica figura de Gárgoris¹, los hallazgos arqueológicos efectuados sobre todo (aunque no sólo) en el Levante, y datados a partir del s. III a. de C., nos hablarían ya de unas primeras colmenas cilíndricas de barro destinadas a la cría de las abejas para la producción de miel y cera para el consumo familiar, local o, a lo sumo, comarcal, pero parece que no a gran escala (Bonet Rosado y Mata Parreño 1995, 280-284).

Esta lejana en el tiempo presencia de la apicultura en nuestro país se ve corroborada con la aparición de topónimos antiguos de ella derivados, perfectamente constatables al menos desde la romanización. Así, Fernández Uriel (2017, 926-927) recuerda la presencia de dos ciudades cuyos nombres se relacionan con la miel en el sur peninsular (*Mellaria/Melissa*), que podrían aludir a centros productores de cera y miel, una en la comarca de San Roque (Cádiz) y otra en la Sierra Morena cordobesa (cerca de la actual Fuenteovejuna). Y si bien el principal topónimo apícola de la toponimia mayor española es el de «Colmenar», son también frecuentes otros que hacen referencia a la actividad, lo que se-

1 Según el relato mítico del historiador romano Justino, Gárgoris, rey de Tartesos hacia el 1000 a.C., fue el descubridor de la recolección de la miel, describiendo su aprovechamiento y enseñándoselo a su pueblo, razón por la que será apodado como *El Melícola* (Julio Caro Baroja, *Los Pueblos del Norte*, Segunda Edición –San Sebastián: Editorial Txertoa, 1973–, 290; Guzmán Álvarez, en Luis Méndez de Torres, *Tratado Breve de la Cultivación y Cura de las Colmenas. Ordenanzas de Colmenería de la Ciudad de Sevilla y su Tierra. 1586* –Sevilla: José Guzmán Álvarez y Consejería de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía, 2006–, 18-19; Fidela Pérez Castro, *Los colmenares antiguos en la provincia de León* - León: Caja España, 1994-, 17).

gún Nieto Ballester (1997, 136) se debe a la importancia de la misma en tiempos pasados en los que la escasez del azúcar, cuando no su inexistencia, hacía de la miel un elemento indispensable y no solo en la cocina; por ejemplo, en su diccionario el autor cita como apícolas los nombres de localidades como Abejar (además de otros derivados de «abeja», como Abejal, Abejas o Los Abejones) o Piera (del latín *apia-ria*, del que derivarían Pira, Biar o El Viar) (Nieto Ballester 1997, 24, 89 y 281-282)². Otro tanto ejemplifica Concepción Suárez (1990, 617) para un ámbito mucho más reducido, la toponimia menor de Asturias, donde estos topónimos apícolas señalan los nombres de parajes y lugares relacionados tanto con el propio insecto (*abeya*, *abecha*) como con la «casa de las abejas» (*trué-bano*) o el material arbóreo para su construcción (*arnos*),

[...] palabras con bases léxicas distintas en su origen y en el tiempo, pero con funciones semejantes: designar los lugares frecuentes o propios de estos insectos, a donde los pobladores podían acudir cada seronda [otoño] y primavera, en la certeza de asegurarse unos tarreños [vasijas de barro] de miel para su dieta y cera para alumbrar³.

2 Indudablemente el más expresivo de estos nombres de localidades es el de *Colmenar* (y sus derivados), del que, según el Nomenclátor del INE (2022), hay hasta 13 representaciones en España, a saber: Colmenar de la Sierra, en Guadalajara; Colmenar del Arroyo, Colmenar de Oreja, Colmenar Viejo y Colmenarejo, en Madrid; Colmenar, Colmenarejo y El Colmenar, en Málaga; El Colmenar, en Murcia; Colmenares de Ojeda, en Palencia; Colmenar Alto y Colmenar Bajo, en Gran Canaria; y Colmenar de Montemayor, en Salamanca. Ampliaremos la información sobre este topónimo mayor cuando abordemos el que nos compete en este artículo, el de la palentina Colmenares de Ojeda.

3 Una relación de referencias bibliográficas a topónimos apícolas en las distintas geografías y lenguas de España la recoge este autor en su trabajo (Julio Concepción Suárez, «Toponimia de las abejas entre los pueblos de Lena», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 135 -1990-: 620-621, 623-624).

Y es que esa importancia de las abejas y sus productos miel y cera, tanto en las economías domésticas rurales como en las muchas otras facetas de la vida de sus pobladores de las que hablamos al comienzo, ha tenido su reflejo en los nombres de muchos lugares y parajes de nuestro país, salpicando las toponimias mayores, pero sobre todo menores, de la mayor parte de las provincias españolas, como la de Palencia, en la que se centrará este trabajo.

Pretendemos aquí recopilar los topónimos con significado apícola de la parte norte de la provincia palentina, intentando relacionarlos con las tradiciones apícolas existentes en este territorio. En todo caso, consideraremos aquí a la toponimia (sin ánimo de polemizar sobre conceptos pero sí de simplificarlos –esperemos que no en demasía–), tanto «al conjunto de los nombres de lugar de una determinada región» como al «estudio del origen y significación de los nombres propios de lugar» (Dirección General del Instituto Geográfico Nacional 2005, 95)⁴. Y haciendo nuestras las palabras de Nieto Ballester (2000, 397) en su estudio sobre los topónimos derivados del latino *fonte*, modestamente pensamos que, aun a pesar de que alguna de

las interpretaciones de los topónimos que aquí emitamos pueda estar equivocada, estos errores serán poco significativos entre el conjunto total, por lo que «[l]a negación, verosímil, de algunos de nuestros ejemplos no puede suponer la negación del conjunto de las hipótesis» que proponemos sobre la relación entre la toponimia y la apicultura tradicional en el norte de la provincia de Palencia.

La apicultura tradicional en el norte de Palencia

Cuando se habla de apicultura tradicional en España, saltan inmediatamente a nuestra mente esas colmenas fabricadas a partir del vaciamiento de una troza de un árbol, puestas verticalmente en el suelo y rústicamente tapadas, las más de las veces, por chapas metálicas aseguradas con piedras para evitar que el viento las levante. Son estas colmenas las denominadas, en la mayor parte de la geografía española, dujos, aunque también vasos, peones, truébanos, arnales ... Pero no sólo sería obligado acordarse de ellas, sino también de las colmenas de tablas, los «cajones de tablas iguales» como las definía Baeschlin (1930, 127) para los caseríos vascos, muy extendidas por la Meseta Norte y que podríamos considerar como el último modelo de colmena tradicional antes de la llegada de las colmenas movilizadas, esos ingenios procedentes de allende los mares que revolucionaron la apicultura⁵.

4 En las Normas para el uso de la toponimia en el MTN25 se expone de manera sencilla la problemática a este respecto. Así, cita la definición que da de «toponimia» el Diccionario de la Real Academia Española: «[el] estudio del origen y significación de los nombres propios de lugar», aunque también la aportada por el filólogo Fernando Lázaro Carreter en su *Diccionario de términos filológicos*, según el cual la toponimia sería la «rama de la Onomástica destinada al estudio de los nombres de lugar», es decir, el «estudio de los topónimos en su sentido más amplio, sin dar prioridad a la etimología o procedencia de los nombres». Sin embargo, continúan las Normas diciendo que «[t]ambién se denomina toponimia al conjunto de los nombres de lugar de una determinada región», y que «[p]or este motivo, hay autores que prefieren utilizar el término toponomástica para referirse a la disciplina del estudio de los topónimos, como una parte de la Onomástica (ciencia que estudia los nombres propios), reservando el de toponimia sólo para el conjunto de nombres de lugar» (Dirección General del Instituto Geográfico Nacional, *Toponimia: Normas para el MTN25. Conceptos básicos y terminología*, Publicación Técnica núm. 42 -Madrid: Ministerio de Fomento, 2005-, 95).

5 Las colmenas de cuadros móviles, que iban proliferando en Europa y EE.UU. desde mediados del siglo XIX, no comenzaron a ser mayoría en España hasta bien entrado el siglo XX (Anna María García Codina, *La Apicultura en la provincia de Guadalajara. Del Antiguo Régimen a la Modernidad*, Universitat Rovira i Virgili –Barcelona–, Tesis doctoral 2017: 216-218). En ellas se colocan cuadros extraíbles, formados por un marco de madera con una lámina de cera prefabricada con el inicio de la celdilla, en los que las abejas fabrican esas celdillas para depositar la miel; esto permite la extracción del cuadro para obtener el producto (lo que se denomina *castrado* o *catado* de las colmenas), y una vez limpio, volver a colocarlo en la colmena. Por el contrario, en las colmenas tradicionales (del tipo fijista, por contraposición



Fotografía 1: Dujos en el pueblo lebaniego de Avellanedo (T.M. Pesaguero, Cantabria). Los dos extremos son dujos de corcho, mientras que la segunda por la izquierda es una colmena de tablas

La primera tipología de colmenas, es decir los dujos, parecen vinculadas a los pueblos del norte de Europa establecidos en áreas boscosas. De ahí que en España abunden sobre todo al norte y oeste del río Duero, de un modo similar a la de otras construcciones de la cultura castreña celtas (Díaz y Otero y Naves Cienfuegos 2010: 2). El aprovechamiento de estos dujos se hacía mediante su asentamiento sobre el territorio, generando núcleos de colmenas en lugares montaraces apropiados para ello; si eran pocas, podían estar en los patios de las casas

a las anteriores, del tipo movilista), las abejas fabrican su propio panal adherido a sus paredes; de ahí que haya que extraer completo el panal y que las abejas tengan que empezar de cero la elaboración de uno nuevo, al contrario que en las movilistas, donde las abejas se encuentran con el trabajo bastante avanzado como hemos dicho, lo que redundará en un aumento de la producción.

(Fotografía 1). Dentro de este grupo se encontrarían también las colmenas de corcho, las habituales en Sierra Morena y otras zonas serranas con alcornoques. Para algunos tratadistas éstas eran las mejores gracias al superior aislamiento térmico que procuraban a los enjambres, lo que redundaba en una mayor producción; supusieron además un importante avance en lo que se refiere a la intensificación de la práctica de la trashumancia, debido a que su menor peso y volumen facilitaba su transporte⁶.

⁶ Por ejemplo, en tierras albaceteñas y a partir del siglo XVIII, la sustitución de los dujos de encina o de las colmenas cilíndricas de esparto trenzado por estas de corcho facilitó las operaciones de transporte (una montura podía transportar quince colmenas de corcho, en lugar de cinco de esparto), por lo que los apicultores, aun a pesar de su mayor coste (el corcho había que traerlo de Castellón o de Sierra Morena), las preferían por conseguir

Por su parte, las colmenas de tablas eran cajas de forma troncopiramidal cuyos laterales se construían con dos gruesas tablas alargadas, mientras que la base y la cara superior estaban hechas, bien con otras dos tablas alargadas, bien con cortas tablas dispuestas perpendicularmente a las laterales. Para la clavazón de estas tablas se utilizaban clavos de hierro, aunque a veces también de madera. Este tipo de colmenas solían instalarse en los colmenares de caseta (de ellos hablaremos más abajo). Para Pérez Castro (1994, 38 y 44), estas colmenas son las sucesoras de los dujos, perviviendo hasta la aparición de las colmenas modernas americanas o de perfección. A pesar de su más fácil fabricación (no precisaban la ardua tarea de vaciar la troza), dicha autora opina que este modelo de colmena era más frágil y menos compacto que el dujo, por lo que no proliferaron tanto como aquél⁷.

Particularizando ya sobre la práctica de la apicultura tradicional en el norte de Palencia, en su interesante trabajo sobre la apicultura tradicional palentina Martín Criado (2001, 321-326) concluye, al hablar de la zona más septentrional de la provincia, y de manera similar a como lo hacen otros estudiosos de la apicultura tradicional de la montaña cantábrica, que en la Montaña Palentina fue ésta una actividad económica secundaria y complementaria al cui-

con ellas una mayor producción apícola al posibilitar la trashumancia en busca de las floraciones de temporada (con los otros tipos de colmena, era ésta una práctica minoritaria debido a la dificultad de su transporte) (Guy Lemeunier, «La apicultura en Francia y España entre los siglos XVIII y XIX», *Historia Agraria* 54 -2011-:21 y 35).

7 Otro tipo de colmenas en la tradición apícola española, inexistentes en nuestra zona de estudio, eran las de cestería (fabricadas a partir del trenzado de mimbre, esparto, zarzamora, caña u otras especies vegetales y su posterior recubrimiento exterior con una mezcla de barro, paja, boñiga, yeso o ceniza; abundaban allí donde los terrenos forestales eran más escasos), las colmenas cerámicas (poco extendidas quizás por su incapacidad para amortiguar las temperaturas exteriores tanto en verano como en invierno) y las de yeso o barro empajado para adaptarlas en colmenares de caseta.

dado de cultivos y ganados, y cuyos productos (miel y cera, básicamente) se reservaban para el autoconsumo. Así, se poseían dos o tres colmenas de las que su dueño se acordaba cuando había que catarlas; o si se disponía de un colmenar, su cuidado se llevaba a cabo en los tiempos perdidos de aquellos días que, por cualquier circunstancia, no se podían dedicar a la actividad agropecuaria principal. No obstante lo anterior, también se daban casos de apicultores más profesionales, existiendo en la mayoría de los pueblos una o dos personas que vendían la miel de sus colmenas al resto de sus convecinos e, incluso, comerciaban con los productos obtenidos no sólo en otros territorios palentinos, sino también en los vecinos de Liébana e incluso en Asturias⁸.

En esta apicultura tradicional del norte de Palencia (vamos a conciencia a seguir siendo geográficamente imprecisos; cuando proceda, definiremos con detalle el ámbito espacial de nuestro estudio), colmenas y colmenares son quizás las señas de identidad más significativas, a la vez que los últimos restos de importancia de esta tradición. Tanto es así, que pensamos

8 En la actualidad en la Montaña Palentina se produce una miel de gran calidad fruto de una gama de especies de flora melífera muy singular (pertenecientes principalmente a las familias Ericáceas, Rosáceas, Leguminosas y Labiadas), que encuentran aquí su hábitat gracias a las características orográficas (presencia de cumbres y valles) y climatológicas (importantes precipitaciones en forma de nieve, elevada pluviometría y corto periodo de sequía estival), y a la diversidad de medios ecológicos presentes (diferentes altitudes, exposiciones y edafologías). A ello se podría unir el particular sistema de explotación apícola, donde la mayor parte de las colmenas son fijas (no trashumantes), lo que generaría no solo la calidad de esta miel, sino su considerable homogeneidad entre todas las producidas por los distintos municipios de la zona (datos al respecto: el 91% de las explotaciones, que acogen al 68% de las colmenas, son fijas). Un indicador de esta calidad sería el que la mayor parte de la producción de miel se exporte a Alemania y Francia (Julia Miguel Garrido, *Estudio justificativo para el reconocimiento de la Denominación de Origen Protegida (D.O.P.): "Miel Montaña Palentina-Las Loras"*, Universidad de Valladolid: Trabajo Fin de Máster -Curso 2014/2015-: 5, 11, 15, 23-27).

que ambos elementos son los que conforman las dos tradiciones apícolas que se dan en estas tierras palentinas: una basada en los asentamientos de dujos o colmenas, que llamaremos la *apicultura del dujo*; y la otra cuyo elemento central es el colmenar de caseta, y que por eso denominaremos *apicultura del colmenar*.

Apicultura del dujo y colmenas de tablas

Para comenzar nuestra caracterización de la apicultura tradicional norte-palentina, profundizaremos en las características de las dos tipologías de colmenas que ocupan este territorio casi con exclusividad: los dujos y las colmenas de tablas (la existencia en algún colmenar o asentamiento tradicional de alguno de los otros tipos de colmena tradicional, como las de cestería, de barro o de corcho, sólo puede considerarse de anecdótica). Así, los dujos eran en esta zona mayoritariamente de roble, especie que, junto al haya y al rebollo enseñorean estos bosques septentrionales; no obstante, también se utilizaban otras especies arbóreas, como el olmo o el chopo (Martín Criado 2001: 322), e incluso el acebo, asegurando un dicho popular que las abejas que habitaban en estos dujos eran más rabiosas y picaban más, además de dar una miel más sabrosa (Raigoso 2013: 23)⁹. Su tamaño solía ser de unos 80-90 cm de altura y 40-50 cm de diámetro, con paredes de unos 5-8 cm de grosor, manteniéndose la corteza por ser buen aislante térmico. Hacia la mitad de la troza, ya

vaciada por el propio apicultor por medio del escoplo o herramienta similar, se practicaban dos o tres agujeros bajo los que se acoplaba una tablilla: es la piquera, el lugar por el que entran las abejas a la colmena. En su interior, hacia el fondo del tronco se colocaban dos palos en forma de cruz, que servían de base a las abejas para la formación de los panales (Martín Criado 2001, 322) (Figura 1).

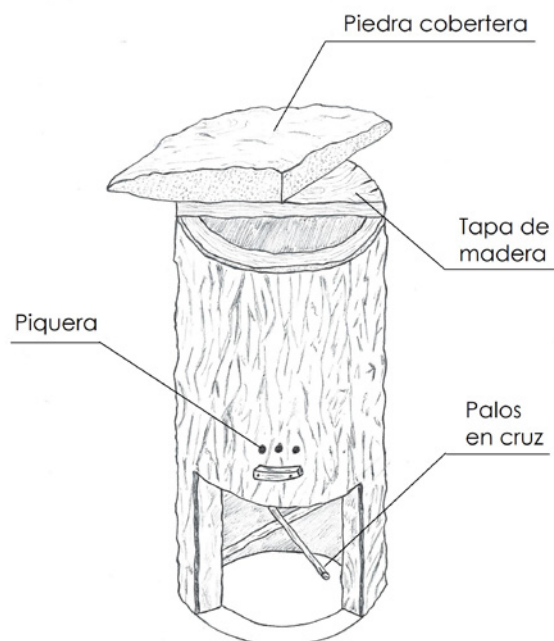


Figura 1: Dujo característico de la Montaña Palentina.
Fuente: Elaboración propia

⁹ Los dujos solían fabricarse con las especies arbóreas propias de cada región española y que, a la vez, mostraran más aptitud para el fin; así, hemos encontrado citas de dujos de castaño, roble, rebollo, encina, olmo, álamo, chopo, tejo, fresno, haya, cerezo o sauce. Y aunque algunos tratadistas españoles se inclinaban por especies concretas para fabricarlos, con los conocimientos apícolas actuales se sabe que el material con el que se fabrique el dujo, siempre y cuando cumpla unos requerimientos mínimos, no tiene ninguna influencia sobre el comportamiento de las abejas (Francisca Padilla Álvarez, «Los conocimientos apícolas del Hermano Francisco de la Cruz», Cuadernos de etnología de Guadalajara 34 -2002-: 32).

Como dijimos, estas colmenas se colocaban sobre el terreno formando agrupaciones de unos pocos dujos, las más de las veces, o de varias decenas, en pocas ocasiones, si bien la decadencia de este tipo de apicultura hace raro ya encontrar asentamientos con este tipo de colmenas, habiendo sido sustituidos los dujos por las más modernas movillistas.

En cuanto al otro tipo de colmena, las colmenas de tablas, su longitud podía llegar al



Fotografía 2: Pila de colmenas de tablas en un colmenar abandonado de Ruesga (municipio de Cervera de Pisuerga)

metro, mientras que su anchura rondaba los 30 centímetros. Estaban diseñadas para instalarse en los colmenares de caseta, quedando la tapa de la colmena hacia el interior de aquella (tapa que llevaba un agarradero para poder abrirla y posibilitar así la cata, corta y extracción de los panales), mientras que la tapa del exterior, en su parte baja, poseía los agujeros que servían para la entrada y salida de las abejas, la citada piquera (Fotografía 2).

Por lo que hemos observado, las colmenas tradicionales que aún perviven en la Montaña Palentina y sus tierras vecinas del sur son mayoritariamente de tablas, si bien es verdad que, por las características de la investigación de la que surge este trabajo (los colmenares de caseta como una de las tipologías de las construcciones secundarias de la arquitectura popular

de la zona), el que aparezca este sesgo es inevitable pues, como se ha dicho, estas colmenas de tablas estaban plenamente adaptadas a este tipo de construcción, donde también aparecen algunos dujos. Los números hablan al respecto, pues hemos contabilizado una media de cuatro colmenas de tablas por cada dujo en los colmenares de caseta que hemos estudiado.

Como curiosidad, citar la presencia de dujos y colmenas de tablas en las fachadas de algunos edificios, principalmente viviendas y normalmente en las zonas de desvanes, desde cuyo interior se podía manipular la colmena para extraer la miel y la cera. Lamentablemente, cada vez quedan menos ejemplos de esto, ya sea por la ruina de las construcciones que las alojaban, o porque las reformas de las construcciones que las contenían se los llevaron por delante.

Colmenares de caseta: la apicultura del colmenar

Estratégicamente ubicados en el territorio en laderas de suaves pendientes, exposiciones de solana, habitualmente con el monte a tiro de piedra y lo necesariamente alejados de los pueblos para evitar picaduras, pero lo suficientemente cercanos a ellos para que sus propietarios no tuvieran que hacer largas caminatas para su cuidado y explotación, estas humildes construcciones rurales son el más bello recuerdo que de la apicultura tradicional queda en el norte de Palencia. Y si bien de aquí a una década por desgracia serán muchos los colmenares de los que sólo quedarán poco más que unas evocadoras ruinas, por fortuna no pocos de ellos sobrevivirán, algunos incluso funcionando gracias a sus abnegados apicultores tradicionales, que año tras año, seguirán obteniendo algunas decenas de botes colmados de miel silvestre y artesanal, como fruto de sus cuidados tanto al continente, el colmenar, como al contenido, las abejas.

Así, para Besson-Gramontain y Chevet (2013, 23-24 y 28), en gran medida la «gran riqueza y originalidad» de la apicultura del tercio norte palentino se refleja en la gran cantidad de estos colmenares diseminados por un territorio rico en «valles boscosos» y en superficies tapizadas de brezo; tanto es así que en parte de esta zona (La Ojeda y La Valdavia-Boedo), «[e]n una época relativamente reciente existía una media de un abejar [colmenar] por familia y en ciertos lugares como Colmenares [de Ojeda] las familias tenían más bien dos abejares cada una, suponiendo estas instalaciones entre 30 y 60 colmenas».

¿Y cómo son estos colmenares del norte de Palencia? Ya hemos adelantado algo de su ubicación, pero la precisaremos ahora. No suelen localizarse a más de un millar de metros de las poblaciones, en la zona intermedia o baja de vallecillos o vaguadas poco profundos y de laderas suaves, en parajes caracterizados por la diversidad de usos del suelo y cobertura vege-

tal (aunque son más frecuentes en las fértiles zonas de borde entre los medios agrícola y forestal, allí donde la vegetación silvestre es rica en plantas melíferas). Eso sí, siempre buscan las exposiciones de solana, para que las habitantes de las colmenas aprovechen al máximo los rayos solares y puedan resguardarse del frío del viento del norte, sobre todo en estas altas tierras en las que hay que aprovechar al máximo las épocas de templanza climatológica, pues ni con frío ni con viento las abejas salen a peco-rear, es decir, a «picotear» de flor en flor buscando el néctar¹⁰.

En cuanto al edificio en sí, se compone de una caseta y, las más de las veces, un recinto cercado delantero o corral, formando el conjunto normalmente un rectángulo más o menos irregular y de una superficie muy variable (desde 20 m² hasta más de 100 m²). La caseta dibuja también una planta rectangular, de distintas dimensiones en longitud (4-10 m, aunque a veces es mayor) pero muy similares tanto en anchura (en torno a 2-3 m) como en altura (1'5-2 m en fachada principal, hasta 2'5 m en cumbreira). En su interior, un pasillo de en torno a 1-1'5 m de anchura es suficiente para que el apicultor manipule las colmenas por su parte de atrás a resguardo de las inclemencias del tiempo, gracias a esa tapa con agarradero de la que hablábamos antes. Tres de los cuatro muros de esta caseta son de piedra, en seco normalmente, con elementos muy pocas veces trabajados (todo lo más, en alguna de sus caras para mejorar la trabazón), lo que contribuye de manera decisiva a darle ese aspecto humilde que caracteriza a la construcción. Aunque a veces, también es ver-

10 Según Jerónimo Molina García («Nuevo tipo cerámico en el ajuar ibérico: embudo para miel (Consideraciones arqueológico-etnográficas)», Murgetana 78 -1989-:14), tradicionalmente se ha denominado *abejas de saetía*, «como si de otra estirpe se tratara», aquellas que se ven castigadas por el frío y el viento, lo que las hace iracundas, agresivas e intratables, conducta que acentúan además tras la operación de castrado de las colmenas. De ahí que se hayan siempre evitado las exposiciones al norte, las zonas umbrías y llanas y los lugares azotados por el viento.



Fotografía 3: Colmenar de Dehesa de Montejo. Construcción de gran belleza y calidad constructiva en la que destacan sus muros laterales, en parte contruidos en perfecta sillería

dad, en algunos de estos colmenares palentinos aparecen sillares, sobre todo en sus esquinas o para el encaje de la puerta, como para que no olvidemos que estamos en tierras del Románico (Fotografía 3).

El cuarto y último de los muros de la caseta corresponde a la fachada principal, la que da sentido pleno al edificio por ser la singular pared que aloja a las colmenas. Se construye de forma totalmente diferente a las demás y de un modo realmente peculiar: a partir de un armazón de postes y jácenas de madera, las colmenas se van apilando, casi desde el suelo y unas encima de otras formando filas y columnas, en el espacio dejado por esos postes y jácenas. En función de la capacidad que se le quería dar al colmenar, entre las colmenas hay más o menos espacio, que se rellenaba con distintos materiales (barro con o sin piedras, adobes, ladrillos

enteros o en trozos, trozos de tablones y tablas de madera). De este modo, cada colmenar alberga un número variable de colmenas, aunque suelen ser de 25 a 35¹¹. Para acceder al interior de la caseta (a ese espacio que como hemos dicho, permite al apicultor la cata de las colmenas, así como cualquier otra operación de mantenimiento del colmenar e incluso algún merecido pero corto descanso en su trajinar), se dispone de una puerta, muy a menudo ubicada en la fachada principal aunque también en alguna de las fachadas laterales; es menos frecuente que los colmenares disfruten de al-

11 En nuestro estudio de campo de los colmenares del norte de Palencia, hemos observado un grado de aprovechamiento de las fachadas principales muy similar, arrojando la mayor parte de los colmenares estudiados un índice de ocupación de las fachadas de 2-3 colmenas/m² fachada o 3-4 colmenas/m longitudinal de fachada.

guna ventana o ventanuco. Por último, su cubierta puede ser tanto a una vertiente como a dos, formándose en ambos casos con armazón de madera, del tipo colgadizo o a la molinera en el primero y de par y picadero para las de doble vertiente; siempre se cubren en tierras palentinas con tejas.

El corral, como hemos dicho, no todos los colmenares lo poseen: aunque nosotros lo hemos visto en la mayoría, de la bibliografía deducimos que debe de existir en la mitad de ellos. Cumple no pocas importantes misiones para el fomento de la producción apícola del colmenar: protección de las colmenas de los ataques de ganados y animales salvajes y de robos, favorecer en su interior el crecimiento de plantas silvestres melíferas para aumentar la disponibilidad de pasto en cercanía para las abejas, ayu-

dar a la generación de nuevas colmenas en el momento del enjambrazón, aumentar la seguridad de los transeúntes o de los labradores de la tierra de los alrededores frente a las potenciales picaduras y delimitar la propiedad del colmenar. De diferentes formas para mejor adaptarse a las características del terreno, la superficie de estos corrales es muy distinta de unos colmenares a otros, variando desde los 10 m² a los 100 m² (los hemos visto incluso mayores). Sus muros son como los de la caseta, es decir, de piedra en seco (normalmente de peores facturas), conformando así una tapia de altura que ronda el metro, aunque también aquí hay considerables porcentajes de variación (y no solo entre distintos colmenares, sino incluso entre los tres muros delimitadores del corral de un mismo colmenar) (Figura 2).

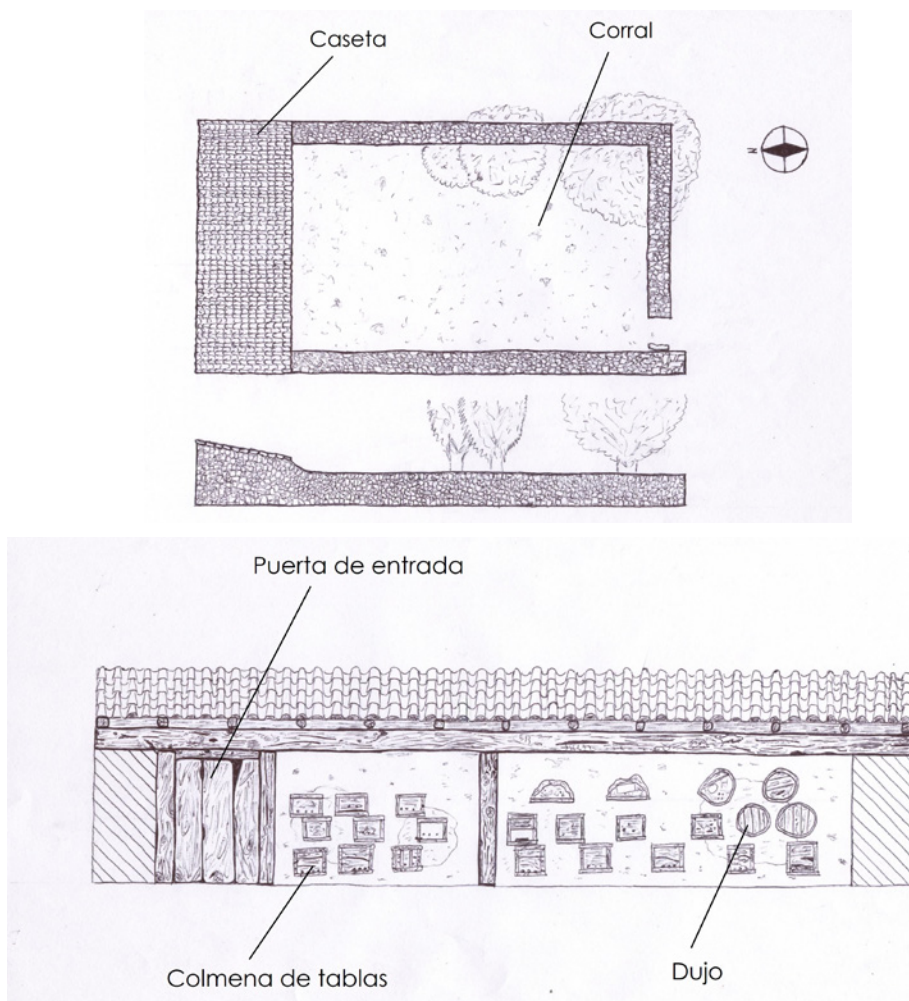


FIGURA 2: Colmenar de Vallespinoso de Aguilar (municipio de Aguilar de Campoo). Arriba: planta y perfil del conjunto. Abajo: alzado de la caseta. Fuente: Elaboración propia

Queremos finalizar este apartado recordando la rica variedad tipológica que esta tradición constructiva de los colmenares presenta en España, manifestada en las distintas formas que muestran y que se reparten por las regiones peninsulares, que como el conjunto de las tipologías constructivas de la fértil y casi inabarcable arquitectura popular española, se ve influenciada por las distintas características climáticas, orográficas, de aprovechamiento de los recursos naturales para la obtención de los distintos materiales de construcción e, incluso, en el caso que nos ocupa, de la presencia de determinadas especies de fauna contra las que debían protegerse las colmenas, cuyo ejemplo más característico lo constituyen los cortines contra el oso del noroeste de España¹².

Algunas notas generales sobre el uso de la toponimia en el estudio del espacio rural y la toponimia palentina

Por las limitaciones espaciales de este trabajo y, sobre todo, porque su objetivo no es teorizar sobre la toponimia sino intentar utilizarla como herramienta para el estudio de la historia agraria y rural de un marco geográfico concreto, nos limitaremos aquí a dar unas pinceladas sobre la toponimia en general, y la palentina en particular, trazos con los que se pretende una aproximación a este otro objeto de nuestro estudio (la toponimia), al igual que hemos hecho arriba con la apicultura tradicional particularizada para el norte de la provincia de Palencia.

Al hablar del tema es obligatorio citar la obra *Toponimia palentina* (Gordaliza Aparicio y

Canal Sánchez-Pagín 1993), en la que se recopila tanto la toponimia mayor como la menor de la provincia. Aunque hablaremos más extensamente de ella en el siguiente apartado, decir que en dicha obra sólo se incluye la explicación de la toponimia mayor palentina, si bien se dan una serie de notas generales que sin duda ayudan a la comprensión de algunos de los topónimos menores recogidos. A juicio de Ortega Aragón, este trabajo de la explicación de la microtoponimia apenas si ha sido realizado en lo que se refiere a esta provincia de Palencia, encontrándose, todo lo más, alguna explicación a estos topónimos de parajes, caminos, ríos y arroyos, montes y otros accidentes geográficos y vías de comunicación en determinados trabajos particulares, explicación a la que se habría llegado «más como referencia histórica, como curiosidad local, que como interpretación directa del topónimo» (Ortega Aragón 2007, 5). No obstante, algunos autores, entre los que destaca el citado Roberto Gordaliza Aparicio, producen cada cierto tiempo estudios con los que nos explican la toponimia menor de las variadas comarcas de esta provincia del norte de Castilla, como el que éste dedicó en su día a la Montaña Palentina (Gordaliza Aparicio 1994), y al que nos referiremos en esta nuestra humilde aportación a la materia. Aportación, es necesario aclararlo desde el principio, con la que no pretendemos dar explicación alguna a los topónimos que cita, sino tan solo compilar los nombres de los parajes asignables al tema apícola para, a partir de dicho conjunto, intentar sacar conclusiones sobre cómo la actividad apícola tradicional en el norte de la provincia palentina influyó en su toponimia.

Nos valdremos pues de una de las características que, según Ortega Aragón (2007, 6-7), poseen estos topónimos menores, la de la *referencialidad*, es decir, «a que esos nombres impuestos con plena libertad y para uso continuado [hagan] referencia a alguna singularidad del terreno, bien como alusión a su propietario, bien por alguna característica geográfica o de producción, bien por recordar un hecho, una costumbre, etc.»; según esto, los topónimos

12 A grandes rasgos, podríamos dividir los tipos de colmenares españoles en tres grupos: colmenares de caseta (como los palentinos), colmenares murados (recintos cercados con muro de piedra en cuyo interior se ubican las colmenas en forma de asentamiento, grupo en el que se encuadrarían los citados cortines) y un tercer grupo, que acogería a las tipologías minoritarias particulares de territorios más o menos extensos (como los arnales de peña y las banqueras aragonesas, las tejavanas del norte de Castilla o las hornilleras de roca burgalesas o zaragozanas).

que vamos a manejar son *referencia* a una utilización apícola del pago, lo que nos permitirá usarlos como fuente de estudio de la apicultura tradicional del territorio en el que se ubican¹³.

Pero, ¿hasta qué punto podemos utilizar esta toponimia menor para el estudio que pretendemos realizar? Si partimos de la base de que consideramos a la toponimia de un territorio, tal y como lo dice Arroyo Ilera (2010, 301-302), como «un fiel reflejo de las interrelaciones entre los aspectos físicos y humanos del mismo, de su evolución y de su paisaje», lo que a su vez hace que cada topónimo de un lugar cumpla tres funciones, «la *identificación* del mismo, individualizándolo respecto a otros lugares; en segundo lugar, su *localización*, como si de unas coordenadas cualitativas se tratara; y, por último, la *descripción* de sus elementos o notas geográficas más distintivas», consideramos posible y aceptable nuestro planteamiento, y por extensión los resultados que obtengamos. Y es que, y citando ahora a Ordinas Garau y Binimelis Sebastián (2013, 167), «[a] través de la toponimia podemos percibir el paisaje al quedar descritos y definidos en ella sus elementos más característicos, tanto pretéritos como actuales, de manera que en el conjunto de los topónimos queda sintetizado el paisaje, actual e histórico», lo que permite obtener *a través de los nombres* «el conocimiento del territorio [gracias a la] abundante información que proporcionan los nombres geográficos, a veces oculta por el paso del tiempo y las transformaciones y deformaciones que acarrea». De este modo, los topónimos se convierten en «fósiles lingüísticos», pues

[...] tras su imposición en un determinado momento histórico, quedan fijados y ofrecen una imagen del lugar en un periodo pasado: la adquisición del carácter de nombre propio ayuda a una fijación del nombre, lo que hace que, incluso perdida la referencia que dio lugar a la aparición del mismo, este pueda permanecer (Molina Díaz 2012).

Entonces, y parafraseando al anterior autor (que los utilizaba para el estudio de la vegetación que algún día pobló determinados territorios principalmente andaluces) para llevarlo a nuestro terreno, los estudios toponomásticos pueden servirnos como un medio de información geográfica o vehículos que nos ayuden a descubrir el pasado apícola del norte de la provincia de Palencia, aunque, en algunos de los parajes que definan no quede rastro de esta ancestral ocupación agraria. Eso sí, siempre con la cautela de utilizarlos no como algo matemático, exacto y plenamente objetivo, sino «como sistemas subjetivos de representación» (Ansola 2016, 26) y como una herramienta más de estudio del territorio.

Dando un paso más en el universo conceptual de la Toponimia, y definiendo conceptos ya apuntados, la principal clasificación divide los topónimos en *macro* y *microtopónimos*. Los primeros se corresponden con los nombres de las poblaciones y entidades administrativas de un territorio, aunque a veces suelen incluir también los de grandes unidades geográficas (orónimos e hidrónimos importantes); todos ellos conforman la ya citada toponimia mayor del territorio. Los microtopónimos, o toponimia menor, serán por su parte los nombres de los pequeños lugares de un territorio, como caminos (hodónimos), arroyos, barrancos, fuentes, parajes, casas, etc. (Dirección General del Instituto Geográfico Nacional 2005, 108). Con estas premisas, Fernández Mier (2006, 38, 40-41) nos advierte de «que el uso que se hace de la toponimia es parcial y no se tienen en consideración la mayor parte de los topónimos, es decir, la microtoponimia, la cual puede aportar una información que no

13 Para Gonzalo Ortega Aragón («Sociedad y transmisión oral en la toponimia menor palentina», Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses 78 -2007-: 19), estos topónimos menores, «íntegros y genuinos o desfigurados por la transmisión oral u otras circunstancias, encierran mucha historia social, mucha sociología local, y aportan excelentes materiales para entender la vida y la evolución de los pueblos. Podemos, por tanto, decir que la toponimia menor es un sustancial auxiliar de la historia, sobre todo de la historia local y provincial» (en dos párrafos en el original).

es convenientemente valorada para épocas en las que existe mayor información documental», subrayando de esta forma la importancia de estos microtopónimos, a pesar de que no pocos autores la cuestionan como fuente de información; eso sí, hemos de procurar «extraer a partir de los topónimos la información que verdaderamente nos ofrecen, sin forzarlos en relación con determinados temas o periodos»¹⁴.

Por su parte, Ansola (2016, 1) afirma que «[e]l uso de la toponimia para el estudio de la formación y evolución de las organizaciones espaciales en áreas rurales ha sido muy habitual tanto dentro de la historia como de la geografía histórica». Este autor plantea como principal problema la ubicación sobre el territorio de los topónimos extraídos de fuentes documentales históricas que, la mayoría de las veces, ofrecen fiabilidades diferentes por sus variaciones de escala, transcripciones confusas y delimitaciones imprecisas, lo que en ocasiones provoca que tengan que verificarse sobre el terreno por

14 Concluye la autora al final de su artículo afirmando que «[l]a permanencia de estos topónimos a lo largo de mil años está vinculada a la vigencia de las estructuras agrarias y las unidades de explotación a las que designan, una ordenación del espacio que se gesta en el periodo medieval y que, a grandes rasgos, se ha mantenido hasta el siglo xx», aunque los cambios en todos los órdenes que se están viviendo en el mundo rural (abandono o cambio de las actividades y técnicas agrícolas tradicionales, despoblación) «suponen la pérdida de funcionalidad de dichos topónimos, de ahí que en un corto periodo de tiempo estén condenados a la desaparición» (Margarita Fernández Mier, «La toponimia como fuente para la historia rural: la territorialidad de la aldea feudal», *Territorio, Sociedad y Poder* 1 -2006-: 50). Sobre esta antigüedad de los topónimos en el norte de España, Ballesteros Arias et al («Por una arqueología agraria de las sociedades medievales hispánicas. Propuesta de un protocolo de investigación», en *Por una arqueología agraria. Perspectivas de investigación sobre espacios de cultivo en las sociedades medievales hispánicas*, ed. Helena Kirchner –Oxford: BAR International Series 2062, 2010–, 191) subrayan que con la documentación escrita es posible demostrar que gran parte de los topónimos se remonta a la época medieval, poniendo el ejemplo de Asturias, donde «el 95% de los topónimos mencionados en la documentación medieval y moderna se conserva en la actualidad designando el mismo predio».

los concededores del lugar; lo que a su vez plantea nuevos problemas, al obtenerse distintas ubicaciones para un mismo topónimo según el testigo que se consulte (Ansola 2016, 25)¹⁵.

Y así, con el sentido de ser un instrumento para el estudio de una actividad propia del medio rural palentino surgida, muy posiblemente, al final de la Edad Media o el comienzo de la época renacentista, y que ha pervivido desde entonces hasta hace escasas décadas, cuando se produjo como dijimos la revolución de la apicultura y ésta dejó de practicarse como lo había hecho durante todos esos siglos, vamos a utilizar nosotros la microtoponimia o toponimia menor (la macrotoponimia que citaremos será casi testimonial). Será pues usada la toponimia con un enfoque fundamentalmente geográfico, obviando las otras posibles aproximaciones que nos permite la rica ciencia toponímica, a saber, filológica¹⁶, léxica¹⁷ o lingüística en general (in-

15 Este problema no afectará en demasía a nuestro estudio, pues no nos interesa la ubicación exacta de los topónimos en el territorio, sino su localización en una u otra localidad o, incluso, en una u otra comarca del norte de Palencia.

16 Para Fernando Arroyo Ilera («Creciente interés geográfico por la toponimia», *Estudios Geográficos* Vol. LXXI, Núm. 268 -2010-: 300), «desde antiguo la Toponimia, o mejor la Toponomástica, ha sido una disciplina preferentemente filológica, en cuanto en el estudio de todo topónimo ha prevalecido los problemas del nombre respecto a los del lugar»; de ahí que a la tarea de «recuperar el sentido inicial del topónimo», se dedicaran «los más prestigiosos lingüistas y filólogos de nuestro país, desde Menéndez Pidal a Corominas».

17 En este sentido, las normas para el uso de la toponimia en el MTN25, publicadas por la Dirección General del Instituto Geográfico Nacional (*Toponimia: Normas para el MTN25. Conceptos básicos y terminología*, Publicación Técnica núm. 42 –Madrid: Ministerio de Fomento, 2005–, 31-32), indican que «a través de la toponimia podemos conocer muchas palabras que cayeron después en desuso en el lenguaje común», por lo que se hace importante conservar la distinta terminología empleada por las distintas gentes para la preservación de «la riqueza léxica de nuestro país», convirtiéndose así los topónimos en «un archivo de las diferentes hablas, dialectos y lenguas de España a través de la historia».

cluyendo la sociolingüística y psicolingüística)¹⁸, de psicología social¹⁹ o histórica. Son pues,

Sobre esto, son muy esclarecedoras las palabras de Ramón Menéndez Pidal: «La toponimia no es sólo la historia de los nombres propios más usuales en un idioma, pues encierra, además, un singular interés como documento de las lenguas primitivas, a veces los únicos restos que de algunas de ellas nos quedan. Los nombres de lugar son viva voz de aquellos pueblos, desaparecidos, transmitida de generación en generación, de labio en labio, y por tradición ininterrumpida llega a nuestros oídos en la pronunciación de los que hoy continúan habitando el mismo lugar, adheridos al mismo terruño de sus remotos antepasados; la necesidad diaria de nombrar ese terruño une a través de los milenios la pronunciación de los habitantes de hoy con la pronunciación de los primitivos» (citado por Antonio Martín Corona, «Aportación a la toponimia palentina», en *Actas del I Congreso de Historia de Palencia (Castillo de Monzón de Campos, 3-5 de Diciembre de 1985)*, Tomo IV, 285-293 -Palencia: Excma. Diputación Provincial de Palencia, 1987-, 285).

18 El lingüista Llorente Maldonado (citado por Hermógenes Perdiguero, «Toponimia de la Ribera del Duero (Burgos) (I)», Biblioteca: estudio e investigación 9 -1994-:105) considera al estudio de la toponimia como una ciencia interdisciplinar por necesitar la lingüística de la Historia, la Geografía, la Geología o la Botánica para fundamentar sus explicaciones, a la vez que las explicaciones lingüísticas pueden servir a estas disciplinas.

19 Al respecto de estos tres enfoques últimamente citados dicen Joan Carlos Membrado Tena y Emilio Iranzo García («Los nombres de lugar como elementos evocadores del paisaje histórico. Análisis de la toponimia de los núcleos de población de la cuenca del Vinalopó», *Investigaciones Geográficas 68 -2017-: 192*): «El análisis de grandes conjuntos de topónimos está vinculado a la sociolingüística. La psicolingüística destaca que un topónimo es un signo lingüístico y como tal de interés para la semiótica. La toponimia puede ser estudiada también como la expresión de una percepción de un lugar, lo que la relaciona con la psicología social». En general, y recogiendo las palabras de Ernest Querol, los citados afirman que «la casuística que encierra la toponimia es tan variada que hay infinitas maneras de abordarla, sin que ninguna deba prevalecer sobre el resto», si bien sus pilares fundamentales son la historia, la geografía y la lingüística: «La lingüística es una ciencia clave para elucidar el origen semántico de los topónimos (...), pero sin un conocimiento previo del contexto geográfico e histórico de nuestro caso de estudio, el desciframiento de un topónimo puede ser mucho más costoso e incluso puede dar lugar

como vemos, múltiples las aproximaciones que hacen que la toponimia se convierta en «una disciplina de síntesis donde convergen diferentes campos de conocimiento que interactúan de manera complementaria» (Joan Tort, citado por Membrado Tena e Iranzo García 2017, 192), centrándose en todo caso en «el espacio geográfico (función toponímica) y en el tiempo histórico (memoria toponímica)» (Membrado Tena e Iranzo García 2017, 192).

En definitiva, pretendemos aquí con nuestro trabajo un modesto acercamiento que, aun a pesar de estar alejado de las profundidades que alcanzan muchos de los trabajos que en materia toponímica se han venido publicando en España en los últimos lustros, pueda arrojar algún conocimiento o aportar nuevas ideas sobre la historia de apicultura tradicional en el Norte de Palencia.

Como colofón de este apartado de amplio peso conceptual, resumiremos algunas ideas sobre el origen del corpus toponímico del norte de Palencia, aunque como hemos dicho no es objeto de este trabajo analizarlo lingüísticamente. Así, dicho corpus se asienta sobre diferentes substratos lingüísticos, comenzando con los correspondientes a varias etnias pre- y protohistóricas de pueblos pre- e indoeuropeos, dentro de los cuales los principales serían los protoceltas y celtas, de tal manera que, antes de la conquista romana y la posterior asimilación de su cultura en el territorio (de mayor a menor intensidad de sur a norte), lo que se hablaría serían dialectos celtas con restos de otros idiomas, algunos relacionables con el vascuence u otras lenguas aborígenes y de otros pueblos, como los ligures. Sin olvidar la influencia mediterránea que, a partir de los pueblos iberos

a equívocos» (Joan Carlos Membrado Tena y Emilio Iranzo García, «Los nombres de lugar como elementos evocadores del paisaje histórico. Análisis de la toponimia de los núcleos de población de la cuenca del Vinalopó», *Investigaciones Geográficas 68 -2017-: 192 y 204*). La parte introductoria del trabajo de ambos autores es una buena aproximación a la variedad y complejidad de esta ciencia toponímica.

del Levante español, penetró hasta la Cordillera Cantábrica hacia el 300 a.C. Sobre esta toponimia de base mayormente celta o protocelta, pero impregnada de elementos anteriores ligures y posteriores iberos, es sobre la que se derrama el elemento latino fruto de la romanización (Díez Asensio 1987, 439-440). Gordaliza, particularizando para la Montaña Palentina, nos dice que estos «pobladores prerromanos, detallaban en su lengua primitiva las características más evidentes del lugar o nombraban el terreno señalando lo más importante o vital para ellos», y puesto que «[e]stos abruptos lugares [de la Montaña Palentina] no eran sitio de disputas e invasiones y las influencias extranjeras (romanas, germánicas, árabes) fueron mucho menores que en la llanura», aquí «los nombres antiguos se han conservado mejor». Nombres ibéricos prerromanos de los que Pomponio Mela decía que «eran inauditos e ininteligibles para los romanos», y que incluso hoy día *nos parecen diferentes a los latinos*, «más corrientes y comprensibles»; «nombres de una lengua diferente, muy antigua, que han quedado fosilizados aquí desde hace, quizá, miles de años» y que muestran mayor abundancia (casi un tercio del corpus toponímico de la Montaña Palentina) en esta tierra agreste «porque siempre estuvo alejada de invasiones, luchas y despoblaciones [lo que] ha posibilitado que pudieran conservarse» (Gordaliza Aparicio 1994, 5, 12 y 27). El resto de la toponimia de la zona de estudio puede considerársela como una hija más de la Reconquista, con los topónimos más antiguos (excepto los citados prerromanos) de creación romance, pues en «los textos latinos medievales el topónimo aparece de forma romanceada». De esta forma «el léxico rural y popular se refleja y se mezcla en la denominación de los pagos», y «lo habitual, lo necesario, va dando nombre a los trozos de tierra del minifundio castellano», proceso esencial que permite distinguir un pago de otro con la finalidad última de diferenciarlos (Bustillo Navarro 1987, 266).

Comencemos ya pues a pasear por la toponimia palentina, como aquel transeúnte en el que

se convertía Álvaro Ruibal y que, sugestionado por un «paisaje antiguo y despejado», recorría con asombro una tierra pródiga en *panoramas primitivos* y anclados en el tiempo, mientras era «punzado por el toque mágico de una fonética arcaica, legendaria...» (Ruibal 1982: 37).

Selección de fuentes toponímicas y ámbito, metodología y objetivos del estudio

Fuentes toponímicas utilizadas

Como ya hemos dicho, la principal fuente que utilizaremos en este trabajo es la obra *Toponimia palentina*, de F. Roberto Gordaliza Aparicio y José María Canal Sánchez-Pagín (1993), en la cual estos autores escudriñan, principalmente, la cartografía de los Servicios de Concentración Parcelaria y, allí donde la misma no se ha realizado, la memoria de las gentes, a través de entrevistas personales y trabajo de campo²⁰. Así, además de relacionar los topóni-

20 Sobre esta fuente directa los autores plantean la siguiente interesante reflexión. «Los nombres de lugares, fuentes, caminos, valles y hondonadas, prados, casas y términos se han transmitido de padres a hijos sin interrupción. Más o menos arcaicos, nunca han sido la letra muerta de un documento. Han tenido la garra del uso diario, la fuerza que dan al nombre el uso vital y el trabajo de cada jornada, el sentir y el vivir de una persona. Por eso su conservación ha sido más fiel que las dudosas fuentes clásicas y literarias que citan nombres de modo impreciso y donde el autor, muchas veces extranjero, no ha estado nunca». Interesante es también la definición que hacen de la materia: «La Toponimia es el estudio de los nombres propios de lugar. En este sentido se opone al conjunto de otros nombres de objetos, seres vivos o nombres abstractos. Su objeto es descubrir el sentido original de esos nombres, poner en claro su génesis y desarrollo y aportar, tanto a la Historia como a la Lingüística, una serie de informaciones que permitirán construir hipótesis a partir de una base muy segura. De las más seguras, porque los nombres de lugar no se dejan influenciar por el poder de los magnates de turno y porque permanecen indefinidamente, subsistiendo a los grandes cataclismos históricos e incluso a las lenguas que se suceden unas a otras» (F. Roberto Gordaliza Aparicio y José María Canal Sánchez-Pagín, *Toponimia palentina* -Palencia: Caja

mos de las localidades de la provincia (toponimia mayor), deduciendo además el significado de su nombre, los autores recopilan la microtoponimia de cada una de dichas localidades, ordenando estos topónimos en dos grandes familias, los hidrónimos (arroyos, fuentes, ríos, lagos) y los orónimos (camino, montañas, pagos, parajes, cañadas). Se genera así el corpus de la toponimia mayor (además, explicado) y el de la toponimia menor palentina, nombres en este último caso «casi olvidados o escondidos», que sólo existen «en la boca de los hablantes» y «sobreviven apegados al terruño como restos de otros tiempos (y quizá de otras lenguas), esperando una evocación cariñosa y también un estudio completo que nosotros ahora nos hemos atrevido a iniciar» (Gordaliza Aparicio y Canal Sánchez-Pagín 1993, 11-12).

Como fuente accesoria hemos acudido a la cartografía oficial del Instituto Geográfico Nacional (IGN), en concreto, al Mapa Topográfico Nacional escala 1:25.000 (en adelante, MTN25), por ser el que mayor número de topónimos incluye debido a su mayor escala de trabajo en comparación con la de otras cartografías del IGN; las versiones utilizadas de este MTN25 son la Ráster y la Histórica (Impresa). Sobre esta fuente, Ansola (2016, 6) afirma que, si bien puede considerarse como la «toponimia oficial» junto a la del Catastro, aporta «una información muy escueta en ese sentido», suministrándonos únicamente los nombres de los principales elementos físicos, de los núcleos de población y de algunos lugares significativos; además, contiene «errores tipográficos» y desplazamientos espaciales en los topónimos. No desdeñamos nosotros de forma tan categórica la validez de esta toponimia, pues si bien es cierto que no es comparable el número de topónimos recogidos con el que nos ofrecen los corpus toponímicos (como se comprobará en la segunda parte del artículo, teniendo como referencia a la citada obra *Toponimia palentina*), cosa lógica por otra parte pues el espacio de escritura del MTN25 (y no digamos los de escalas inferiores) se ve

limitado físicamente por el tamaño de la correspondiente hoja del Mapa, ofrece sin embargo la inmensa ventaja de ubicar en el territorio los topónimos; esta impagable información, sin embargo, no la hemos visto en ninguna relación toponímica (la inclusión de la ubicación de cada topónimo en estas relaciones obligaría a la incorporación en ellas de listados de coordenadas geográficas asociadas a los topónimos, convirtiendo estas relaciones en enmarañadas y hasta de cierta complejidad) (Figura 3).

Otras fuentes utilizables para estudios toponímicos son el catastro actual y el Catastro de la Ensenada. Comenzando por el primero, Ansola (2016, 6-7, 26) considera la información que nos aporta más completa que la del MTN25, «pues cada parcela aparece asignada a un determinado paraje que es identificado con un nombre concreto», aunque también advierte sobre el criterio seguido «a la hora de agrupar las parcelas en parajes cerrados y de asociar el conjunto a un topónimo concreto», agregación y asignación que, a priori «se muestran desde luego muy difíciles de protocolizar y de dotarlas de una alta rigurosidad histórico-territorial». No carece de problemas no obstante su utilización, pues

[...] puede ocurrir que el topónimo que identifica a un paraje se encuentre en la realidad fuera de esa delimitación (...), así como que un paraje ocupe sólo parcialmente el terreno de su topónimo real (el que usan los lugareños) y sin embargo abarque la superficie de otros que también nombran a parajes.

En nuestro estudio hemos utilizado este catastro actual (que denominaremos a partir de ahora simplemente como Catastro) de manera parcial, aplicada tan solo a una serie de municipios y enfocada básicamente a la evaluación del alcance de la utilización individual o conjunta de las anteriores fuentes (*Toponimia palentina* y el MTN25) junto con esta última (Catastro).

España, 1993-, 12).

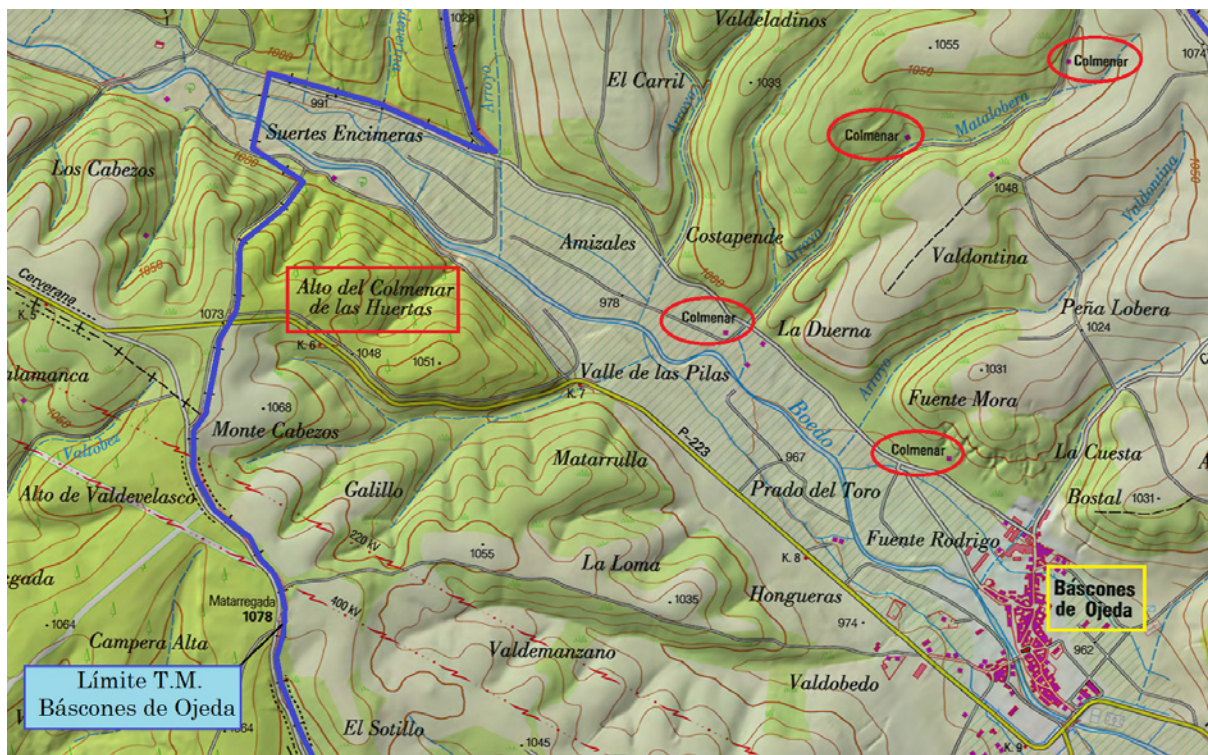


FIGURA 3: Recorte de la Hoja 0132c4 del MTN25 con parte del territorio de la localidad de Bascos de Ojeda, señalando en ella topónimos apícolas (rectángulo rojo) y colmenares (elipses rojas). El resto del municipio aparece en las Hojas MTN25 133c3, 164c2 y 165c1. Fuente: Elaboración propia a partir del MTN25 del IGN

En lo que se refiere al Catastro de la Ensenada como fuente toponímica, volvemos a citar a Ansola (2016, 8-10), quien afirma que

[...] a pesar de la abundancia de la información (...), ni la correcta lectura de la toponimia que contiene ni su localización precisa resultan en absoluto fáciles [debido a que] la escala de asignación toponímica varía en unos y otros casos, pudiendo ir desde la alusión a un paraje mayor, a un lugar concreto inmerso en un paraje no siempre determinado o a la simple denominación de la parcela inventariada sin más referencias, [además de que] la grafía de los nombres de los lugares suele ser cambiante, llegando en algunos casos a no quedar nada claro si se están refiriendo a un topónimo con grafías similares o a otro diferente, [y por último] ni las mediciones de las distancias respecto de la población (...) ni los errores en la situación de los límites de las parcelas (...)

permiten muchas veces una localización de detalle y exenta de riesgos de apreciación.

A estas tres circunstancias se une el hecho de que, al menos en la zona de estudio del citado autor (la localidad cántabra de Lebeña), se detectan algunas ausencias de barrios y lugares²¹.

21 Otro asunto distinto es la utilización de este Catastro de la Ensenada para el estudio de la apicultura española del siglo XVIII (haciendo referencia al tema que nos ocupa). En efecto, siguiendo la máxima de Ensenada «Conocer antes de reformar», su obra pretendía un diagnóstico de la situación de la agricultura y la ganadería castellanas como paso previo a la imposición de las reformas ilustradas que debían de sacar de su postración al agro español. Los datos con este fin recopilados son una fuente impagable e insustituible de la que se pueden extraer valiosos conocimientos sobre el estado de la apicultura en el siglo XVIII español, así como del resto de las actividades económicas de las que trata (Anna María García Codina, *La Apicultura en la provincia de Guadalajara. Del Antiguo Régimen a la Modernidad*, Universitat Rovira i Virgili –Barcelona-, Tesis doctoral 2017: 242).

En nuestro caso, disponemos de la edición impresa y con grafía actualizada de las respuestas del Catastro de la Ensenada para la localidad de Cervera de Pisuerga (Centro de Gestión Catastral y Cooperación Tributaria, 1993), y a ella recurriremos simplemente para dar un esbozo de la potencialidad de la utilización de esta fuente toponímica en nuestro caso o en casos similares a él (se hará en la segunda parte de este trabajo).

En definitiva, para nuestra investigación toponímica hemos utilizado una fuente de información que hemos considerado como principal, la *Toponimia palentina* de Gordaliza Aparicio y Canal Sánchez-Pagín (1993), complementándola con otra, el MTN25 del IGN (2022). Una tercera fuente, el Catastro actual, nos servirá para plantear una evaluación de la aplicación de estas tres fuentes a nuestro estudio toponímico. Este análisis simultáneo cubrirá únicamente a un subconjunto de los municipios de nuestra área de estudio; posteriormente, generalizaremos los resultados obtenidos a la totalidad de dicha área.

Ámbito de estudio

Llegados a este punto es hora ya de definir con claridad el ámbito territorial de nuestro estudio sobre la toponimia apícola del norte de Palencia. Y aprovechando que una de las fuentes de información que hemos utilizado es la cartografía del IGN, en concreto el Mapa Topográfico Nacional 1:25.000 (MTN25), nos apoyaremos en ella para mejor delimitar el territorio objeto de pesquisa. Así, y teniendo en cuenta que la raya provincial marcará los límites norte, este y oeste, el límite geográfico establecido para el borde sur del territorio será el correspondiente a las Hojas 131 a 134 del Mapa Topográfico Nacional 1:50.000 (MTN50) del IGN, en sus versiones históricas de 2007 y 2008, es decir, la Latitud Norte 42°40'04"²². En definiti-

22 Referenciada al Datum Europeo ED50; en las ediciones del MTN25 posteriores a 2010, la latitudes se determinan en función del Datum ETRS-89, por lo que esta latitud del borde sur de nuestro ámbito será 42°40'00".

va, la revisión toponímica de la cartografía se ha realizado sobre las Hojas del MTN25 que se relacionan en la Tabla 1, en la que también se relacionan las Hojas del MTN50 de las que proceden, así como si la revisión se hizo de la hoja completa o de parte de ella (cuando se exceden los límites de la provincia de Palencia).

Con ello, ese genérico *norte de la provincia de Palencia* aparece ya definido como la región del septentrión provincial al norte de la latitud 42°40'04" y que engloba a la totalidad de la Montaña Palentina y a cuatro comarcas de Palencia situadas al sur de ella, ya sea totalmente, La Peña, o en parte, La Ojeda, La Valdavia y La Vega, que entran en las hojas cartográficas seleccionadas en aproximadamente el 85 %, el 30 % y el 20 %, respectivamente (Figura 4). Complementaria a la anterior, la Tabla 2 muestra la correspondencia entre las citadas comarcas palentinas y las hojas del MTN25 en las que dichas comarcas se cartografiaban.

Objetivos y metodología del estudio

Nuestra intención primera a la hora de iniciar este estudio fue la búsqueda de una relación entre la implantación de los topónimos apícolas en el norte de Palencia y las características y nivel de desarrollo sobre el territorio de dicha práctica agraria, en su versión tradicional. A partir de este, que es nuestro principal objetivo, fueron surgiendo otras posibilidades de estudio tanto de la toponimia como de la apicultura tradicional en este ámbito territorial, ya sea consideradas de manera independiente o relacionándolas entre sí. Estos objetivos secundarios, o derivados del principal, irán surgiendo conforme vayamos avanzando en nuestro análisis.

Para la consecución de nuestros objetivos partiremos de la revisión de los listados de topónimos recogidos en la varias veces citada *Toponimia palentina* (Gordaliza Aparicio y Canal Sánchez-Pagín 1993) y de aquéllos plasmados

Por ser de más fácil relación hemos utilizado para esta delimitación el MTN50 en lugar del MTN25. Para la equivalencia MTN50-MTN25, ver la Figura 4.

Tabla 1 . Hojas del MTN50 y del MTN25 en las que se incluye el ámbito territorial del estudio toponímico
(Fuente: Elaboración propia)

Hoja del MTN50	Hojas del MTN25
0081 - Potes	0081c3 - Portilla de la Reina (*) 0081c4 - Pesaguero (*)
0082 - Tudanca	0082c3 - Valdeprado (*)
0105 - Sabero	0105c4 - Prioro (*)
0106 - Camporredondo de Alba	0106c1 - Valverde de la Sierra (*) 0106c2 - Polentinos 0106c3 - Camporredondo de Alba (*) 0106c4 - Ruesga
0107 - Barruelo de Santullán	0107c1 - San Salvador de Cantamura (*) 0107c2 - Brañosera (*) 0107c3 - Cervera de Pisuerga 0107c4 - Barruelo de Santullán (*)
0108 - Matamorosa	0108c3 - Mataporquera (*)
0131 - Cistierna	0131c2 - Valderrueda (*) 0131c4 - Canalejas (*)
0132 - Guardo	0132c1 - Guardo 0132c2 - Castrejón de la Peña 0132c3 - Villalba de Guardo 0132c4 - Congosto de Valdavia
0133 - Aguilar de Campoo	0133c1 - Dehesa de Montejo 0133c2 - Aguilar de Campoo 0133c3 - Olmos de Ojeda 0133c4 - Prádanos de Ojeda (*)
0134 - Polientes	0134c1 - Pomar de Valdavia (*) 0134c2 - Polientes (*) 0134c3 - Quintanas de Valdelucio (*)

(*) Hoja revisada únicamente para la provincia de Palencia

en las hojas del MTN25 del IGN, con la finalidad de recopilar los que sean de nuestro interés agrupándolos por comarca, municipio y /o localidad. En una primera fase consideraremos por separado ambas fuentes, para posteriormente integrarlas, aunque advirtiendo de que los resultados obtenidos tras esta integración necesitarían de una posterior comprobación, al no encontrarse representados sobre el MTN25 los límites de las jurisdicciones de las localidades de un mismo municipio (esto podría ocasionar la asignación de un topónimo a una localidad de un municipio cuando, en realidad, dicho to-

pónimo designara un paraje de otra localidad de dicho municipio).

Como ya dijimos, hemos considerado a priori a *Toponimia palentina* como fuente de datos toponímicos principal, mientras que al MTN25 como complementaria. Pues bien, la corroboración de esta presunción será el segundo de los objetivos, análisis donde también entrará en liza el Catastro, tercera de las fuentes con las que trabajaremos. Como dijimos también, esta tercera fuente será manejada de manera restringida, pues sólo la utilizaremos para aquellos

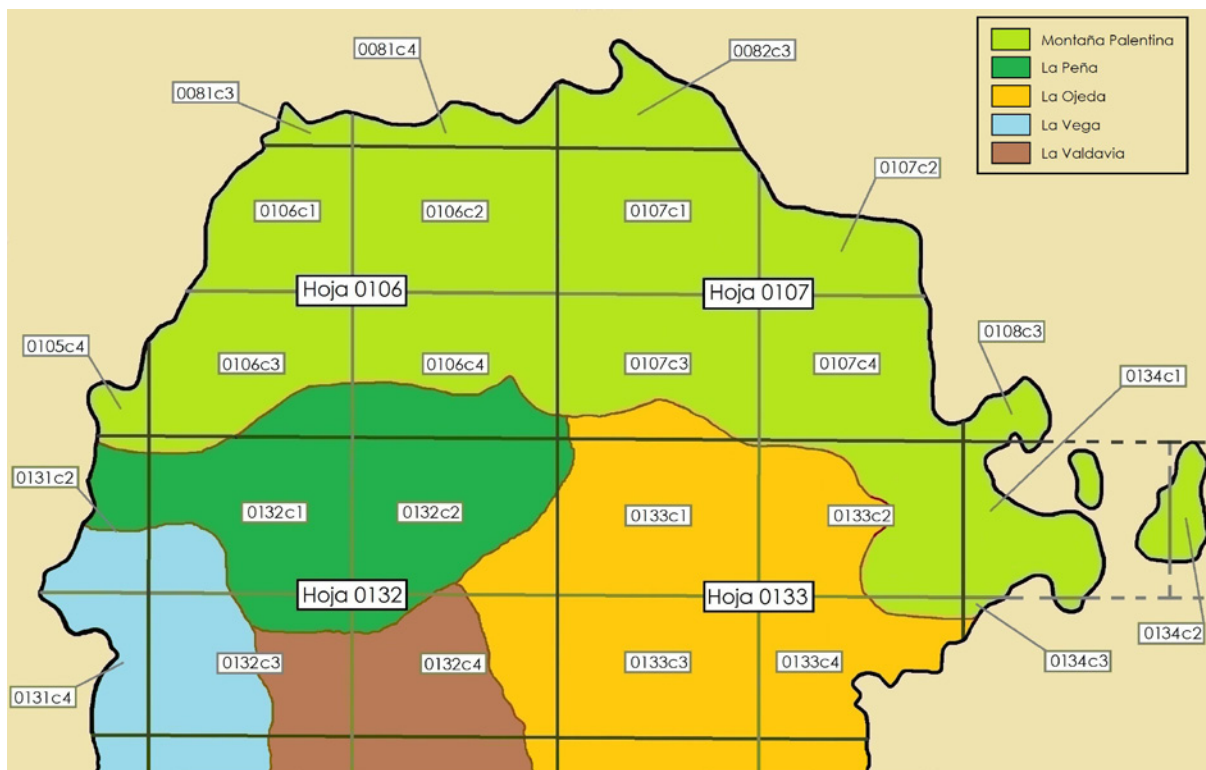


FIGURA 4: Ámbito territorial del estudio toponímico

Tabla 2 . Hojas del MTN25 en las que se incluyen las comarcas palentinas incluidas en el estudio toponímico (Fuente: Elaboración propia)

Comarca	Hoja del MTN25
MONTAÑA PALENTINA	0081c3, 0081c4, 0082c3, 0105c4, 0106c1, 0106c2, 0106c3 (*), 0106c4 (*), 0107c1, 0107c2, 0107c3 (*), 0107c4, 0108c3, 0131c2 (*), 0132c1 (*), 0133c1 (*), 0133c2 (*), 0133c4 (*), 0134c1, 0134c2 y 0134c3
LA PEÑA	0106c3 (*), 0106c4 (*), 0107c3 (*), 0131c2 (*), 0132c1 (*), 0132c2 (*), 0132c3 (*), 0132c4 (*) y 0133c1 (*)
LA OJEDA (**)	0107c3 (*), 0132c2 (*), 0132c4 (*), 0133c1 (*), 0133c2 (*), 0133c3 y 0133c4 (*)
LA VALDAVIA (**)	0132c3 (*) y 0132c4 (*)
LA VEGA (**)	0131c2 (*), 0131c4, 0132c1 (*) y 0132c3 (*)

(*) Hoja con superficie en dos o más comarcas

(**) No incluidas en estas Hojas MTN25 en su totalidad (estimación de la inclusión territorial: La Ojeda, 85%; La Valdavia, 30%; La Vega, 20%)

municipios de nuestra zona de estudio que únicamente posean una localidad. La razón de este uso parcial es el asegurarnos que los topónimos que se encuentren tanto en Catastro como en el MTN25 sólo puedan ser asignados a esta localidad (y no a otra del municipio), peligro que no se corre al usar *Toponimia palentina*, que sí hace la diferenciación de topónimos según localidades de un mismo municipio. De esta manera, podremos comprobar cuántos topónimos aportan, al corpus toponímico de una localidad (que, insistimos, coincidirá en este caso con el municipio completo), cada una de las tres fuentes consultadas, y con ello, lograr la jerarquización de su importancia.

Es de destacar que, según creemos, la metodología que aquí se plantea, y que se aplica únicamente a la toponimia apícola, sería extrapolable a todo tipo de estudios sobre la toponimia de la provincia de Palencia, siempre que utilizaran una, dos o las tres fuentes manejadas por nosotros.

Para facilitar la comprensión de la metodología descrita, vamos a exponer con detalle su aplicación a uno de esos municipios de nuestro ámbito territorial conformados por una única localidad: Polentinos. Localidad-municipio ubicado en La Pernía (Montaña Palentina), según Gordaliza y Canal (1993, 389) este macrotopónimo significaría «villa repoblada por naturales de Polientes, lugar de Valderredible, en Cantabria, donde a los naturales se les llama 'polentinos' y 'vallucos'». Pues bien, el número de topónimos recogido, individualmente, por cada una de las tres fuentes es el siguiente: 41 en *Toponimia palentina* (Gordaliza Aparicio y Canal Sánchez-Pagín 1993, 389), 52 en el MTN25 y 71 en el Catastro.

Parece obvio afirmar que entre estos tres conjuntos de topónimos habrá *intersecciones*, es decir, elementos que se repiten en dos o en las tres fuentes, y *exclusividades*, topónimos que únicamente figuran en una de ellas. En efecto, para Polentinos estas cifras son las siguientes (en los tres casos, la recopilación que se hace incluye los nombres de pagos, parajes

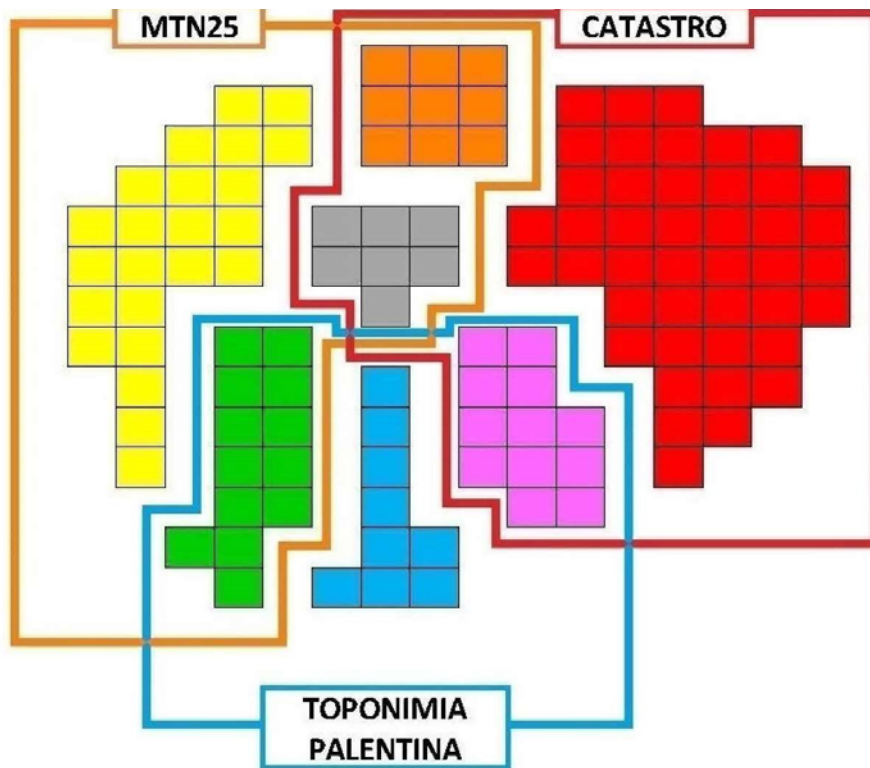
y montañas del municipio, obviándose hidrónimos y hodónimos o nombres de caminos; para una mejor comprensión de este listado se ha confeccionado la Figura 5):

- Topónimos que aparecen, simultáneamente, en *Toponimia palentina*, en el MTN25 y en el Catastro: 7 (cuadritos grises en la Figura 5)
- Topónimos que aparecen, simultáneamente, en *Toponimia palentina* y en el MTN25: 13 (cuadritos verdes)
- Topónimos que aparecen, simultáneamente, en *Toponimia palentina* y en el Catastro: 12 (cuadritos rosas)
- Topónimos que aparecen, simultáneamente, en el MTN25 y en el Catastro: 9 (cuadritos naranjas)
- Topónimos que aparecen, exclusivamente, en *Toponimia palentina*: 9 (cuadritos azules)
- Topónimos que aparecen, exclusivamente, en el MTN25: 23 (cuadritos amarillos)
- Topónimos que aparecen, exclusivamente, en el Catastro: 43 (cuadritos rojos)

NÚMERO TOTAL DE TOPÓNIMOS DE POLENTINOS: 116

Como se observa, de esta forma se consigue determinar (y recopilar) el número total de topónimos del municipio de Polentinos utilizando las tres fuentes y eliminando las repeticiones, que son 116.

La conclusión a la que llegamos con este análisis nos dice que la utilización en exclusiva de *Toponimia palentina* permite abarcar el 35% (41 de los 116) de los topónimos del municipio; pero si a ella le sumamos los resultados del MTN25, llegaríamos hasta el 63% (73 de los 116), mientras que si lo hacemos con los del Catastro, alcanzaríamos el 80% (93 de los 116).



Total topónimos Polentinos: 116

	Exclusivos MTN25 (23 topónimos)
	Exclusivos CATASTRO (43 topónimos)
	Exclusivos TOPONIMIA PALENTINA (9 topónimos)
	Compartidos MTN25, CATASTRO y TOPONIMIA PALENTINA (7 top.)
	Compartidos MTN25 y CATASTRO (9 topónimos)
	Compartidos MTN25 y TOPONIMIA PALENTINA (13 topónimos)
	Compartidos CATASTRO y TOPONIMIA PALENTINA (12 topónimos)

	Topónimos del MTN25 (52 topónimos)
	Topónimos del CATASTRO (71 topónimos)
	Topónimos de TOPONIMIA PALENTINA (41 topónimos)

FIGURA 5: Esquematización del número de topónimos encontrados para el municipio de Polentinos en el Catastro, el Mapa Topográfico Nacional 1:25.000 (MTN25) y Toponimia palentina (Gordaliza Aparicio y Canal Sánchez-Pagín 1993, 389) (Cada cuadrado representa un topónimo). Fuente: Elaboración propia

Con la utilización conjunta del MTN25 y el Catastro la recopilación alcanzaría el 92% (107 de los 116) de los topónimos. Finalmente, si únicamente utilizáramos una de las tres fuentes, obtendríamos resultados poco aceptables, pues con el Catastro llegaríamos al 61% (71 de los 116), con el MTN25 englobaríamos al 45% (52 de los 116) y con *Toponimia palentina*, a un escaso 35% (41 de los 116)²³.

Paralelamente a esta evaluación de las fuentes de datos toponímicos utilizadas, realizaremos asimismo una comprobación, aunque muy limitada por referirse a un solo municipio (Báscones de Ojeda), del valor del MTN25 en la inventariación de los colmenares de caseta, mediante la comparación de los recogidos en esa fuente con los incorporados en el Catastro. Y finalmente, haremos una aproximación a la importancia que la toponimia apícola alcanza en el conjunto de los topónimos del ámbito de estudio, tanto para todo él como para cada una de las comarcas en las que puede dividirse el norte de la provincia de Palencia. En esta primera parte estudiaremos la toponimia del MTN25, así como la ubicación de colmenares de caseta en dicha cartografía, para dejar el resto de indagaciones para la segunda parte.

23 Estos resultados parecen contradecir lo dicho anteriormente sobre la consideración de *Toponimia palentina* como fuente principal de datos toponímicos. Sin embargo, y aunque sea adelantar resultados (se exponen en la Tabla 11, en la segunda entrega de este trabajo), la importancia de las fuentes utilizadas en lo que se refiere al acaparamiento de los topónimos de un municipio (de los de una única localidad), según nuestro análisis, eleva a *Toponimia palentina* al primer lugar (recopilación del 59% de los topónimos de un municipio), seguida del Catastro (54% de los topónimos) y el MTN25 (43%). Polentinos es pues, una excepción a la regla expuesta.

Las tradiciones apícolas en la toponimia del norte de Palencia

La toponimia apícola del norte de Palencia en el MTN25

Recordando lo dicho anteriormente, nos encontramos en el norte de la provincia de Palencia con dos concepciones de la apicultura tradicional. Por un lado, en la zona más septentrional, es decir, básicamente en la Montaña Palentina, aparecería una apicultura de asentamientos de colmenas, que en su inmensa mayoría serían dujos y que no agruparían a más de una docena de ellos, toda vez que el desarrollo de la actividad era en esta zona más montañosa secundario y destinado al consumo doméstico y al comercio a escala vecinal. Por el contrario, al sur de la Montaña la tradición apícola se inclinaba hacia la construcción de colmenares de caseta, con unas producciones más importantes que permitirían un comercio a mayor escala. Ambas tradiciones, como es evidente, no fueron compartimentos estancos en cada una de las dos zonas citadas, dándose en la zona montañosa colmenares de caseta, aunque muy puntualmente y de menor tamaño que los situados en tierras más al sur, y apareciendo también en las comarcas al sur de la Montaña Palentina asentamientos de dujos.

Nos preguntamos si esta diferente implantación de esas tradiciones apícolas, que hemos denominado *apicultura del dujo* y *apicultura del colmenar*, se refleja tan a las claras en la toponimia de la zona norte de la provincia de Palencia como lo hacen sobre el terreno. Es decir, si la aparición del topónimo *dujo* o sus variantes y sinónimos (que luego relacionaremos), es mayor en la zona norte palentina, identificando ubicaciones de dichos asentamientos o, alternativamente, zonas boscosas idóneas para la obtención de la materia prima necesaria para su fabricación (este segundo aspecto lo trataremos después)²⁴, y en el otro lado, si el topónimo

24 Para Hermógenes Perdiguero («Toponimia de la Ribera del Duero (Burgos) (III)»). Biblioteca: estudio e

colmenar y sus derivados y variantes es más utilizado al sur del ámbito de estudio, identificando aquellos lugares en los que existía una de estas construcciones.

Creemos importante añadir también que el no escrutar al completo las comarcas de La Vega, La Valdavia y La Ojeda, por sobrepasar las mismas el límite de las Hojas 131 a 134 del MTN50, no resta valor al análisis, pues lo que se pretende es observar la transición entre la Montaña Palentina, la zona más septentrional de la geografía provincial, y el resto de la provincia, tanto en lo referente a la distribución de la toponimia asociada a las dos tradiciones apícolas palentinas como a la existencia de colmenares de caseta en la zona más al sur (búsqueda que realizaremos en el siguiente subapartado). No obstante, sí que tendremos que tener especial cuidado a la hora de comparar, a través de esta fuente (MTN25), los resultados obtenidos para estas tres comarcas con los de la Montaña Palentina y La Peña, cuyos resultados sí que son totales por estar incluidas por completo en las hojas cartográficas revisadas.

Antes de iniciar la exposición de los resultados, y siguiendo las Normas sobre toponimia elaboradas por la Dirección General del Instituto Geográfico Nacional (2005, 95-96) para la cartografía MTN25, decir que podemos incluir a los topónimos con los que vamos a trabajar en las categorías de *descriptivos*, *transparentes* y tanto *simples* como *compuestos*. Así, son descriptivos pues «describen alguna particularidad del lugar mediante términos comunes que tienen significado», denominándoseles también *primarios*, pues «la forma primaria de dar nombre a un lugar se realiza mediante una descripción breve, motivada por alguna característica del lugar» (frente a ellos aparecen los *topónimos nominativos* o *topónimos puros*, los que nominan a un lugar con un nombre propio); son *transparentes* en tanto en cuanto «son comprendidos por las personas que conocen

investigación 12 (1997): 278), y particularizando para el caso de Roa de Duero, el topónimo *dujo* señalaría «a una zona donde se colocaban las colmenas».

la lengua en que están expresados» (por contraposición a los *topónimos opacos*, «aquellos cuyo significado desconocemos al quedar ocultos por una evolución formal de los topónimos [–de tal manera que no los reconocemos–], por tratarse de palabras que han caído en desuso o por desconocimiento de la lengua en que fueron creados»); por último, los hay tanto *simples*, aquellos «formados por un solo término, sin contar el artículo, ya que se considera parte del nombre» (ejemplos: *El Dujo*, *Colmenar*, *Los Colmenares*), como *compuestos*, cuando «tienen dos o más términos y generalmente [están] formados por un genérico y un específico», donde el término genérico «indica la naturaleza o características del elemento geográfico denominado y el término específico el que lo identifica de manera particular» (ejemplos: *Fuente del Dujo*, *Colmenar de Calle*)²⁵. Asimismo, y según diversos autores que dividen los topónimos en tres grandes familias, los geográficos, los socioeconómicos y los mentales o simbólicos, los que aquí se recogen se enmarcan dentro de la categoría socioeconómicos (como *El Dujo* o *El Colmenar*) y geográficos (*Arroyo de la Fuente del Dujo* o *Alto del Colmenar de las Ánimas*) (Tomé Fernández 2006:262)²⁶.

25 Para Hermógenes Perdiguero («Toponimia de la Ribera del Duero (Burgos) (II)», Biblioteca: estudio e investigación 10 -1995-: 234), la fusión de dos nombres para dar lugar a topónimos compuestos es el mecanismo, junto al de derivación, más frecuente en la toponimia menor.

26 Los topónimos geográficos y socioeconómicos tendrían un carácter descriptivo y podrían considerarse como «topónimos de uso», al contrario que los mentales o simbólicos (personajes, acontecimientos históricos etc.), que normalmente se corresponden con los «topónimos de decisión», aunque, evidentemente, hay excepciones a esta generalización. Asimismo, los topónimos socioeconómicos reflejan un universo social que integraría las etimologías provenientes de la vida comunitaria, la composición poblacional y las actividades económicas, de tal manera que su estudio puede servirnos para explicar la división funcional del espacio en un pasado más o menos remoto (Sergio Tomé Fernández, «La toponimia urbana de barrios en Castilla y León», Estudios Geográficos LXVII, Núm. 260 -2006-: 262 y 272). Aunque es adelantar resultados,

Y tras este largo pero creemos necesario preámbulo, es hora ya de pasar a la exposición de los resultados obtenidos. Comenzando por los topónimos encontrados relacionados con la apicultura, han sido estos en total 21, correspondientes a parajes, aunque también a otros elementos geográficos. Casi todos ellos (18 de 21) derivan de las dos palabras clave que estamos manejando en este artículo, es decir, *dujo* y *colmenar*, como se puede observar en la Tabla 3, donde se han recopilado agrupados por las zonas de Palencia consideradas (con indicación de las Hojas MTN25 en los que aparecen) y por la tradición apícola a la que se pueden asignar. Así, los topónimos relacionados con el término *colmenar* aparecen hasta en diez ocasiones, tanto de manera genérica («(El) Colmenar» y «(Los) Colmenares», en dos ocasiones, y «Socolmenares»²⁷), como referidos a colmenares con nombres propios («Colmenar de Calle», «Colmenar Blanco», «Alto del Colmenar de las Huertas» y «Alto del Colmenar de las Ánimas»²⁸; incluimos en este grupo el nombre

diremos que, con base a los topónimos encontrados en la Cartografía MTN25, el 57% (12 de 21) de los topónimos apícolas encontrados en nuestro ámbito de estudio se pueden encuadrar dentro de los socioeconómicos, mientras que el restante 43% (9 de 21) lo haría en los geográficos (Tabla 3). Si consideramos la obra de Gordaliza Aparicio y Canal Sánchez-Pagín *Toponimia palentina* (1993), los resultados se igualan de manera casi perfecta: 51% de topónimos geográficos (43 de 84) y 49% de socioeconómicos (41 de 84) (ver la Tabla 6 de la segunda parte de este artículo). En ninguna de las dos contabilizaciones se han computado los topónimos dudosos).

27 Los topónimos precedidos de la preposición *so* indican «bajo, debajo de», utilizándose para la identificación de lugares «debajo de» algún elemento del territorio, que en nuestro caso parece sería algún pago con varios colmenares que, por lo que hemos podido comprobar, hoy habrían desaparecido. Esta utilización de la preposición *so* es una imagen toponímica muy repetida en todos los territorios españoles (Emilio Nieto Ballester, «Maroto, manotera, salmerón: aportaciones de toponimia española a propósito de la expresión de loma», *Revista de Filología Española* LXXXII, Núms. 3-4 -2002-:308).

28 Pérez Castro (Los colmenares antiguos en la

provincia de León-León: Caja España, 1994-, 14) refiere una tradición para algunos pueblos de León en los que existía el denominado Huerto de Ánimas, normalmente propiedad de la Iglesia pero que explotaban los vecinos del pueblo; las rentas obtenidas de las colmenas aquí existentes se destinaban a sufragar misas por las ánimas y los difuntos del lugar. Este Colmenar de las Ánimas de Báscones de Ojeda posiblemente tuviera el fin comentado, sobre todo a la luz de lo que nos dice Gonzalo Ortega Aragón («Sociedad y transmisión oral en la toponimia menor palentina», Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses 78 -2007-: 9) y Francisco Molina Díaz («La toponimia como medio de información geográfica: el caso de los fitotopónimos», *Biblio 3W* Vol. XVII, núm. 982 -2012-) al respecto de los topónimos *De las Ánimas*, que definen terrenos o propiedades, como pudiera ser este caso, que pertenecieron a la Cofradía de las Ánimas del lugar, cuyo piadoso fin era interceder mediante la oración por las almas de los difuntos que se encontraban en el Purgatorio. Por su parte, Ramos Díez (*Brisas de mis montañas leonesas. Tradiciones y costumbres de mi pueblo Velilla de Guardo* -Buenos Aires, Argentina: Edición del autor, 1940-, 232) da cuenta para Velilla del Río Carrión, en Fuentes Carrionas, de las «tierras de las Ánimas», que eran «legadas por almas piadosas» para pagar al campanero para «que ningún día se omitiera el toque por las Almas del Purgatorio», trabajo «que bien merecía una recompensa», pues tanto en verano como en invierno «hiciera sol o cayeran rayos con nieve o con agua y granizo, tenía que cumplir con su misión a las nueve de la noche y a las cuatro de la mañana»; y en el mismo sentido, Luis Manuel Mediavilla de la Gala («Actitudes y manifestaciones populares frente a la muerte, en la comarca de 'La Peña' (Palencia)», *Revista de Folklore* 292 -2005-:140-141), para el cercano pueblo a Báscones de Ojeda de Recueva de la Peña, da cuenta de una fundación que hundía sus raíces hacia la mitad del siglo XVII y que destinaba las rentas de los productos de una finca, conocida como «Tierra de las Ánimas», a «hacer tocar la campanilla de las ánimas a las noches» por las calles de la localidad, como modo de recordar a los vecinos el rezo en sufragio por las almas de los difuntos del pueblo. Podría encuadrarse por tanto este topónimo dentro de los hagiotopónimos, «nombres de Santos o cosas santas convertidos en nombres de lugares», incluyendo «tanto a las personas denominadas canónicamente santas, como a las cosas, instituciones, edificios que por su origen eclesiástico o destino religioso admitan en sentido amplio esta calificación» (Luis López Santos, citado por Antonio Martín Corona, «Aportación a la toponimia palentina», en *Actas del I Congreso de Historia de Palencia (Castillo de Monzón de Campos, 3-5 de Diciembre de 1985)*, Tomo IV, 285-293 -Palencia: Excma. Diputación Provincial de Palencia, 1987-,292).

Tabla 3 . Topónimos apícolas en el norte de la provincia de Palencia, según el MTN25 del IGN
(Fuente: Elaboración propia)

Población (*)	Topónimos		Hoja MTN25
	<i>Apicultura del dujo</i>		
	<i>Apicultura del colmenar</i>		
Montaña Palentina			
Cabria (Aguilar de Campoo)	<i>Fuente del Dujo, Trasdeldujo</i>		0133c2
	-		
Revilla de Santullán (Barruelo de Santullán)	<i>El Dujo</i>		0107c4
	-		
Renedo de la Inera (Aguilar de Campoo)	<i>Arroyo de la Fuente del Dujo, Fuente del Dujo</i>		0133c2
	-		
Valdegama (Aguilar de Campoo)	-		0133c4
	<i>El Colmenar</i>		
La Peña			
Cornón de la Peña (Santibáñez de la Peña)	-		0132c1
	<i>Colmenar de Calle</i>		
Roscales de la Peña (Castrejón de la Peña)	<i>El Dujo</i>		0132c2
	<i>Colmenar Blanco</i>		
La Ojeda			
Amayuelas de Ojeda (Olmos de Ojeda)	<i>El Dujo</i>		0133c1
	-		
Báscones de Ojeda	-		0132c4 0133c3
	<i>Alto del Colmenar de las Huertas, Alto del Colmenar de las Ánimas</i>		
Becerril del Carpio (Alar del Rey)	<i>(Cuesta la Cera)</i>		0133c4
Colmenares de Ojeda	-		0132c2
	<i>Colmenares de Ojeda</i>		0133c1
Cozuelos de Ojeda (Aguilar de Campoo)	<i>Arnales (Hornillos) (**)</i>		0133c1
	-		
Montoto de Ojeda (Olmos de Ojeda)	-		0133c1
	<i>Socolmenares</i>		
Olmos de Ojeda	-		0132c4 0133c3
	<i>Colmenar, Colmenares, Los Colmenares (***)</i>		
La Valdavia			
Congosto de Valdavia	<i>El Dujo</i>		0132c4
	-		
La Puebla de Valdavia	<i>Arnillas</i>		0132c4
	-		
La Vega			
-	Sin topónimos apícolas		-

(*) Cuando la población no se corresponde con la cabecera municipal, se indica entre paréntesis el municipio al que pertenece.

(**) No considerado.

(***) Los tres topónimos se ubican en el enclave “Indiviso”, ubicado al oeste del término de Olmos de Ojeda y entre las jurisdicciones de Payo de Ojeda, Miececes de Ojeda, Báscones de Ojeda, La Puebla de Valdavia, Congosto de Valdavia y Castrejón de la Peña.

de uno de los pueblos de La Ojeda, Colmenares de Ojeda²⁹. Para facilitar la ubicación de estos topónimos apícolas del MTN25 en la geografía palentina, se incluye la Figura 6.

La otra familia de topónimos, los derivados del vocablo *dujo*, se compone de ocho elementos: «El Dujo» (en cuatro ocasiones), «Fuente del Dujo» (dos apariciones)³⁰, «Arroyo de la

29 Pertenece al municipio de Dehesa de Montejo, Gordaliza y Canal (*Toponimia palentina* –Palencia: Caja España, 1993–, 270 y 376), después de indicar que en los Becerros aparece con la misma grafía y que «[l]as colmenas y dujos son hoy todavía abundantes», asignan como significado del nombre de esta localidad «El lugar de las colmenas» (que se completaría con el significado de *Ojeda*, que los mismos autores hacen provenir de *Fogeda*, es decir, *hoyeda*, lugar de hoyos, «como el paisaje nos lo demuestra con sus ondulaciones»). Sobre las localidades cuyo nombre es este de Colmenares, aunque en los contextos geográfico de la mitad meridional de España y temporal de su repoblación tras la Reconquista, José Sánchez Benito («Datos sobre la organización de la producción apícola castellana en la Baja Edad Media», *Estudis d'Historia Economica* 1 -1989-:12-13) afirma que suelen tener su origen en las casas de los colmeneros que surgían en torno a ellos, y hacia las que se orientaba el paso de las gentes, lo que terminó por convertir estos lugares en ventas y, durante los dos últimos siglos de la Edad Media, en aldeas; por ello, concluye el autor que, por esta razón, «hemos de ver también en la apicultura un factor de ocupación y, por tanto, de organización social del monte».

30 Este topónimo es relativamente común en la toponimia palentina (también como «Fuentedujo»), designando a aquellos manantiales en los que se introducía un dujo para facilitar que manara el agua (F. Roberto Gordaliza Aparicio y José María Canal Sánchez-Pagín, *Toponimia palentina* –Palencia: Caja España, 1993–, 471); también lo explica así J.M. González para la toponimia asturiana (citado por Julio Concepción Suárez, «Toponimia de las abeyas entre los pueblos de Lena», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 135 -1990-: 1990:627). En efecto, según la recopilación hecha por nosotros para este trabajo a partir del corpus toponímico de Gordaliza y Canal, «Fuente (del) Dujo» es el segundo más numeroso de los topónimos apícolas recopilados para nuestra zona de estudio, con un total de 8 apariciones sobre los 77 topónimos recopilados. Como veremos, el más abundante es el conjunto «(El/Los) Dujo(s)», con 13 elementos. Sobre la forma «Fuentedujo», decir que es uno de los ejemplos que nos encontramos (junto con

Fuente del Dujo»³¹ y «Trasdeldujo» (ambas en una ocasión). A ellos habría que añadir los dos derivados de *arna*, sinónimo de *dujo*, «Arnillas» y «Arnales» (en este caso, ha de entenderse con un concepto diferente al burgalés, donde recordemos que nombraba a los característicos colmenares de roca allí existentes).

«Trasdeldujo») del proceso de formación de topónimos denominado *aglutinación*, «unión de dos o más elementos formando una sola y nueva unidad morfológica», frecuente en toponimia, «como consecuencia de la tendencia a acortar las palabras en el lenguaje oral» (Dirección General del Instituto Geográfico Nacional, *Toponimia: Normas para el MTN25. Conceptos básicos y terminología*, Publicación Técnica núm. 42 –Madrid: Ministerio de Fomento, 2005–, 23–24). Por su parte, los topónimos «Fuente Dujo» y «Fuente del Dujo» han de considerarse similares, siendo el primero producto de la omisión de la contracción «del», transformación ésta muy común en la toponimia española al ser dicha omisión común en el lenguaje hablado; no obstante, desde el punto de vista lingüístico se considera más correcto la forma completa del topónimo (Dirección General del Instituto Geográfico Nacional, *Toponimia: Normas para el MTN25. Conceptos básicos y terminología*, Publicación Técnica núm. 42 –Madrid: Ministerio de Fomento, 2005–, 28–29). Por último, según Emilio Nieto Ballester («La toponimia de las fuentes en España: una nota sobre algunos resultados del lat. *fonte*», *Revista de Filología Española* LXXX, Núms. 3-4 -2000-:395) en la toponimia española son constantes las referencias a fuentes, pudiéndose afirmar que todas las capas lingüísticas históricas de nuestro país muestran manifestaciones toponímicas de este elemento, independientemente de la antigüedad de dicha capa lingüística; para Marina García Fernández («Algunos hidrónimos en la toponimia de Saldaña, Palencia, en *Actas del III Congreso de Historia de Palencia (30 y 31 de Marzo y 1 de Abril de 1995)*, Tomo IV, 249–264 –Palencia: Excma. Diputación Provincial de Palencia, 1995–, 254), ello se debe «a la importancia de los manantiales como elementos determinantes para la instalación de poblados, o cuando menos para la identificación de los terrenos que las rodean».

31 Los hidrónimos compuestos formados a partir de *arroyo* suelen referirse, en la toponimia palentina, al nombre del animal que en él habitan, a las características del terreno o al de algún lugar que atraviesan, como en este caso (Antonio Martín Corona, «Aportación a la toponimia palentina», en *Actas del I Congreso de Historia de Palencia (Castillo de Monzón de Campos, 3–5 de Diciembre de 1985)*, Tomo IV, 285–293 –Palencia: Excma. Diputación Provincial de Palencia, 1987–, 289).

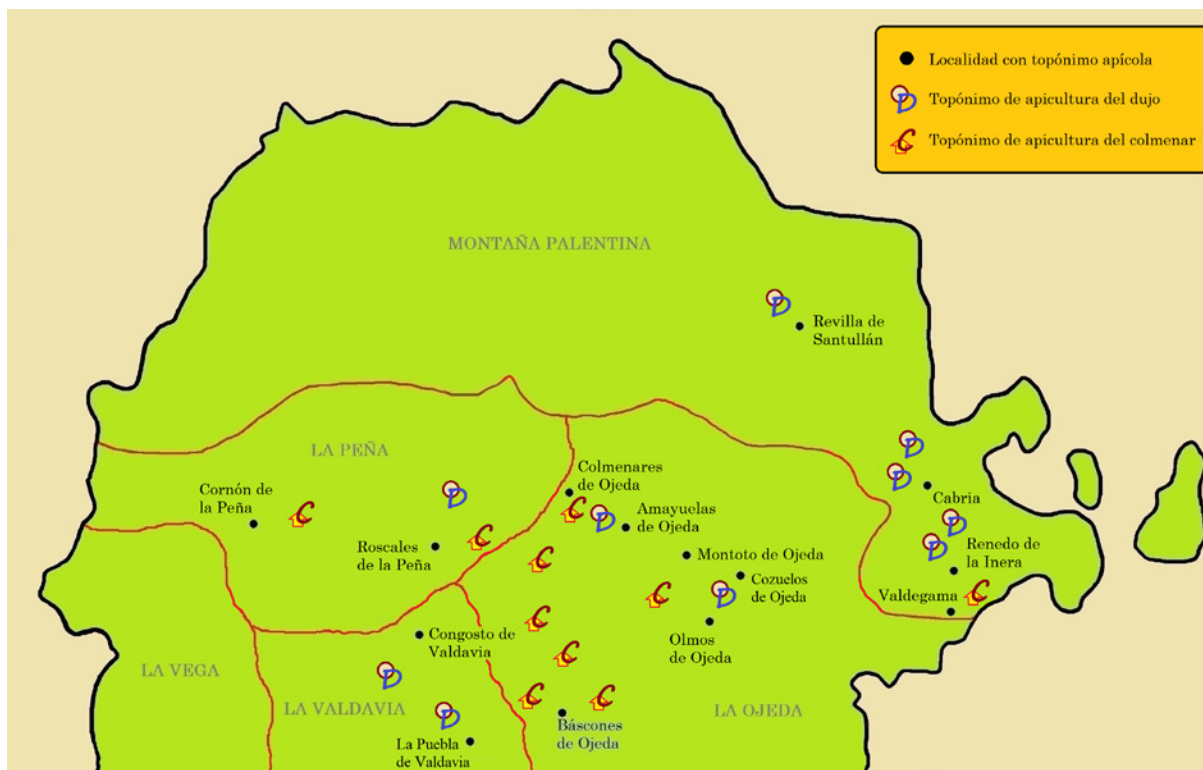


FIGURA 6 : Ubicación de topónimos apícolas en el norte de la provincia de Palencia, según el MTN25 del IGN (no se ha representado ni el topónimo *Cuesta la Cera* de Becerril del Carpio, por no poder adscribirse a ninguno de los dos tipos de topónimos considerados, ni *Hornillos* en Cozuelos de Ojeda, por no ser segura su adscripción a la temática apícola). Fuente: Elaboración propia

El topónimo restante es el denominado «Cuesta la Cera», que lo podemos considerar también relacionado con la apicultura, aunque no nos aporta información alguna sobre la tradición apícola a la que se puede referir³². Tampo-

32 El microtopónimo *cuesta* puede nominar, bien un camino que atraviesa una pendiente, bien un terreno en pendiente. «En su origen significó costilla y costado o lado, para después pasar a designar el costado o ladera de una montaña y, en definitiva, a cualquier superficie inclinada» (Dirección General del Instituto Geográfico Nacional, *Toponimia: Normas para el MTN25. Conceptos básicos y terminología, Publicación Técnica núm. 42 –Madrid: Ministerio de Fomento, 2005–*, 119 y 123). En cuanto a *cera*, Pascual Riesgo Chueca («Formas del parcelario: su huella en la toponimia menor», *Ería* 94 –2014–:197) anota que en Castilla y León algunos topónimos *La cera* procederían de la simplificación, por etimología popular, del topónimo *La acera*, que a su vez provendría del término *facera*, tierra labrantía cercana al casco de un pueblo a menudo adyacente a sus casas (*Facera* >> *La acera* >> *La cera*). En el presente caso, para el término «Cuesta» nos inclinamos por la acepción para definir la

co hemos considerado al topónimo «Hornillos», que aparece al sur de la localidad de Cozuelos de Ojeda (T.M. de Aguilar de Campoo; Hoja MTN25 0133c1), pues a pesar de denominarse con ese nombre, en algunas zonas de Burgos, Cantabria y Álava, a las colmenas que se embutían en huecos practicados en las paredes de las casas (*hornilleras*) para hacer un aprovechamiento desde la misma vivienda (Torres Montes 2008, 838), o incluso a los apilamientos de colmenas horizontales que formaban *muros*

ladera de una montaña, en concreto la que tiene por cima el pico La Horca (951 msnm), entre Barrio de Santa María y Puebla de San Vicente, dos de los tres barrios que conforman la localidad de Becerril del Carpio; y en cuanto a «La Cera», nos parece poco probable de que se utilizara este término para definir una *facera* de Barrio de Santa María, tanto por la escasa entidad del núcleo como, sobre todo, la existencia de zonas aparentemente mejores para ese fin en las cercanías del mismo que la ubicación de la *Cuesta la Cera* (Hoja MTN25 0133c4). Por lo anterior, consideramos este topónimo como apícola.

apiarios, no hemos encontrado en nuestra zona de estudio esta denominación en un contexto apícola³³.

Aunque las conclusiones las expondremos al final de este trabajo (en su segunda entrega), avanzaremos ahora alguna idea (como cada vez que incluyamos algún plano o tabla con los resultados de los análisis toponímico-cartográficos que vayamos generando). Así, de la observación de la ubicación de los topónimos en este primer plano (Figura 6) llama la atención dos concentraciones de topónimos: la de aquellos que indican *apicultura del colmenar* en La Ojeda, y la de los de *apicultura del dujo* en el extremo oriental de la Montaña Palentina, en la comarca de La Lora. También nos parece interesante analizar, aunque no profundizaremos demasiado en ello, en la ubicación territorial de estos topónimos en lo que se refiere a la exposición a los rayos de sol de los parajes que designan. Con ello, intentaremos comprobar si las exposiciones este-sureste-sur-suroeste, que consideramos las que mejor captan los rayos solares, y que como hemos visto eran mayoritarias para las fachadas principales de los colmenares, son también, en este caso, mayoritarias en los topónimos. Analizados los de la Tabla 3 según las ubicaciones con la que se representan en las Hojas MTN25 que estamos manejando, se llega a la conclusión de que, en un 60% de los casos (en concreto, 12 de los 20 topónimos que se han considerado en este

análisis), designan parajes que se orientan hacia esas exposiciones solares. Por tanto, parece que los topónimos apícolas muestran una alta correlación con lugares en principio apropiados para el desarrollo de la actividad apícola, que en estas latitudes no sólo no huyen del sol, sino que lo buscan para mejorar las condiciones de vida de las abejas y, con ello, la producción de miel y cera. Resulta curioso además que esa relación entre exposición a los rayos del sol y topónimos es más descarada en aquellos que designan parajes relacionados con la *apicultura del dujo*, es decir, los topónimos que identificarían lugares en los que habría habido, en algún momento, asentamiento de colmenas: esto sucede en siete de los diez topónimos de este tipo encontrados.

Para concluir este subapartado, discutamos ahora la persistencia de estos topónimos en el territorio. ¿Sería posible hoy día estudiar la existencia sobre el terreno de aquellos elementos apícolas que sirvieron para bautizar los parajes que estamos tratando? Nos tememos que la respuesta es negativa, toda vez que, en el caso de los referidos a la *apicultura del dujo*, es muy poco probable que, a lo largo de las centurias, se hayan mantenido los parajes utilizados como asentamiento de dujos, pues esto habría requerido, además del mantenimiento de la actividad en sí, la inmutabilidad de los criterios seguidos tanto por los sucesivos apicultores que, a lo largo de los siglos, han ido sucediéndose en estas tierras, como del consentimiento de los propietarios de los terrenos para el asentamiento y de las características de la vegetación circundante, tan decisiva a la hora de la elección de la posada de colmenas por la necesaria cercanía de especies melíferas. Por otra parte, ya apuntamos arriba que los topónimos de esta familia podrían deberse también a la ubicación en el territorio al que nombran de masas boscosas apropiadas para la obtención de la materia prima de los dujos³⁴. En este caso, y aun a pesar de que pen-

33 En este sentido, Gordaliza Aparicio y Canal Sánchez-Pagín (*Toponimia palentina* –Palencia: Caja España, 1993–, 49) le dan a la localidad palentina de Hornillos de Cerrato, ubicada en esta comarca, el significado de «los pequeños hornos del Cerrato». Con este significado de construcción para fabricar algo mediante calor, ya sea carbón, cal o industria del vidrio, lo recoge Nieto Ballester (*Breve diccionario de topónimos españoles* –Madrid: Alianza Editorial, 1997–, 189-190) bajo la entrada «Hornos», entre cuyas localidades aparece citada esta de Hornillos de Cerrato. A pesar de ello, los derivados del nombre *horno* serán considerados en este estudio como de dudosa adscripción al tema apícola, dejando así una puerta abierta a un futuro cambio de opinión que se produciría si aparecieran noticias o informaciones que lo provocaran.

34 Julio Concepción Suárez, en su trabajo sobre la toponimia apícola de los pueblos de Lena en Asturias, asegura que tanto los lugares apropiados

samos que en un territorio con abundancia de bosques (y en consecuencia de árboles muertos o huecos, la materia prima de los dujos) como el que estudiamos esta razón no debe buscarse como origen del topónimo, los cambios a veces profundos acontecidos en la cobertura forestal del territorio entre el momento en el que surgió el topónimo (también incierto) y la actualidad, dificultan, cuando no imposibilitan, la búsqueda de esa correlación.

Al respecto de la segunda de las familias de topónimos, es decir, la que identifica con un nombre propio a un colmenar, habría, en primer lugar, pensar en si la antigüedad de esta tipología constructiva es la suficiente como para haber podido influir en la configuración toponímica de esta u otras zonas. Pues bien, parece no haber duda en que los colmenares actuales tienen su precedente en las construcciones para este fin descritas por los tratadistas agrarios romanos (Columela sería el principal exponente), de los que a su vez derivarían los colmenares citados por nuestros tratadistas renacentistas (por ejemplo, Jaime Gil, en su *Perfecta y curiosa declaración de los provechos grandes que dan las colmenas bien administradas* de 1612) y perfectamente descritos desde el punto de vista constructivo el siglo siguiente (por ejemplo, en la obra de 1720 de Francisco de

para el asiento de colmenas como la localización de «montes de arbolado que por su calidad producían troncos adecuados para fabricar truébano [dujos]», provocaban el que se nombrara a determinados parajes con sustantivos propios de la *toponimia de las abejas*, que principalmente se derivaban en esas tierras asturianas de *arna* y de *truébano*, los nombres locales de lo que nosotros denominamos dujo; incluso los derivados de la segunda voz «hacen pensar (al otear el terreno) en determinadas zonas estratégicamente adecuadas para la captura, recría, localización, seguimiento o alimentación de abeya». Resulta curioso que la voz *truébano* en la zona astur-leonesa signifique, según comarcas, tronco hueco, vasija para guardar grano, sal u otros productos y colmena, e incluso el cesto en el que los pasiegos llevaban a la espalda los niños de pecho (Julio Concepción Suárez, «Toponimia de las abejas entre los pueblos de Lena», Boletín del Instituto de Estudios Asturianos 135 -1990-: 624-625 y 628).

la Torre y Ocón *Economía general de la Casa de Campo*). Si tenemos en cuenta esto, parece evidente que la respuesta a la pregunta que nos hacíamos es afirmativa. No obstante, tampoco pensamos que el colmenar concreto que sirvió para nombrar al paraje permanezca aún en el territorio, sobre todo si tenemos en cuenta su construcción con unos materiales de escasa calidad, cuando no reaprovechados de otras construcciones, y su edificación, la mayoría de las veces, por los propios apicultores. Hemos de pensar más bien en el uso continuado por sucesivas generaciones de apicultores de un mismo territorio para un mismo fin, lo que habría hecho que perdurara en el tiempo el motivo del nombre del paraje³⁵.

Los colmenares del norte de Palencia en el MTN25

La revisión de las hojas del MTN25 a la búsqueda de topónimos apícolas fue aprovechada para la localización de los colmenares cartografiados en ellas, lo que no es baladí, pues su ubicación nos va a servir para corroborar esa distribución de la *apicultura del colmenar* que establecimos anteriormente. Sobre esta presencia García Barriga (2012, 357), en su estudio de los colmenares de la zona del Tajo Internacional en Cáceres, recuerda que la importancia de dichas edificaciones, por ser la fuente de la miel (producto esencial hasta la primera mitad del siglo xx al constituir el edulcorante más comúnmente utilizado en la gastronomía popular, así como en otras aplicaciones de tipo medicinal y cosmético), se plasma en la presencia de estos colmenares en la cartografía histórica levantada hasta entonces, mapas que suelen recoger

35 Sobre la antigüedad de los colmenares de la zona de estudio, no tenemos datos. Para otra región española, en concreto para la comarca zaragozana de Borja, Robert Chevet («Apicultura tradicional en los alrededores de Borja», Cuadernos de Estudios Borjanos Vol. XLVIII -2005-, 297-298) consigue datar, gracias a testimonios documentales e inscripciones en los propios edificios, 9 de los 32 colmenares que estudia, de los que 6 serían del siglo xvii y los tres restantes de una fecha mucho más cercana (entre 1930 y 1945).

la localización de numerosos de estos edificios mostrándolos como elemento económico y patrimonial al mismo nivel que molinos, fuentes, casas y pozos (en la segunda parte comprobaremos que, en nuestro caso, lo que hemos obtenido conduce a un análisis algo diferente).

Los resultados de esta segunda búsqueda los hemos plasmado en la Tabla 4, diferenciándolos por comarcas e indicando las localidades y las hojas MTN25 en las que se ubican, además de situarlos sobre el plano de la zona de Palencia objeto de este estudio (Figura 7). Se observa con claridad en este plano que el número de colmenares asciende de norte a sur; es más, en la Montaña Palentina tan solo aparece cartografiado un colmenar en Valoria de Aguilar, en el límite de La Lora con La Ojeda, si bien es cierto que hay algunos edificios en una zona que podríamos considerar *tierra de nadie* entre la Montaña Palentina y La Ojeda, como son los de Barrio de San Pedro y Foldada. Junto a esa ausencia, en el lado contrario es de destacar la

acumulación de edificaciones que se da en La Ojeda, y más concretamente tanto en el extremo nororiental de la comarca, hacia la frontera con La Lora, como en su extremo oeste, hacia La Valdavia, dejando un pasillo central donde dichos colmenares no aparecen, según esta cartografía.

Pero, aparte de servir para establecer la anterior como una primera conclusión, lo que nos ha permitido esta nueva búsqueda es su integración con la de los topónimos del MTN25, lo que se consigue *sumando* los planos de las Figuras 6 y 7. Esto genera el plano de la Figura 8, en el que se puede comprobar que la concentración de topónimos de la *apicultura del colmenar* en La Ojeda se corresponde con una paralela acumulación de colmenares en la zona, llamando especialmente la atención la gran concentración de elementos de este tipo de apicultura (colmenares y topónimos asociados a ellos) que aflora en ese extremo oeste que antes citábamos. Es esta una zona de una



FIGURA 7: Ubicación de colmenares en el norte de la provincia de Palencia, según el MTN25 del IGN.
Fuente: Elaboración propia

Tabla 4 . Colmenares en el norte de la provincia de Palencia, según el MTN25 del IGN
(Fuente: Elaboración propia)

Población (*)	Colmenares de caseta	Hoja MTN25
Montaña Palentina		
Valoria de Aguilar (Aguilar de Campoo)	1	0133c2
La Peña		
Baños de la Peña (Respanda de la Peña)	1	0132c4
Boedo (Castrejón de la Peña)	1	0132c2
Fontecha (Respanda de la Peña)	2	0132c3
Roscales de la Peña (Castrejón de la Peña)	1	0132c2
Viduerna de la Peña (Santibáñez de la Peña)	1	0132c1
La Ojeda		
Barrio de San Pedro (Aguilar de Campoo)	1	0133c1
Báscones de Ojeda	7	0132c4 0133c3
Berzosa de los Hidalgos (Miecedes de Ojeda)	1	0133c3
Foldada (Aguilar de Campoo)	1	0133c2
Lomilla de Aguilar (Aguilar de Campoo)	2	0133c2
Miecedes de Ojeda	2	0133c3
Olmos de Ojeda	1 (**)	0132c4
Payo de Ojeda	1	0133c3
Perazancas de Ojeda (Cervera de Pisuerga)	3	0133c1
Vallespinoso de Aguilar (Aguilar de Campoo)	3	0133c1 0133c2
Villaescusa de Ecla (Santibáñez de Ecla)	1	0133c3
La Valdavia		
Congosto de Valdavia	2	0132c4
Cornoncillo (Congosto de Valdavia)	2	0132c4
La Puebla de Valdavia	1	0132c4
La Vega		
Fresno del Río	1	0132c3
Villalba de Guardo	1	0132c3

(*) Cuando la población no se corresponde con la cabecera municipal, se indica entre paréntesis el municipio al que pertenece.

(**) El colmenar se ubica en el enclave “Indiviso”, ubicado al oeste del término de Olmos de Ojeda y entre las jurisdicciones de Payo de Ojeda, Miecedes de Ojeda, Báscones de Ojeda, La Puebla de Valdavia, Congosto de Valdavia y Castrejón de la Peña.

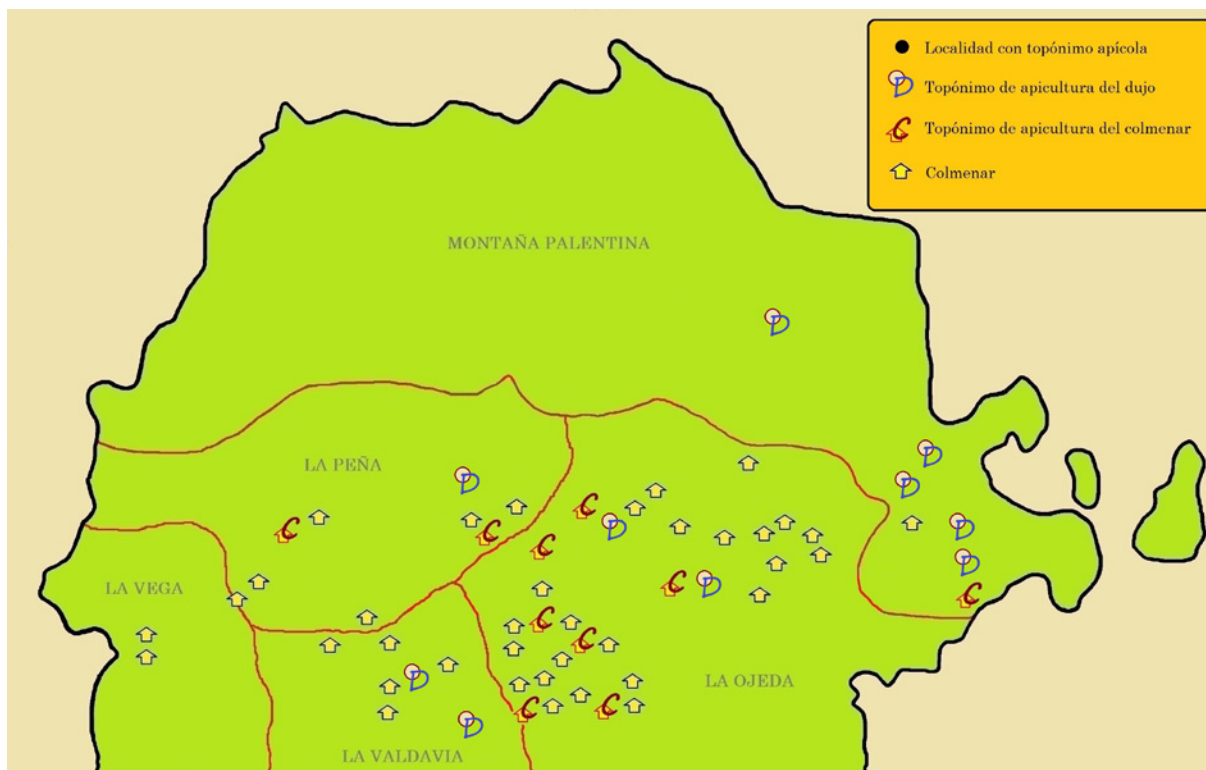


FIGURA 8 : Ubicación de topónimos apícolas y de colmenares en el norte de la provincia de Palencia, según el MTN25 del IGN. Fuente: Elaboración propia

considerable extensión carente de localidades, que en su mayor parte se corresponden con el denominado Monte Indiviso o El Indiviso³⁶; a primera vista, se podría lanzar la hipótesis de que esa escasez de núcleos habitados facilitó la instalación de colmenares en estos parajes, lo que trajo también aparejada la multiplicación de topónimos que les hacían referencia.

Esta integración de resultados la hemos estudiado también desde el punto de vista de la distribución de ambos elementos (topónimos y

colmenares), de norte a sur, lo que nos puede dar una idea, al menos teórica, de la variación en el espacio de la implantación de la apicultura en el norte de Palencia. Los resultados se exponen en la Tabla 5, en la que además de las hojas del MTN agrupadas en función del rango de latitudes (se entiende que todas Norte) y del número de topónimos y colmenares encontrados en las mismas, se determina un índice superficial que relaciona dicho número con la superficie palentina incluida en las respectivas hojas del MTN. Gracias a este índice se puede visualizar el bajo desarrollo que, según estos elementos, habría tenido en la Montaña Palentina (excepción hecha de La Lora, avanzamos ya) la apicultura tradicional, desarrollo que, sin embargo, ascendería con rotundidad nada más se abandonaban las tierras montañosas y se llega a los parajes más amables de La Peña y, sobre todo, La Ojeda y La Valdavia (para mejor comprensión de esta Tabla 5, se recomienda consultar la Figura 4).

36 Es este un territorio perteneciente a Olmos de Ojeda y situado entre los municipios de Payo de Ojeda, Micieces de Ojeda y Báscones de Ojeda hacia el este, y de Castrejón de la Peña, Congosto de Valdavia y La Puebla de Valdavia hacia el oeste. El Indiviso no muestra pues continuidad con el resto del término de Olmos de Ojeda, quedando la cabeza del municipio al este del citado territorio. Su nombre significa «el término no dividido» (F. Roberto Gordaliza Aparicio y José María Canal Sánchez-Pagín, *Toponimia palentina* –Palencia: Caja España, 1993–, 290).

Tabla 5. Elementos apícolas del MTN25 del IGN en el norte de la provincia de Palencia, según latitud
(Fuente: Elaboración propia)

Hojas MTN25	Núm. de topónimos	Núm. de colmenares	Superficie Prov. Palencia	Índice superficial elementos apicultura (*)
0081c3, 0081c4 y 0082c3 Latitud superior: 43°05'04" Latitud inferior: 43°00'04"	0	0	112 km ²	0 topónimos/100 km ² 0 colmenares/100 km ² 0 elem.apícolas/100 km ²
0106c1, 0106c2, 0107c1 y 0107c2 Latitud superior: 43°00'04" Latitud inferior: 42°55'04"	0	0	390 km ²	0 topónimos/100 km ² 0 colmenares/100 km ² 0 elem.apícolas/100 km ²
0105c4, 0106c3, 0106c4, 0107c3, 0107c4 y 0108c3 Latitud superior: 42°55'04" Latitud inferior: 42°50'04"	1	0	500 km ²	0'2 topónimos/100 km ² 0 colmenares/100 km ² 0'2 elem.apícolas/100 km ²
0131c2, 0132c1, 0132c2, 0133c1, 0133c2, 0134c1 y 0134c2 Latitud superior: 42°50'04" Latitud inferior: 42°45'04"	12	14	608 km ²	2'0 topónimos/100 km ² 2'3 colmenares/100 km ² 4'3 elem.apícolas/100 km ²
0131c4, 0132c3, 0132c4, 0133c3, 0133c4 y 0134c3 Latitud superior: 42°45'04" Latitud inferior: 42°40'04"	9	23	507 km ²	1'8 topónimos/100 km ² 4'5 colmenares/100 km ² 6'3 elem.apícolas/100 km ²

(*) Se obtiene de dividir el número de topónimos, de colmenares y su suma entre la superficie de cada franja de Hojas MTN25 de la provincia de Palencia, multiplicado por 100. Por tanto, expresa el número de estos elementos de cada franja del territorio por cada 100 km².

Para expresar aún más la posibilidad de obtener conclusiones a partir de los resultados obtenidos, hemos englobado dichos elementos (topónimos y colmenares del MTN25, obviando aquéllos que aparecen aislados del resto) para generar así un área de concentración de los mismos que, como hipótesis, la consideraremos como la de mayor importancia apícola del ámbito territorial estudiado; es lo que se ha plasmado en la Figura 9, realizada a partir de la concentración de elementos de la Figura 8.

Para concluir, y con respecto a esta aparición de colmenares en el MTN, se podría pensar que, conforme las técnicas apícolas modernas iban llegando a la zona y los colmenares tradicionales iban abandonándose primero, y convirtiéndose en ruinas después, su desaparición física sobre el terreno se trasladaría a las versiones del MTN que se iban editando. Ello supondría, en definitiva, que quizás en las primeras ediciones de las hojas de la zona de dicho mapa topográfico aparecieran más colmenares que en las actuales. Esta hipótesis nos llevó a buscar estos edificios en las más antiguas ediciones del MTN50

disponibles (del MTN25 no tenemos ediciones anteriores), que se pueden agrupar en dos franjas temporales, la de las décadas 1930–1940 y la de la década de 1970³⁷. Pues bien, tras esta revisión se comprobó que apenas se habían producido desapariciones de colmenares en las hojas actuales con respecto a las anteriores. En concreto, las localizadas fueron cuatro, todos en la Montaña Palentina: un colmenar en las cercanías de la localidad de Camporredondo

37 En concreto las hojas consultadas, en función de su edición, fueron las siguientes: 1) Edición de los años 1930-1940: los trabajos cartográficos suelen ser de 1931 (Hoja 0082), 1932 (Hoja 0107), 1935 (Hoja 0106) y 1936 (Hoja 0134), aunque en algunos casos hay anteriores (Hojas 0132 y 0133, ambas de 1927). Hay también trabajos de los años 1936 (Hoja 0132) y 1937 (Hojas 0081, 0105 y 0108), pero que por la Guerra Civil aparecen incompletos. Estos, y los de otras hojas no comenzadas en esas fechas, son concluidos en ediciones de los años 1941 (Hoja 0081), 1942 (Hojas 0108 y 0131), 1943 (Hoja 0105) y 1944 (Hoja 0105); 2) Edición de la década de 1970: los años de la edición suelen ser 1972 (Hojas 0132 y 0133), 1976 (Hojas 0082, 0106 y 0134) y 1977 (Hoja 0107); no obstante, en una ocasión nos hemos encontrado con una edición anterior, del año 1968 (Hoja 0081).

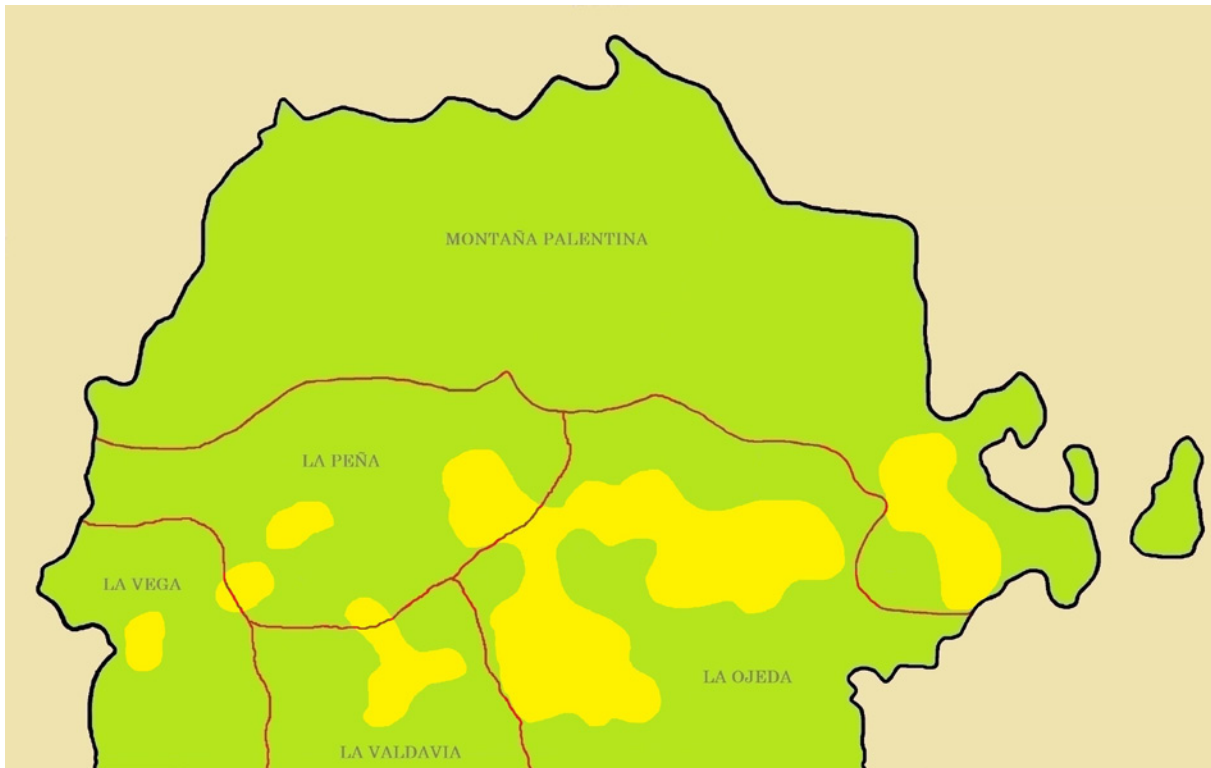


FIGURA 9: En amarillo, zona de mayor desarrollo apícola en el norte de Palencia, según elementos apícolas (topónimos y colmenares) del MTN25. Fuente: Elaboración propia

de Alba (Hoja 0106-Camporredondo de Alba; el colmenar aparece en la 1ª Edición de 1935, para no aparecer ya en las posteriores); y tres colmenares en las cercanías de la localidad de Cenera de Zalima, desaparecidos, junto a la localidad, bajo las aguas del Embalse de Aguilar, construido hacia 1963 (Hoja 0133-Prádanos de Ojeda/Aguilar de Campoo; figuraban en la 1ª Edición de 1927, desapareciendo en las posteriores por la circunstancia comentada). Como dato curioso, decir que el único colmenar encontrado en el MTN actual en la Montaña Palentina, el colmenar de Valoria de Aguilar, sólo aparece a partir de la 3ª Edición de la Hoja 0133 del MTN50, edición de 2007, no figurando en las anteriores (parece lógico pensar que no por haberse construido en esta última fecha, sino por no haberse cartografiado hasta entonces).

En la segunda parte se indagará en los topónimos apícolas recopilados para nuestro ámbito de estudio por Gordaliza Aparicio y Canal Sánchez-Pagín en su obra *Toponimia palentina* (1993), así como aquellos que aparecen en el Catastro actual y en el del Marqués de la Ensenada, aunque sólo de modo teórico. También evaluaremos las fuentes toponímicas utilizadas, finalizando con las conclusiones obtenidas al respecto de algunos de los temas tratados en nuestro trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- ANSOLA, Alberto. «De Lebeña a Flebenia y viceversa: un recorrido geo-histórico a través de la toponimia de una aldea lebaniega (Cantabria)». *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales* [En línea], Vol. XXI, nº 1.162 (2016). <http://www.ub.es/geocrit/b3w-1162.pdf>.
- ARROYO ILERA, Fernando. «Creciente interés geográfico por la toponimia». *Estudios Geográficos* Vol. LXXI, Núm. 268 (2010): 299-309.
- BAESCHLIN, Alfredo. *La arquitectura del caserío vasco*. Barcelona: Editorial Canosa. 1930.
- BALLESTEROS ARIAS, P., KIRCHNER, H., FERNÁNDEZ MIER, M., ORTEGA ORTEGA, J., QUIRÓS CASTILLO, J.A., RETAMERO, F., SITJES, E., TORRÓ, J., y VIGIL-ESCALERA GUIRADO, A. «Por una arqueología agraria de las sociedades medievales hispánicas. Propuesta de un protocolo de investigación». En *Por una arqueología agraria. Perspectivas de investigación sobre espacios de cultivo en las sociedades medievales hispánicas*, editado por Helena Kirchner, 185-202. Oxford: BAR International Series 2062, 2010.
- BESSION-GRAMONTAIN, Francine, y CHEVET, Robert. *Guide de visite des ruchers traditionnels du nord-est de l'Espagne. Volume 2*. Bourdeaux (Burdeos): Éditions Itarkeo, 2013.
- BONET ROSADO, Helena, y MATA PARREÑO, Consuelo. «Testimonios de apicultura en época ibérica». *Verdolay* 7 (1995): 277-285.
- BUSTILLO NAVARRO, Ángel. «Toponimia menor del medio rural. Carrión de los Condes. Palencia». En *Actas del I Congreso de Historia de Palencia (Castillo de Monzón de Campos, 3-5 de Diciembre de 1985)*, Tomo IV, 259-270. Palencia: Excma. Diputación Provincial de Palencia, 1987.
- CARO BAROJA, Julio. *Los Pueblos del Norte*. Segunda Edición. San Sebastián: Editorial Txertoa. 1973.
- CENTRO DE GESTIÓN CATASTRAL Y COOPERACIÓN TRIBUTARIA. *Cervera de Pisuerga 1752 según las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada*. Colección Alcabala del Viento, núm. 54. Madrid: Centro de Gestión Catastral y Cooperación Tributaria y Ediciones Tabapress Grupo Tabacalera, 1993.
- CHEVET, Robert. «Apicultura tradicional en los alrededores de Borja». *Cuadernos de Estudios Borjanos* Vol. XLVIII (2005): 271-298.
- CONCEPCIÓN SUÁREZ, Julio. «Toponimia de las abeyas entre los pueblos de Lena». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 135 (1990): 617-629.
- DE ALMEIDA, Rui Roberto, y MORÍN DE PABLOS, Jorge. «Colmenas cerámicas en el territorio de Segobriga. Nuevos datos para la apicultura en época romana en Hispania». En *Cerámicas hispanorromanas II. Producciones regionales*, editado por Darío Bernal Casasola y Albert Ribera i Lacomba, 725-743. Cádiz: Universidad de Cádiz, 2012.
- DÍAZ Y OTERO, Ernesto, y NAVES CIENFUEGOS, Francisco Javier. «Los colmenares tradicionales del Noroeste de España». *AÇAFA On Line* 3 (2010): 1-37.
- DÍEZ ASENSIO, Jaime. «Problemática étnico-lingüística de los topónimos alba palentinos». En *Actas del I Congreso de Historia de Palencia (Castillo de Monzón de Campos, 3-5 de Diciembre de 1985)*, Tomo IV, 429-442. Palencia: Excma. Diputación Provincial de Palencia, 1987.
- DIRECCIÓN GENERAL DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO NACIONAL. *Toponimia: Normas para el MTN25. Conceptos básicos y terminología*. Publicación Técnica núm. 42. Madrid: Ministerio de Fomento, 2005.
- ENSENADA, Marqués de la. *Respuestas Generales del Catastro del Marqués de la Ensenada*. Madrid, 1750-1754. Consulta realizada a través del Portal de Archivos Españoles (PARES). Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. <http://pares.mcu.es/Catastro/>. Consulta realizada en Abril de 2022.
- FERNÁNDEZ MIER, Margarita. «La toponimia como fuente para la historia rural: la territorialidad de la aldea feudal». *Territorio, Sociedad y Poder* 1 (2006): 35-52.
- FERNÁNDEZ URIEL, P. «Productos de la Hispania romana: miel y púrpura». *Gerión* Vol. 35, Nº Especial (2017): 925-943.
- GARCÍA BARRIGA, Isidro. «Muros apiarios en el Parque Natural 'Tajo Internacional'». *AÇAFA On Line* Nº 5 (2012): 344-423.
- GARCÍA CODINA, Anna María. *La Apicultura en la provincia de Guadalajara. Del Antiguo Régimen a la Modernidad*. Universitat Rovira i Virgili (Barcelona): Tesis doctoral, 2017. Repositorio institucional URV: <http://repositori.urv.cat/fourrepopublic/search/item/ TDX%3A2906>. Consultada en Julio de 2022.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Marina. «Algunos hidrónimos en la toponimia de Saldaña, Palencia». En *Actas del III Congreso de Historia de Palencia (30 y 31 de Marzo y 1 de Abril de 1995)*, Tomo IV, 249-264. Palencia: Excma. Diputación Provincial de Palencia, 1995.

- GORDALIZA APARICIO, F. Roberto. *Los nombres de la Montaña Palentina* (edición digital). Palencia: El Diario Palentino. Palencia. 1994.
- GORDALIZA APARICIO, F. Roberto, y Canal Sánchez-Pagín, José María. *Toponimia palentina*. Palencia: Caja España. 1993.
- IGN, Instituto Geográfico Nacional. Productos: MTN25 Ráster y MTN25 Histórico. <http://www.ign.es/ign/main/index.do>. Página web consultada en Marzo de 2022.
- INE, Instituto Nacional de Estadística. Nomenclátor: Población del Padrón Continuo por Unidad Poblacional a 1 de enero. <https://www.ine.es/nomen2/index.do>. Página web consultada en Diciembre de 2022.
- LEMEUNIER, Guy. «La apicultura en Francia y España entre los siglos XVIII y XIX». *Historia Agraria* 54 (2011): 17-40.
- MARTÍN CORONA, Antonio. «Aportación a la toponimia palentina». En *Actas del I Congreso de Historia de Palencia (Castillo de Monzón de Campos, 3-5 de Diciembre de 1985)*, Tomo IV, 285-293. Palencia: Excma. Diputación Provincial de Palencia. 1987.
- MARTÍN CRIADO, Arturo. «La apicultura tradicional de Palencia». *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses* 72 (2001): 321-354.
- MEDIAVILLA DE LA GALA, Luis Manuel. «Actitudes y manifestaciones populares frente a la muerte, en la comarca de 'La Peña' (Palencia)». *Revista de Folklore* 292 (2005): 131-141.
- MEMBRADO TENA, Joan Carles, e IRANZO GARCÍA, Emilio. «Los nombres de lugar como elementos evocadores del paisaje histórico. Análisis de la toponimia de los núcleos de población de la cuenca del Vinalopó». *Investigaciones Geográficas* 68 (2017): 191-207.
- MÉNDEZ DE TORRES, Luis. *Tratado Breve de la Cultivación y Cura de las Colmenas. Ordenanzas de Colmenería de la Ciudad de Sevilla y su Tierra. 1586*. Sevilla: José Guzmán Álvarez y Consejería de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía. 2006.
- MIGUEL GARRIDO, Julia. *Estudio justificativo para el reconocimiento de la Denominación de Origen Protegida (D.O.P.): "Miel Montaña Palentina-Las Loras"*. Universidad de Valladolid: Trabajo Fin de Máster (Curso 2014/2015), 2015. Descargado del Repositorio digital de la Universidad de Valladolid en Octubre de 2019 (www.uvadoc.uva.es).
- MOLINA DÍAZ, Francisco. «La toponimia como medio de información geográfica: el caso de los fitotopónimos». *Biblio 3W (Serie documental de Geo Crítica. Cuadernos Críticos de Geografía Humana)* Vol. XVII, núm. 982 (2012).
- MOLINA GARCÍA, Jerónimo. «Nuevo tipo cerámico en el ajuar ibérico: embudo para miel (Consideraciones arqueológico-etnográficas)». *Murgetana* 78 (1989): 11-18.
- NIETO BALLESTER, Emilio. *Breve diccionario de topónimos españoles*. Madrid: Alianza Editorial. 1997.
- NIETO BALLESTER, Emilio. «La toponimia de las fuentes en España: una nota sobre algunos resultados del lat. fonte». *Revista de Filología Española* LXXX, Núms. 3-4 (2000): 395-406.
- NIETO BALLESTER, Emilio. «Maroto, manotera, salmerón: aportaciones de toponimia española a propósito de la expresión de loma». *Revista de Filología Española* LXXXII, Núms. 3-4 (2002): 295-317.
- ORDINAS GARAU, Antoni, y BINIMELIS SEBASTIÁN, Jaume. «La caracterización del paisaje de Menorca a través de la toponimia». *Investigaciones Geográficas* 60 (2013): 155-169.
- ORTEGA ARAGÓN, Gonzalo. «Sociedad y transmisión oral en la toponimia menor palentina». *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses* 78 (2007): 5-21.
- PADILLA ÁLVAREZ, Francisco. «Los conocimientos apícolas del Hermano Francisco de la Cruz». *Cuadernos de etnología de Guadalajara* 34 (2002): 27-69.
- PÉREZ CASTRO, Fidela. *Los colmenares antiguos en la provincia de León*. León: Caja España. 1994.
- PERDIGUERO, Hermógenes. «Toponimia de la Ribera del Duero (Burgos (I))». *Biblioteca: estudio e investigación* 9 (1994): 103-114.
- PERDIGUERO, Hermógenes. «Toponimia de la Ribera del Duero (Burgos (II))». *Biblioteca: estudio e investigación* 10 (1995): 233-240.
- PERDIGUERO, Hermógenes. «Toponimia de la Ribera del Duero (Burgos (III))». *Biblioteca: estudio e investigación* 12 (1997): 271-280.
- RAIGOSO, Viarce. «Un laberinto en el otoño: el acebal». *Trébede* 1 (2013): 22-23.
- RAMOS DÍEZ, Demetrio. *Brisas de mis montañas leonesas. Tradiciones y costumbres de mi pueblo Velilla de Guardo*. Buenos Aires (Argentina): Edición del autor. 1940.
- REDONDO JARILLO, María Cristina. «Apuntes para la historia de las abejas en la cultura premoderna». *Historia y Política* 21 (2009): 247-272.
- RIESGO CHUECA, Pascual. «Formas del parcelario: su huella en la toponimia menor». *Ería* 94 (2014): 183-205.
- RUIBAL, Álvaro. *León. Palencia, León, Zamora, Salamaca, Valladolid*. Barcelona: Ediciones Destino. 1982.

SÁNCHEZ BENITO, José. «Datos sobre la organización de la producción apícola castellana en la Baja Edad Media». *Estudis d'Historia Economica* 1 (1989): 11-25.

TOMÉ FERNÁNDEZ, Sergio. «La toponimia urbana de barrios en Castilla y León». *Estudios Geográficos* LXVII, Núm. 260 (2006): 259-281.

TORRES MONTES, Francisco. «De los nombres de la casa de las abejas (estudio de dos de sus términos)». En *Actas del XXXVII Simposio Internacional de la Sociedad Española de Lingüística*, editado por I. Olza Moreno et al, 837-845. Pamplona: Universidad de Navarra, 2008.

CANTARES FILOSÓFICOS, RELIGIOSOS Y CIRCUNSTANCIALES DE ADEJE, ISLA DE TENERIFE

Andrés Monroy Caballero

Resumen:

Cuarta y última entrega de la serie de artículos sobre los cantares que memorizó Concepción Alemán Alayón y anotó su nieto Miguel Pérez Carballo, en esta ocasión bajo las temáticas filosóficas, religiosas y circunstanciales. En total, 81 composiciones, de entre ellas 51 coplas, 14 cuartetos, 10 redondillas, 3 quintillas, 1 seguidilla y 2 composiciones en otro tipo de estructura métrica. Con estos textos, se completa el corpus memorístico de Concha Alemán, que representa la realidad que existió en la tradición oral antes de 1930, y una muestra ejemplar de lo que fue el folklore de Adeje, en la isla de Tenerife.

Palabras clave: cantares, tradición, oralidad, Tenerife, Canarias.

Abstract:

Fourth and final installment of the series of articles on the songs that Concepción Alemán Alayón memorized and noted down by her grandson Miguel Pérez Carballo, this time under philosophical, religious and circumstantial themes. In total, 81 compositions, including 51 couplets, 14 quatrains, 10 redondillas, 3 quintillas, 1 seguidilla and 2 compositions in another type of metric structure. With these texts, the memory corpus of Concha Alemán is completed, which represents the reality that existed in the oral tradition before 1930, and an exemplary sample of what was the folklore of Adeje, on the island of Tenerife.

Keywords: songs, tradition, orality, Tenerife, Canary Islands.

1. Introducción

En esta cuarta y última entrega de los cantares memorizados por Concepción Alemán Alayón presentamos las temáticas filosófica, religiosa y circunstancial para completar la visión general de lo que fue la tradición oral en Adeje, en la isla de Tenerife. Para más información sobre la informante y el resto de composiciones, remitimos a los artículos «Cantares amorosos de Adeje, en la isla de Tenerife», *Revista de Folklore* nº 490 del año 2022, «Cantares de amor no correspondido de Adeje, en la isla de Tenerife», *Revista de Folklore* nº 501 del año 2023, y «Cantares funestos y humorísticos de Adeje, en la isla de Tenerife», *Revista de Folklore* nº 502 del año 2023.

En total, contamos con 81 composiciones, 51 coplas, 14 cuartetos, 10 redondillas, 3 quintillas, 1 seguidilla y 2 composiciones con estructuras métricas diferentes. Todos ellos cantares inéditos, a excepción de los citados como recogidos en obras como *La copla: folías, isas, malagueñas y seguidillas* (1946) de Sebastián Padrón Acosta, *Poesía tradicional canaria* (1968) de José Pérez Vidal, *Lírica tradicional canaria* (1990) de Maximiano Trapero, *La música tradicional canaria, hoy* (1998) de Talio Noda, *Coplas y canciones* (1999) de Juan Brito Martín, en donde se recogen coplas en Canarias.

2. Cantares filosóficos

Realizar una clasificación de los cantares filosóficos es una tarea muy compleja, pero hemos tratado de simplificarla en los siguientes apartados:

2.1. Verdades universales

El cantar cuenta una verdad indubitable e incuestionable:

*El día que yo nací
dijo una verdad mi abuela:
este niño ha de vivir
hasta el día que se muera.*

*Salerito, arriba, arriba¹.
Si te cansas, descansa:
que las cosas de este mundo
pasando el tiempo se alcanzan.*

2.2. Sabiduría popular

En estos casos, la verdad que se cuestiona en el poema proviene del saber popular:

*Cómo quieres comparar
un charco con una fuente,
sale el sol, se seca el charco
y la fuente, permanente².*

*Todo tiene su fulgor;
cielo, tierra, mar y río;
una gota de rocío
forma un rayo tricolor.*

*Todo aquel que no creyere
que la mujer es un ángel,
o no tiene corazón
o no ha conocido madre.*

*A un imposible me atengo,
ningún rigor me acobarda,
que aquello que no se espera
jamás parece que tarda.*

*La paloma que alta vuela
y se remonta al volar,*

*por muy alta que ella vuele³
al suelo vuelve a parar.*

*Como dueño de mi gusto
hago lo que me da gana;
hago de mi pecho torres,
de mi voz una campana.*

*No hay vida como en la infancia,
ahora canta y después llora,
y como todo lo ignora
es feliz con su ignorancia⁴.*

*Hay cosas que al parecer
parece ser y no siendo⁵,
hay cosas que se están viendo
y no se pueden creer.*

*No hay cosa más parecida
con la muerte que es el sueño:
que una persona difunta
parece que está durmiendo.*

*Más quisiera en mi puerta
una hierba mora
que una vecina mala,
murmuradora⁶.*

*Echemos la despedida
al uso de mi lugar,
vale más poquito y bueno
que no mucho y no gustar.*

1 Repetición de la palabra «arriba».

2 Más lógico sería utilizar la palabra «permanece».

3 Políptoton con «volar».

4 En Trapero (1990: 120): «No hay vida como la infancia,/ unos cantan y otros lloran,/ pero como todo ignoran/ es feliz en la ignorancia».

5 Políptoton con el verbo «ser» y anáforas en «hay cosas que».

6 La transcripción informa de que este cantar funcionaba como estribillo, sin especificar nada más.

2.3. Situaciones emocionales

Hay ocasiones en que lo filosófico parte de la verdad que el sentimiento impregna al cantar:

*No hay cosa como una madre
mientras que en el mundo existe:
porque una madre consuela,
a un hijo cuando está triste,
con la sangre de sus venas⁷.*

*Adiós, mi madre querida,
tronco de todas mis ramas;
hoy se despide una hija
salida de sus entrañas.*

*Yo ya no soy quien solía,
ni quien solía ser⁸,
soy un cuadro de tristeza
arrimado a la pared.*

*Cuando las campanas doblan
no doblan por los que mueren,
doblan por los que están vivos
para que ellos se acuerden.*

2.4. Composiciones filosófico-alegóricas

Se trata de composiciones en donde predomina la alegoría para manifestar su parte filosófica:

*Arbolito te secaste
teniendo el agua en el pie,
en el tronco la firmeza
y en la rama el buen querer⁹.*

*Soy pájaro en que el agua
traigo el alimento mío.*

7 En Padrón (1946, 45): «No hay cosa como una madre/ mientras en el mundo existe,/ porque una madre consuela/ al hijo cuando está triste».

8 Políptoton con «ser».

9 En Noda (1998: 31): «Arbolito, te secaste/ teniendo el agua en el pie,/ en el tronco la firmeza/ y en la rama un buen querer»

*¡Ay, que me muero de sed
siendo del agua nacido!*

*A la luz que tanto alumbra
mis ojos no puedo abrir;
sale el sol, sale la luna,
siempre es noche para mí.*

*La vida del hombre mozo
es una vida arrastrada:
donde le da el sueño, duerme
y sus brazos, de almohada.*

*Agua clara era yo,
por mi gusto la enturbié,
y por eso nadie diga
de esta agua no beberé¹⁰.*

*Dicen que la vida es sueño¹¹
yo quiero vivir soñando,
en mi mente acariciando
de un porvenir halagüeño.*

*Vuelve el pájaro a su nido,
las olas vuelven y van,
sólo la ilusión perdida
al alma no vuelve ya.*

*Ni contigo ni sin ti
vivir un instante puedo;
contigo porque me matas,
y sin ti porque me muero.*

*Una noche en el misterio
mil veces te oí decir:
cantemos que de dormir
hay tiempo en el cementerio.*

10 Este último verso es un refrán popular.

11 Siguiendo a Calderón de la Barca y su famosa obra.

3. Cantares religiosos

3.1. Santos

La mención a santos como san Sebastián, san Agustín, san Miguel, santa Catalina, san Antonio, san Francisco o santa Clara es muy común:

*San Sebastián, padre mío,
todo lleno de saetas;
mi corazón como el tuyo
y mi alma como la vuestra.*

*San Agustín se admiró
al ver un niño pequeño
con una concha en la mano
desgotando el mar sereno.*

*San Miguel pesó las almas
en el oro punto y fiel,
el alma se condenó
porque no pesaron bien.*

*Santa Catalina mártir,
santacruzera preciosa,
yo te doy mi corazón
porque no tengo otra cosa.*

*San Antonio, luz bendita,
agua de la fuente bella;
como era tan clara y limpia
bajó Cristo y bebió de ella.*

*San Francisco nació pobre,
a un convento se arrimó.
¡Padre mío San Francisco
dónde me arrimaré yo!*

*Aclárame, Santa Clara,
aclárame esta garganta;
para poder responder
a quien tan divino canta.*

3.2. Virgen

Menos común es la mención a la Virgen, pero encontramos algunos ejemplos:

*Madre mía del Carmelo
con tu escapulario santo;
llévame, Virgen del Cielo,
y tápame con tu manto¹².*

*La virgen está lavando,
en su ropero tendiendo,
los angelitos cantando
y el agua siempre corriendo.*

*La virgen de Candelaria
tiene un lunar en el rostro,
que se lo hicieron los guanches
el veinticinco de agosto¹³.*

3.3. Dios

Junto a la Virgen y a los santos, también se menciona a Dios en estos cantares:

*El amor que puse en ti
firme y con tanto desvelo,
si lo hubiese puesto en Dios
hubiera ganado el Cielo.*

*Tengo un dolor en el alma
y un clavo en el corazón,
una espina en la garganta
de haber ofendido a Dios.*

*La luna para salir
al cielo pide clemencia,
y yo para quererte a ti
de mi Dios traigo licencia.*

*Quiéreme así, Dios te quiera,
págame esa voluntad;*

12 Hay que recordar la costumbre medieval en que la señora feudal protegía a quien quería colocando su manto encima de la persona.

13 En Padrón (1946: 56): «La Virgen de Candelaria/ tiene un lunar en el rostro,/ que se lo hicieron los guanches/ el día quince de agosto».

*no mires que soy de Adeje¹⁴
que Adeje es una ciudad.*

3.4. Otros

*Por el horizonte
camina una estrella
que los navegantes
se guían por ella¹⁵.*

*Salió de una oscuridad
una estrella muy lucida,
que a los montes les da vida
y a los presos libertad.*

*Mañana por la mañana
se dice una misa en Roma,
que la dice el Padre Santo
y la oye una paloma.*

*Mi marido es un santo hombre
que no sale de la iglesia,
que a la oración oye misa
y a las ánimas, confiesa.*

*Paloma, si vas al cielo,
pides gloria para mí
que yo voy detrás de ti
a ver si me das consuelo.*

*El cáliz se enfiorezca
y la mano al señor cura,
al alcalde la vara
y al escribano la pluma.*

¹⁴ Repetición de la palabra «Adeje». No hay que olvidar que los cantares son de esta localidad.

¹⁵ Poema hexasilábico, algo excepcional al octosílabo habitual.

4. Cantares circunstanciales

4.1. Mar

En los cantares de Adeje no debe faltar el tema del mar, uno de los puntos temáticos principales en la literatura canaria:

*La Luna en el alto cielo
no sé cómo la llamemos:
hermosa Luna que alumbra
de noche a los marineros.*

*Marinero, si te embarcas,
asegura bien tu vida;
mira que vas navegando
en cuatro tablas unidas.*

*Marinero sube al muelle,
y dile a la madre mía
que si se acuerda de un hijo
que en la marina tenía.*

*Canta el herrero en la fragua,
el labrador en el campo,
el marinero en el mar
y el carpintero en el banco¹⁶.*

*Una caña de pescar
traigo para mi consuelo,
que si una se le va
otra queda en el anzuelo.*

4.2. Naturaleza

La naturaleza es fuente de muchas de estas composiciones, en muchos casos con sentido erótico, como se puede comprobar en el artículo «*Por verte, Virgen Sagrada, hizo el sol una parada: la simbología erótica de los estribillos romancescos canarios*» (Monroy, 2005):

*A tus plantas brotan flores,
alhelíes y amarantos,*

¹⁶ En Trapero (1990: 151): «Trabaja el herrero en la fragua,/ el carpintero en el banco,/ el marinero en el mar,/ el labrador en el campo».

*azucenas, margaritas,
rosas, jazmines y nardos.*

*Sale el sol para enjugar
las lágrimas del rocío,
porque de la noche el frío
hace las flores temblar.*

*Azahar blanco oloroso,
no te tengo de olvidar
porque algunos con envidia
dicen que te han de matar.*

*Yo planté una mata seca
y vuelve a reverdecer,
cuando una madre se muere
esa no se vuelve a ver
aún con sangre se riegue¹⁷.*

*El día que yo nació,
nacieron tres flores bellas;
nació el sol, nació la luna
y nacieron las estrellas.*

4.3. Lugar

Los lugares mencionados en estos textos son Gran Canaria, Nueva York, Santa Cruz, Aragón, Canaria, Guía, Tenerife y Cañadas del Teide. Especial mención a La Habana, por la gran relación que hubo entre Canarias y Cuba, y la emigración masiva de canarios a esta isla del Caribe.

*Con el terral de la noche
y la frescura de la mañana
salen los barcos de aquí
y amanecen en la Habana.*

*Canaria, la Gran Canaria,
donde se perdió el vapor
cargado de cochinilla
que iba para Nueva York¹⁸.*

17 En Traperó (1990: 96): «Se planta una rama seca/ y vuelve a reverdecer,/ pero se pierde a una madre/ y esa no se vuelve a ver/ aunque se riegue con sangre».

18 El cantar habla de un naufragio, algo muy

*Santa Cruz queda en un hoyo
y más arriba la Cuesta;
echa vino, vendedora,
que mi dinero me cuesta.*

*No cantes, mal africana,
y ven conmigo a Aragón,
que allá la jota que es gloria
las cantaremos los dos.*

*Canaria me está llamando
con grandes y terribles voces,
y yo le digo a Canaria
que Santa Cruz me conoce¹⁹.*

*Si yo supiera cantar
como cantan los de Guía,
cantara con bizarría
malagueñas sin cesar.*

*Ay balancé, balancé²⁰,
balancé de Tenerife
los canarios se han quedado
con tres palmos de narices.*

4.4. Cantar

Curiosamente, los poemas que tratan el tema de cantar son muy prolíficos:

*En las Cañadas del Teide
oí una voz que decía:
no es canario que es canaria
la que canta las folías²¹.*

significativo en la conciencia de los canarios que se movían siempre por barco.

19 En Padrón (1946: 20): «Canaria me está llamando,/ con grandes voces, terribles voces/ y yo le digo a Canaria/ que Santa Cruz me conoce».

20 El cantar comienza con un principio de una canción culta, que hizo popular Sara Montiel, pero que continúa de forma distinta a partir del segundo verso.

21 En Padrón (1946: 19): «En las Cañadas del Teide/ oí una voz que decía:/ No es canario aquel canario/ que no canta las folías».

*La guitarra pide vino
y las cuerdas aguardiente
y el hombre que las toca
muchachas del quince al veinte.*

*Mi padre y mi madre dicen:
no seas tan parrandero,
ella no me siente a mí
lo que siente es el dinero.*

*Dale un toque a la guitarra
y acábala de romper,
que mi amante es carpintero
y la sabe componer²².*

4.5. Otros

*Isabel picó en sus venas,
para María firmar,
por eso los Isabelos
tienen la sangre tan leal²³.*

*Cuando yo esté en la agonía
siéntate a mi cabecera,
fija tu vista en la mía
y podrá ser que no muera.*

*En la puerta del cuartel
miré al cielo y di un suspiro:
¿dónde anda mi libertad
que de niño la he perdido?*

*Ahí viene que viene, viene;
ahí viene, quien viene va;
ahí viene la panadera
con el pan pa la ciudad²⁴.*

22 En Padrón (1946: 25): «Dale un golpe a esa guitarra/ y acábala de romper,/ que mi amor es carpintero/ y la sabe componer”.

23 A todas luces, este cantar parece de origen culto.

24 El poema está compuesto a partir de una estructura anafórica.

*A mi madre la ofendieron
y yo me vengué con sangre,
el juez que la sentenció,
ese, no tenía madre
cuando el presidio me echó.*

*¡Alza la voz, pregonero,
y acaba de pregonar,
que mi corazón se vende
a quien lo quiera comprar!*

*¡Alza la voz, pregonero,
y cuando pregonas, di:
no hay cosa que no se cumpla
ni amor que no tenga fin!*

*Yo sembré en tierra morena
pensando de enriquecer,
y lo que vine a coger
fue trigo fallido y arena.*

*Muchas memorias te traigo
que me dio Juan que te diera,
como no llevo ni traigo
te las doy de esta manera²⁵.*

*Isabelita me llamo,
soy hija de un labrador,
aunque vaya al campo y venga
no me hace daño el sol.*

*Soberano gofio en polvo,
sustento de mi barriga,
que el día que no lo como
para mí no hay alegría.*

*Esta noche y anoche
y esta mañana
le ladraron los perros
a señá Juana²⁶.*

25 Políptoton con «dar» y antítesis en llevar/traer.

26 El cantar tiene estructura de seguidilla.

5. Otro tipo de composiciones

Junto a los cantares, Concepción Alemán Alayón incluyó dos poemas más extensos. El primero, una versión muy incompleta de la canción de corro «La primera entrada del amor» (Cuscoy 1991: 63); y el segundo, posiblemente de origen culto:

La primera entrada que el amor tiene:

- Buenas noches, mi dama. -Ténganla ustedes.

A la segunda noche, cerca del oído:

- Buenas noches mi dama, ¿qué tal te ha ido?

- A mí me ha ido bien, a Dios las gracias, ya tengo preparada la calabaza.

*Con palabras de amor incesante
y frases galantes*

*la esclava yo he sido
sin saber que tus labios mentían,
de amor prometían,
de nunca sentido.*

*Cuando al fin de mi lado te fuiste,
dejándome triste
con tal desengaño,
yo te dije a la vez de faltarme
quien pueda vengarme
de tus mil engaños.*

*La ira de dios desata
aquel que la traición no hiere.*

*Mi madre, de pena lloraba,
yo la consolaba,
al fin se murió.*

*Y afligida decía: -Mi nena,
yo muero de pena
si tú no me quieres.*

6. Conclusión

La última entrega de los Cantares de Adeje se centra en los poemas de temática filosófica, religiosa y circunstancial. En cuanto a los textos filosóficos, de muy difícil clasificación, los hemos distribuidos en de verdades universales, de sabiduría popular, de situaciones emocionales y composiciones filosófico-alegóricas; todos

ellos aportando un conocimiento sobre la vida de gran interés para su reflexión. En segundo lugar, los cantares religiosos los hemos catalogado entre los que se dedican a alabar a un santo (san Sebastián, san Agustín, san Miguel, santa Catalina, san Antonio, san Francisco o santa Clara), los dedicados a la virgen, a Dios u otros motivos religiosos afines. Posteriormente, los cantares circunstanciales tienen como temas principales el mar, siempre omnipresente en la literatura canaria; el lugar, como exaltación de una zona concreta (La Habana, Gran Canaria, Nueva York, Santa Cruz, Aragón, Canaria, Guía, Tenerife o Cañadas del Teide), predominando los topónimos tinerfeños ya que los cantares son de Adeje; los que se centran en el hecho de cantar y otros motivos muy variados. Y, finalmente, Concepción Alemán Alayón incluyó en este corpus dos poemas extensos, una versión muy incompleta de «La primera entrada del amor» y otro poema de origen desconocido. Todo un muestrario de lo que fue la temática de los cantares en el municipio de Adeje, en la isla de Tenerife.

BIBLIOGRAFÍA

BRITO MARTÍN, Juan. *Coplas y canciones*. Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria, 1999.

CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro. *La vida es sueño*. Edición de Ciriaco Morón. Madrid: Editorial Cátedra, Letras Hispánicas, 2004.

CUSCOY, Luis Diego. *El folklore infantil y otros estudios etnográficos*. Prólogo y selección de textos de Alberto Galván Tudela. Tenerife: Museo Etnográfico, Aula de Cultura de Tenerife y Cabildo de Tenerife, 1991.

MONROY CABALLERO, Andrés. «Cantares de amor no correspondido de Adeje, en la isla de Tenerife», *Revista de Folklore*, nº 501, noviembre de 2023, Valladolid, pp. 4-13.

MONROY CABALLERO, Andrés. «Cantares funestos y humorísticos de Adeje, en la isla de Tenerife», *Revista de Folklore*, nº 502, diciembre de 2023, Valladolid, pp. 23-32.

MONROY CABALLERO, Andrés. «Por verte, Virgen Sagrada, hizo el sol una parada: la simbología erótica de los estribillos romancescos canarios», *Revista de Poética Medieval*, nº 14 (2005), Universidad de Alcalá de Henares: 11-46.

MONROY CABALLERO, Andrés. *Estribillos romancescos canarios: Estudio literario, lingüístico y etnográfico*. Las Palmas de Gran Canaria: Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Servicio de Publicaciones y Difusión Científica, 2017.

MONROY CABALLERO, Andrés. «Cantares amorosos de Adeje, en la isla de Tenerife», *Revista de Folklore*, nº 490, diciembre de 2022, Valladolid, pp. 54-67.

NODA GÓMEZ, Talio. *La música tradicional canaria, hoy*. Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones de la Fundación Orquesta Filarmónica de Gran Canaria, 1998.

PADRÓN ACOSTA, Sebastián. *La copla: folías, isas, malagueñas y seguidillas*. La Orotava: Cuadernos de Folklore Drago, Musa Popular Canaria, 1946.

PÉREZ VIDAL, José. *Poesía tradicional canaria*. Las Palmas: Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1968.

TRAPERO, Maximiano. *Lírica tradicional canaria*. Islas Canarias: Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, Biblioteca Básica Canaria, 1990.

ESCENAS COTIDIANAS EN UN LIBRO DEL SIGLO XVI (UN RESUMEN EN LATÍN DE CUTHBERT TUNSTALL DE LA ÉTICA DE ARISTÓTELES) EDITADO EN LOVAINA: EL ARTE COMO NEXO ENTRE LO POPULAR Y LO ACADÉMICO

Lorenzo Martínez Ángel

Huelga insistir, por ser algo suficientemente conocido, en lo que la *Escuela de los Annales* significó para el estudio histórico de la vida cotidiana, campo compartido con la Etnohistoria. También, obviamente, tanto en conexión con la historiografía francesa como con otras metodologías de investigación histórica, se han realizado aportaciones a ese campo de estudio en España¹.

Hemos hablado de Historia. Emilio Lledó, desde la Filosofía, nos recuerda algo:

La historia es lenguaje, porque éste constituye un modo privilegiado de cómo lo «ya antes» se comunica al «ahora». Sin comunicación no habría ni permanencia ni continuidad. [...] El historiador busca, en el fondo, entablar un diálogo con totalidades del pasado que sólo son parcialmente visibles entre los restos que de él nos quedan. Estos restos adquieren mayores posibilidades hermenéuticas cuando se nos presentan como lenguaje,

como documento u obra literaria, o sea, como testigos con voz...²

El hecho de que tenga razón (que la tiene) no significa que no existan otras fuentes, otros «restos» que nos comunican su mensaje, como las obras artísticas, que transmiten información con un lenguaje diferente al de las palabras, pero también un lenguaje.

Por ello, también desde la Historia del Arte se han realizado interesantes aportaciones al estudio de la vida cotidiana en el pasado. Bastaría con recordar, a modo de muestra significativa y conocida, *Pintura y vida cotidiana en el Renacimiento* de Michael Baxandall³ (y, dicho sea de paso, la Historia y la Historia del Arte tienen nexos en común para el estudio de la vida cotidiana, incluso alguno tan curioso como las pinturas sobre la citada temática que realizó el gran etnohistoriador Julio Caro Baroja⁴).

Hay muchas obras de arte, de diverso tipo y épocas diferentes, en las que se reflejan escenas de la vida cotidiana, algunas asaz conocidas. En el presente trabajo nos centraremos en una muestra artística creada para en el ámbito de la tipografía. Nos referimos a un libro titula-

1 Por citar un solo ejemplo: MANUEL FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *La sociedad española del Renacimiento*, Salamanca 1974, capítulo V: «ASPECTOS DE LA VIDA COTIDIANA». Previamente, en la p. 12, escribe: «Finalmente, trataremos de añadir algo distinto a lo tantas veces repetido desde Pfandl y González Palencia, hasta Valbuena Prat y Defourneux, sobre la vida cotidiana»; además, cita sus respectivas obras. Por cierto, la obra de Ludwig Pfandl cumple en 2024 su primer centenario, lo que indica la ya larga tradición del estudio sobre la vida cotidiana en el Renacimiento y en el Barroco.

2 EMILIO LLEDÓ, *Filosofía y lenguaje*, Barcelona 2015, p. 95.

3 MICHAEL BAXANDALL, *Pintura y vida cotidiana en el Renacimiento. Arte y experiencia en el Quattrocento*, Barcelona 1978.

4 Pueden verse algunas de estas obras reproducidas en JULIO CARO BAROJA, «Malincónico Autunno»: *Culturas/Diario* 16 (13/07/1966).

do *Compendium ac συνόψεις in libros Ethicorum Aristotelis*, un resumen en latín de la Ética a Nicómaco de Aristóteles, realizado por el humanista, diplomático, estadístico y eclesiástico inglés Cuthbert Tunstall. En concreto, nos centraremos en la tercera edición, publicada en Lovaina en 1567 «Apud Hieronymum Wellaeum»⁵. Este impresor, Hieronymus Welle, tenía una marca de tipógrafo en la que aparecen un cazador a pie con su perro y dos liebres corriendo en direcciones contrarias, en correspondencia con el lema latino que aparece rodeándola: «QUI DVOS INSECTATUR LEPORES NEVTRVM CAPIT» (*quien persigue dos liebres no consigue ninguna de las dos*). Pero no la analizaremos en el presente artículo, dado que puede verse en la página web de la Universitat de Barcelona dedicada a marcas de impresores⁶. Lo que sí nos interesa especialmente es que en la citada edición empleó algunas letras capitales decoradas, con escenas de la vida cotidiana⁷, como se verá en las reproducciones fotográficas que adjuntamos: un hombre comiendo, una mujer dando el pecho a un bebé, otra con una cántaro y una jarra, otra ordeñando, etc. En el volumen citado aparecen cinco de este tipo (A, O, P, Q, V) que recogemos que el presente artículo. Podría suponerse que quizá habría en la mencionada imprenta todo un alfabeto con este tipo de decoración, aunque solo se empleó algunas letras de la misma en esta edición en concreto.

Lo que nos ha decidido a preparar el presente trabajo es triple. La primera, poner a disposición de los estudiosos de la Ethnohistoria, la Historia del Arte y la Historia (especialmente a los interesados por el enfoque holístico de la Es-

cuela de los Annales) esta información, que no resulta muy accesible, dado que de esta edición en concreto conservamos un ejemplar en nuestra biblioteca personal y no hay ninguno ni en la Biblioteca Nacional de España ni tampoco en bibliotecas históricas creadas en el Renacimiento tan importantes como la Biblioteca Colombina de Sevilla y la Biblioteca del monasterio de El Escorial. Además, no se encuentra digitalizada en Google Books, donde sí aparece la publicada en París en 1554⁸, en la que, por cierto, no se utiliza este tipo de letras capitales decoradas. La segunda, para que algún estudioso interesado puedan seguir esta línea de investigación, intentando localizar otras ediciones del citado editor lovaniense del Renacimiento y averiguar no solo si en aquella imprenta existió efectivamente todo un alfabeto decorado como las muestras que, a continuación, reproducimos fotográficamente (por orden alfabético), con escenas de la vida cotidiana, sino también si podrían tener (o no) algún simbolismo añadido a la escena visible⁹. La tercera, la interesante conjunción entre cultura escrita y cultura popular que constituyen los ejemplos aquí recogidos: acciones propias del día a día en un libro propio de la cultura humanística más elevada de la época.

5 Se encuentra referenciada en el siguiente catálogo: ANDREW PETTEGREE – MALCOLM WALSBY (ED.), *Netherlandish Books. Books Published in the Low Countries and Dutch Books Printed Abroad before 1601*. A-J, Leiden – Boston 2011, p. 122, [n.º.] 2610.

6 La citada página web es: marques.vrai.ubu.edu.

7 Aunque sean muestras de tipografía lovaniense, las escenas servirían para ilustrar la vida cotidiana de cualquier lugar de Europa en aquella época.

8 «LVETIAE, Ex oficina Michaëlis Vascosani, M. D. LIIII.»

9 Lo decimos recordando algo que escribió Julián Gállego: «No hemos de buscar la univocidad de una obra de arte, como acaso lo quiere el sentido lógico, un tanto limitado, de nuestro siglo.» (JULIÁN GÁLLEGO, *Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro*, Madrid 1984, p. 158).



EL CULTO A LA VIRGEN DE LA CABEZA EN CANILLAS DE ACEITUNO, PUEBLO DE LA AXARQUÍA DE MÁLAGA

José Luis Jiménez Muñoz

En 1505 la Villa de Canillas fue convertida en parroquia. Durante el siglo XVI los repobladores cristianos transformaron la vieja mezquita de los vencidos musulmanes en templo parroquial.

Llegó a tener Canillas tres ermitas y un convento: la de San Antón, la ermita de la Natividad de la Virgen, Convento de los Terceros y la Ermita de Nuestra Señora de la Cabeza.

Erigida a mediados del siglo XVII por los mismos franciscanos de la Orden Tercera que, ocupándose primero de la de San Antón, fundaron luego el convento de Nuestra Señora de la Cabeza.

Surgió esta ermita por la añoranza de conquistadores y repobladores de aquellas otras que habían dejado en sus tierras de origen. Esto explica que se las ubicara en el campo, aunque muy cerca de los poblados, en puntos de fácil acceso. Sus ermitaños lo eran de hábito talar, cosa nadrara, pero poco frecuente.

Madoz (1846) nos dice: sobre su colina, al norte de la villa, hay un ex-convento de la Orden Tercera, bajo la advocación de Ntra. Señora de la Cabeza, fundado por fray Francisco de Jesús, de la misma Orden. Había en el, en el tiempo de la excomunión (1835) seis sacerdotes y dos legos.

Tenía celdas para los frailes, sala capitular, refectorio y demás departamentos. La iglesia de estos frailes tenía cinco altares.

Antaño eran designadas cuatro personas como Mayordomos de la Virgen. Antiguamente, los donativos no se hacían en metálico, sino aportando cajitas de selectas pasas que eran puestas en venta. En cada caja se escribía el

nombre del donante. Lo recaudado se destinaba a la fiesta.

A la Virgen de la Cabeza, acompañada de los frailes franciscanos, la bajaban los vecinos del pueblo hasta el templo parroquial para hacerle una novena. Se elegía al sacerdote de mejor oratoria para pronunciar el sermón. Este sacerdote leía también los nombres de los Mayordomos entrantes.

Cuatro de los últimos frailes que allí estuvieron son estos: fray Manuel de los Dolores Chía (Padre conventual), fray Juan de los Dolores Navas, fray Francisco de Santa Bárbara y fray Juan de los Dolores Laguna.

Las causas que determinaron la pérdida de sus dos ermitas y del Convento de los Terceros fueron las siguientes: la ocupación francesa, la desamortización de Mendizábal y la vorágine revolucionaria de 1835. En efecto, en ese año se produjo la excomunión: los frailes tuvieron que abandonar el Convento de Nuestra Señora de la Cabeza.

Más de cuatro siglos de religiosidad popular

En Canillas, en su camarín, coronada como una reina, la Virgen, con una orla, aparece triunfante sobre una media luna, de plena simbología mariana. Las coronas de plata de la Virgen y el Niño son del siglo XVIII.

Cada último domingo de abril, el pueblo de Canillas se viste de blanco, de pura seda, y se engalana días antes de que empiece la Función. Las mujeres, sumamente hacendosas, rivalizan en la limpieza, blanqueo y ornato de las casas.

Por influencia de los Condes de Cabra, del Marquesado de Comares y de varios vecinos originarios de Andújar, en 1574 se eligió a la Virgen de la Cabeza Patrona del lugar.

La tradición dice que no es una imagen evocativa, sino la imagen misma de la Virgen María, cuya talla (hecha por el apóstol y evangelista San Lucas) fue hallada por un pastor en agosto de 1227 en el monte Cabezo. Su culto es uno de los de más arraigada tradición de toda Andalucía.

Antaño la Virgen era procesionada el primer día de feria. Apenas la imagen queda preparada para salir en procesión, los jóvenes se disputan las andas, y, colocando blancos pañuelos, se reservan un lugar para llevar el trono.

A la salida de la imagen, el primer toque es el del Himno Nacional. En un recorrido procesional de poco más de un kilómetro, se invierten casi dos horas. La imagen se va parando junto a las casas de los enfermos. Prácticamente todo el vecindario la sigue. Miradas suplicantes, lágrimas de emoción, rezar fervoroso, cantos y plegarias, constituyen algo que arrastra al entusiasmo religioso.

Desde finales del siglo XVI muchas han sido las generaciones que, cada último domingo de abril primeramente, luego en julio y finalmente en agosto, han vibrado de emoción al contemplar, al son de la música, la salida y el respetuoso recorrido procesional de una Virgen a la que, durante todo un año, se le ha pedido protección y amparo.

Es también el último Domingo de Abril el día del canillero ausente (del emigrado lejos de su tierra). Es emocionante el paso de la Virgen ante las puertas abiertas y ventanas de aquellas casas donde hay enfermos o impedidos, que se asoman para ver pasar a la Señora y pedirle su protección, mientras Ella parece sonreír a todos, y se nota en el ambiente la sensación colectiva de que la Virgen bendice sus casas.

A la Virgen de la Cabeza se le atribuyen muchos milagros. La tradición popular le atribuye uno bastante curioso: a finales del siglo XIX, Juan Villalobos, natural de Canillas, al ver que, llegando de Cuba, ya cerca de España, el barco se hundía a causa de un fuerte oleaje, aclamó a la Virgen de la Cabeza, Patrona de su pueblo, en busca de ayuda y socorro. El barco salió a flote y la Virgen apareció con su manto mojado y lleno de escamas de pescado.

La imagen, finalmente, entraba al templo entre una nube de incienso y pólvora quemada (la de los cohetes), entre el estampido de las descargas, las notas del Himno Nacional, y el triunfal repique de campanas.

LAS PIEDRAS RESBALADERAS DE MATA DE ALCANTARA Y SU INTERPRETACIÓN. EL PARAJE ARQUEOLÓGICO DE LA CANCHERA DE LA AZOTEA

José Antonio Ramos Rubio y Alberto Durán Sánchez



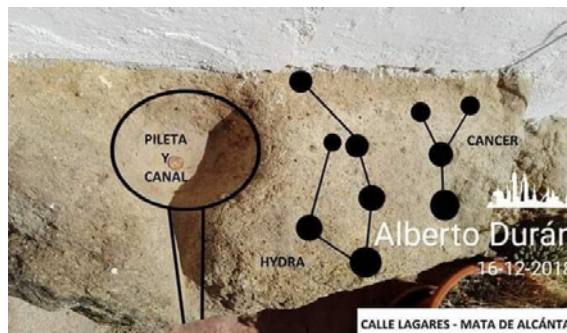
La Peña Resbaladera de la Canchera de la Azotea

Extremadura ofrece abundantes paisajes de berrocales graníticos, algunos de extraordinario interés, que siempre han atraído al hombre, como debió suceder en tiempos prehistóricos, cuando las formas extrañas de esos berrocales y de otras peñas formarían parte de una visión animista del paisaje, que en algunos casos ha perdurado en el folklore hasta nuestros días, tema que suscita creciente atracción.

Ofrecemos en este análisis, un estudio de la «peña resbaladera» de la localidad cacereña de Mata de Alcántara, considerando que se trata de una peña sacra muy abundante en toda Extremadura, pues se conoce un centenar de ejemplares en muchos términos municipales. Esta zona es la Canchera de la Azotea, aunque también se la conoce como la del Pocito, porque ahí un pozo de piedra de sillería.

Existía otra peña resbaladera en la Fontanina, ya que algunos años fue grabada con arena

y escombros. Cerca de ambas nos encontramos con grabados, restos de muralla. Junto a la resbaladera hay morteros y cazoletas. Una antigua mina, amontonamiento de piedras, cerámica en superficie del Calcolítico y de inicios del Campaniforme, además de abundante material lítico, pequeños morteros relacionados con la mina. En el territorio hay abrigos con grabados rupestres grabados representando la constelación de Cassiopeia y la de Taurus, Hydra, Cáncer. Es una zona desde la que se controla muchísimo terreno, hasta Portugal y la otra orilla del río Tajo, donde existen abundantes restos de poblamiento.





Resbaladera de la Fontanina

Muchas de ellas aún conserva su carácter ritual, consistente en el juego del resbaladero, que recibía distintos nombres según las localidades: *rebaliza*, *resbaladera*, *revalaera*, *refalaea*, etc.¹, ya que estas peñas pasaron a ser toboganes en los que jugaban niños y jóvenes, que en ocasiones usaban para resbalarse escobones y posteriormente, plásticos o chapas para evitar el deterioro de la ropa. Las «peñas resbaladeras» se relacionaron desde el siglo XIX con ritos de fecundidad, por lo que fueron estudiadas junto a otras «peñas sacras» por los folkloristas y arqueólogos de la época dentro del interés de los anticuarios hacia los monumentos «celtas», entre los que se incluían las construcciones megalíticas y las peñas sacras asociadas a ritos ancestrales. Estos estudios fueron sintetizados por el etnólogo y folklorista francés Paul Sé-

billot² y por el arqueólogo Salomon Reinach³, posteriormente seguidos por Pierre Santyvez⁴ y recogidos desde entonces en obras generales⁵.

2 SÉBILLOT, P. (1882, 1902, 1904, 335 s., 1906, 1908); *ID. Les Littératures populaires de toutes les nations. Traditions et superstitions de la Haute-Bretagne*, Maisonneuve, 1882; *ID.*, «Le culte des pierres en France», *Revue de l'École d'Anthropologie de Paris*, 12, 1902, págs. 175-186 y 205-247; *ID.* «The Worship of Stones in France», *American Anthropologist* 4, 1, n.s., 1902a, págs. 76-107 (<http://www.jstor.org/bucm.idm.oclc.org/stable/658930>; consultado 2.8.2018); *ID. Le Folklore de la France*, I. *Le ciel et la terre* (1904), II, *La mer et les eaux douces* (1905), III, *La faune et la flore* (1906), Paris (reed. 2014); *ID.*, *Le paganisme contemporain chez les peuples celto-latins*, Paris, 1908.

3 REINACH, S. «Les monuments de pierre brute dans le langage et les croyances populaires», *Revue Archéologique*, série III, 21, 1893, págs. 195-226, 329-367 (reed. en *Cultes, mythes et religions*, III, Paris, 1913, págs. 364-448).

4 SAINTYVES, P. *Corpus du Folklore préhistorique (pierres à légendes)*, Nourry, 1934-1936.

5 LANG, A. *Myth, Ritual and Religion*, I, London, 1887; ELIADE, M. *Tratado de Historia de las Religiones* (reed.), México, 2007, p. 206 s; SARTORI, P. s.v. «Gleiten», en E. HOFFMANN-KRAYER Y H. BACHTOLD-STAUPLI(E.), *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens III*, Berlin, 1987; etc.

1 RODRÍGUEZ PLASENCIA, J. L. «La matanza en Extremadura (estudio etno-folklorico), II», *Revista de Folklore* 407, 2016, p. 15.



En España estos estudios tuvieron seguidores, como Manuel de Assas en 1857⁶ y años después Joaquín Costa⁷, quien los recogió entre los cultos celtas de la Naturaleza, idea seguida por Marcelino Menéndez Pelayo⁸. De manera paralela fueron valorados en Portugal por José Leite de Vasconcelos⁹, especialmente en su notable estudio sobre el *Culto a las piedras*, seguido de otros estudiosos, como Francisco Martins Sarmiento y Teófilo Braga¹⁰.

En el siglo xx estos estudios prácticamente se abandonaron al caer en creciente descrédito al no hacerse estos estudios con metodolo-

gía adecuada, pues los arqueólogos no sabían cómo datarlos ni tenían seguridad para interpretar estos monumentos, ya que carecen de contexto arqueológico y cultural, mientras que etnólogos y antropólogos los recogían de pasada como elementos de la religiosidad popular, pero sin abordar nunca el un tema tan esencial el de su origen. En consecuencia, apenas se prosiguió su estudio, salvo algún caso aislado, como Julio Taboada¹¹.

Este panorama ha cambiado en los últimos 30 años. Los trabajos de Benito del Rey y Grande del Brío desde el decenio de 1990 valoraron los santuarios de la zona de Salamanca y Zamora en la línea tradicional¹², pero fue el altar rupestre de Lácara, situado junto al famoso dolmen de corredor, la primera «peña sacra» estudiada como monumento arqueológico¹³.

6 ASSAS, M. DE. «Nociones fisionómico-históricas de la Arquitectura en España», *Semanario Pintoresco Español*, 22, Madrid, 1857.

7 COSTA, J. *Poesía popular española y mitología y literatura celto-hispánicas*², Madrid, 1888, p. 258.

8 MENÉNDEZ PELAYO, M. *Historia de los Heterodoxos Españoles P*, Madrid, 1911, p. 120.

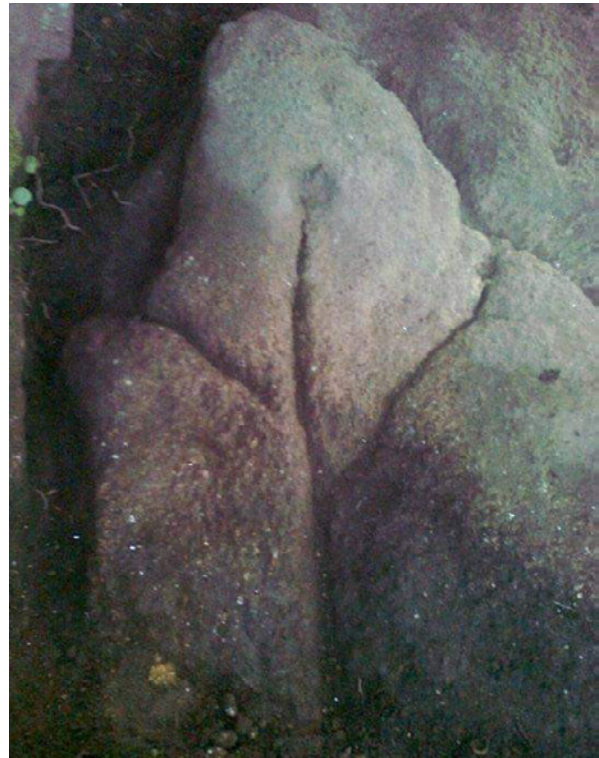
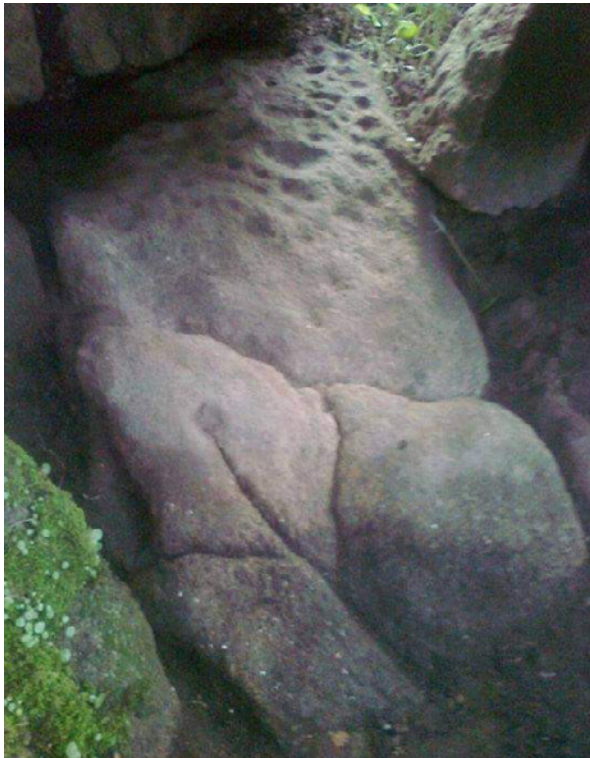
9 LEITE DE VASCONCELOS, J. *Tradições populares de Portugal*, Porto, 1882, p. 89 s.

10 MARTINS SARMIENTO, F. «Materiães para a arqueologia do concillio de Guimarães», *Revista Guimarães* 1,4, 1884, p. 161-189; BRAGA, T. «Supertições populares portuguesas», *O pobo portugues nos seus costumes, crenças e tradições*, I-II, Lisboa, 1885.

11 TABOADA, X. *O culto das pedra no noroeste Peninsular*, Verín, 1965, p. 12 s.; *ID. Ritos y creencias gallegas*², La Coruña, 1982.

12 BENITO DEL REY, L. Y GRANDE DEL BRÍO, R. *Santuarios rupestres prehistóricos en las provincias de Zamora y Salamanca*, Salamanca, 1992; *ID., Santuarios rupestres prehistóricos en el centro-oeste de España*, Salamanca, 2000; etc.

13 ALMAGRO-GORBEA, M. Y JIMÉNEZ ÁVILA, J. op. cit., 2000.



Grabados en la Canchera de la Azotea

A partir de entonces se han suscitado en el último decenio nuevos estudios y la publicación cada vez más abundante de las peñas que se descubren¹⁴, lo que permite disponer de una documentación cada vez más sistemática de estos monumentos que se extienden por toda la Península Ibérica, aunque predominan en la Hispania silíceo, por tierras de Portugal, Galicia, Zamora-Salamanca, Cáceres, Ávila y Toledo, y llegan a Ciudad Real y Andalucía Occidental, donde son menos frecuentes, pero también se documentan por Burgos, Soria, los Pirineos, Cataluña y el Levante.

En estos últimos años se ha realizado un gran esfuerzo por valorar estos monumentos y, en especial, por recoger y estudiar las tradiciones rituales a ellos vinculadas antes de que desaparezcan o de que su memoria se pierda para siempre¹⁵. En este contexto se inserta el

14 CORREIA SANTOS, J. 2014, págs. 89-128; *ID.*, 2015.

15 ALMAGRO-GORBEA, M. Y GARI, A.(eds.), op. cit. 2017.

presente análisis de las «peñas resbaladeras» de Extremadura, hasta ahora prácticamente inéditas en su mayoría, que constituyen una parte significativa de las «peñas sacras», por lo que deben considerarse, en consecuencia, como monumentos de verdadero interés de nuestro rico Patrimonio Cultural.

La «peña resbaladera» de Mata de Alcántara tiene una superficie lisa e inclinada. En esa superficie se observa una acanaladura, que mide entre 30 y 50 cm de ancho, que es la huella del desgaste por roce producida al haberse resbalado miles de veces por esa superficie de la peña. Esta acanaladura es el elemento que caracteriza las «peñas resbaladeras», pues permite identificar el rito practicado en ellas, para el que se aprovecha la altura y la inclinación de la pared, cuyo uso prolongado ha producido esa acanaladura. La longitud de la «resbaladera» o zona desgastada al resbalarse es de 3 m.

Estas peñas resbaladeras son características de las áreas graníticas, puesto que las rocas de granito parecen ser las más adecuadas para practicar este rito.



Grabados en la Fontanina

Las «peñas resbaladeras» ofrecen denominaciones diversas que tienen evidente interés, pues sus variaciones geográficas reflejan tradiciones dialectales consuetudinarias, que en algunos casos indican que la antigüedad de estas prácticas ancestrales ha quedado reflejada en la dialectología local, un tema a penas tratado en Extremadura¹⁶, donde, como suele ser habitual en manifestaciones de la cultura popular tradicional, las peñas ofrecen denominaciones que tienen el interés de reflejar una estrecha relación con variantes comarcales del habla popular.

16 RODRÍGUEZ PLASENCIA, J. L. 2017, op. cit., p. 113, para quien *ronchadera-resbalines* un sustantivo no recogido en el *Diccionario de la Real Academia Española*: «es un localismo que designa una roca inclinada y llana que sirve en ciertas localidades para que los jóvenes y menos jóvenes se deslizaran por ella como divertimento».

Piedras relacionadas con el rito de fecundidad que antiguamente practicaban las mujeres para casarse o para tener hijos¹⁷. Aunque, en localidades abulenses del Valle del río Corneja, como Hoyorredondo, Santa María del Berrocal, Villar de Corneja, etc., se considera que por las peñas *esbaruzaderas* o *esbaraderas* únicamente deben deslizarse las niñas, pues parece estar vetado a los varones, so pena de ser considerados «maricas», lo que evidencia que estos toboganes pétreo serán de uso femenino. Todavía resulta más evidente que estas peñas resbaladeras estaban relacionadas con ritos de fertilidad, conservándose en localidades extremeñas, como por ejemplo, en Valdeobispo (Cáceres), al pie de la ermita de la Virgen de Valverde, existe una resbaladera usada por los zagales y también por las mujeres estériles «en

17 ALMAGRO-GORBEA, M. Y CABALLERO, J. e.p.



Cazoletas

la creencia de que la fricción del vientre con la roca, acabaría con la esterilidad», por lo que «se utiliza para resbalar el día de la romería, que es el segundo domingo de Pascua», y por ella se tiran tanto hombres como mujeres. Otro caso es la *Piedra Refaliza* de Usagre, Badajoz, que tendría una función parecida, ya que «decían los antiguos que quien se resbalaba en esa piedra encontraba novio»¹⁸. Igualmente resulta bastante explícita la tradición conservada en la localidad pacense de Burguillos del Cerro de asociar las peñas resbaladeras con el embarazo, como indicaría el dicho popular «esta chica ha pasado por la piedra», con el sentido de que se ha quedado embarazada. Una idea parecida se sobreentiende en Hinojal, Cáceres, donde se asocia el dicho popular de «tener un resbalón» con la idea de quedarse embarazada, por lo que, ambos dichos, tan populares hasta hace poco en muchas zonas de España, se relacionarían con la tradición ritual de estas «peñas resbaladeras».

18 ESPINO, I. J. *50 Lugares mágicos de Extremadura*, Pontevedra, 2015, p. 149 s.

En ocasiones, la peña resbaladera se sitúa bajo una pileta u otro accidente natural o cerca de fuentes que se visitan sólo en determinadas ocasiones, generalmente en una romería o en el Lunes de Pascua o el Jueves Merendero, hecho que refuerza la idea de que estas peñas estaban vinculadas originariamente a ritos de fecundidad.

Con esta tradición ritual se relacionan algunas *peñas* situadas en el campo fuera de la población, tradición también conservada en Mata de Alcántara. Estas peñas eran el lugar al que se acudía en fechas determinadas, como el «Jueves Merendero» y el «Lunes de Aguas». El Jueves Merendero es el jueves anterior al Miércoles de Ceniza, en el que finaliza el Carnaval. Era una fiesta típica de los quintos o mozos jóvenes, en la que, además de comer, los chicos mayores bebían vino por primera vez¹⁹. Esta tradición parece indicar un antiguo rito de paso, al admitir ya como «jóvenes» a los chicos antes considerados como niños, por lo que pudiera

19 Agradecemos a J. M. Sánchez Benito esta amable comunicación personal.



considerase un rito paralelo al de resbalarse las chicas por la piedra para encontrar novio y adquirir fertilidad, ya que en esa ocasión en algunos lugares también se efectuaba el sorteo por insaculación para emparejarse mozos y mozas, emparejamiento temporal que podía llegar a ser definitivo²⁰.

Por otra parte, apuntan igualmente al uso ritual las acanaladuras o surcos pulidos que ofrecen la mayoría de estas peñas, en algunos casos profundos, pues testimonian una utilización muy prolongada, sin duda durante siglos, que se explica mejor por la función ritual de resbalar por la superficie inclinada de la peña a lo largo de los siglos que por meros juegos infantiles. Peñas como la de Mata de Alcántara son monumentos de gran interés, aunque apenas habían sido estudiadas alno considerar entre las «peñas sacras». Estas peñas, integradas en el paisaje físico y humano de los berrocales extremeños, por su origen y por sus ritos originarios, permiten introducirse en una visión mágica y sobrenatural del mundo y del paisaje que ha perdurado en el folklore hasta nuestros días, ya que esta tradición popular, originaria de remotos tiempos prehistóricos, testimonia creencias animistas ancestrales, como hace más de

100 años señalara Marcelino Menéndez Pelayo, quien consideraba que «la litolatría es una de las formas más antiguas del culto naturalista»²¹.

20 MOYA, P. R. *Paleoetnología de la Hispania Céltica (Tesis Doctoral, Universidad Complutense)*, Madrid, 2012, págs. 270, 447.

21 MENÉNDEZ PELAYO, M. 1911, I, p. 120.

EL MONOLITO DE TLÁLOC DE SAN MIGUEL COATLINCHÁN Y SU TRASLADO AL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA DE LA CIUDAD DE MÉXICO. PERSPECTIVAS DE LOS GRANICEROS ANTE UNA PIEDRA «VIVA»

David Lorente Fernández



El monolito de Tláloc que preside, sobre la avenida Reforma, el Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México, se yergue verticalmente sobre el agua de una fuente circular.

Originalmente, esta «piedra» se hallaba en un pueblo situado en las inmediaciones de la capital, San Miguel Coatlinchán¹, y era conside-

1 Realizamos trabajo de campo etnográfico en la región de Coatlinchán y la llanura como parte de una investigación más extensa comenzada en la Sierra

rada como mujer, como una divinidad del agua y de la lluvia, identidad que los habitantes inferían de una lectura de sus atavíos y elementos tallados en relieve que convierten a la figura en un ser antropomorfo.

de Texcoco en 2003 y centrada en los especialistas atmosféricos denominados graniceros o *tesifteros* (véase Lorente 2009, 2010, 2011, 2012, 2015, 2016, 2017, 2020a, 2022). Sobre la metodología etnográfica empleada durante veinte años de estudio en la región, véase Lorente (2021).



El monolito yacía acostado, inconcluso, en una posición que para los pobladores de Coatlínchán era significativa: recostada sobre el terreno, convirtiendo su parte frontal en algo que, en vez de dirigirse hacia delante, se orientaba directamente hacia el cielo, permitiendo a las personas subir y sentarse sobre ella. Con 7 metros de largo y 168 toneladas, enterrada 60 centímetros en el suelo, sobre una ladera del paraje denominado Santa Clara, a 3 kilómetros de distancia del centro del pueblo de San Miguel Coatlínchán, la gente de la región mantenía con la escultura una relación desde el pasado precolombino. En 1950 los investigadores Wicke y Horcasitas (1957: 87) visitaron la zona y escucharon que los pobladores llamaban Teolinca, «el sitio de la piedra móvil», al lugar donde yacía un ídolo, grande como un automóvil, flanqueado por dos piedras menores. Se decía que, al empujarlo con la mano, éste oscilaba adelante y atrás. En torno había juguetes de barro, entregados probablemente como ofrenda.² Aunque los autores no pudieron estudiar el lugar, sugerían que futuras investigaciones mostrarían quizá su relación con los vestigios arqueológi-

2 No se puede asegurar por completo que la descripción corresponda a la ubicación del monolito trasladado.

cos del Monte Tláloc, el antiguo santuario de altura consagrado al dios de la lluvia donde se le rendía culto en la época precolombina³.

Hasta 1964, el monolito fue un centro de culto regional. Para la gente era «la diosa de las aguas y las lluvias», en las inmediaciones de la escultura afloraba un borbollante manantial, que derramaba su agua limpia sobre el terreno. La denominaban «la Piedra de los Tecomates» (el tocomate o jícara es un recipiente semiesférico)⁴ debido a los doce orificios como pocillos o cuencos que tenía en la región correspondiente a la «panza» y que, al estar la figura acostada, «mirando al cielo», se llenaban en la estación húmeda con el agua de lluvia. Los aguaceros que se atribuían a la «piedra» llenaban sus concavidades y el agua pluvial, acumulada a lo largo de su cuerpo, espejeaba en ocasiones con la luz del cielo. Esta imagen del agua retenida en los pequeños recipientes que los pobladores percibían en las incisiones redondeadas del monolito aparecía, de forma

3 Véase al respecto Durán (1984 I: 81-85).

4 Se trata de una vasija de forma hemisférica y boca grande, hecha de barro o con la corteza de ciertos frutos, como guajes, calabazas o los que se designan con este mismo nombre.

recurrente, destacada en las descripciones. En ocasiones, se afirmaba que, si los orificios estaban húmedos y no era la estación de las lluvias, éstas llegarían pronto.

Humberto Ortiz, un vecino de Coatlinchán, en una larga conversación acerca de la «piedra» nos dijo, con tristeza apenas contenida:

La estatua estaba en el monte, cerca del pueblo... ¡Bien bonita la piedra! ¡Y era mujer! ¡Tenía su falda igual! Estaba tumbada, acostada pa'arriba, mirando al cielo. Sus piecitos, su faldita andaban arriba, y su cabecita abajo, inclinada con el terreno. Era grandota. Tenía una tina de piedra en la cabeza, yo creo para cuando se bañaba, quién sabe... Una tina tenía en su cabeza, de piedra, de piedra la tiene.... A la estatua le decían la Piedra de los Tecomates, porque tenía también agujeritos así, huequitos.

Y bajaba mucha agua limpiecita por donde estaba... en la barranca que está allí, bajaba toda el agua. Luego iban muchas mujeres a lavar su ropa; nosotros estábamos chamacos y nos bañábamos también allí, en el agua limpiecita. Está bonito para subir para allá arriba. Hay muchos árboles. Estaba húmedo. Y hacía llover la piedra... ¡Era la diosa de la lluvia! Luego íbamos echándole cohetes, música, la banda iba tocando por allá, haciéndole su fiesta. Y le ponían sus ollitas de barro, sus trastecitos, como su ofrenda⁵.

La descripción pareciera poner en relación el agua que brotaba en las proximidades de la «piedra» con la de lluvia, que se acumulaba además en las concavidades del monolito. Se observa, al mismo tiempo, que la identidad de «piedra» y de «diosa» se asimilaban.

Supimos que el 3 de mayo, día de la Santa Cruz, al monolito lo visitaban distintas agrupaciones de graniceros –los especialistas rituales

5 Entrevista realizada en San Miguel Coatlinchán el 12/10/2013.

en el control meteorológico⁶, que hacían rogaciones pluviales ese día para toda la temporada; mediante oraciones, «abrían» el temporal y velaban por una correcta distribución de las precipitaciones en toda la comarca. Se trataba de los graniceros de San Miguel Coatlinchán pero también de otras poblaciones vecinas de la región de la llanura, cercana al antiguo lago de Texcoco. El agua que brotaba cerca del monolito atestiguaba la facultad de la «piedra» para dispensar las lluvias, cuya actividad era propiciada por los vecinos de Coatlinchán mediante la «fiesta» celebrada con cohetes y banda de música.

Uno de los pueblos cuyos graniceros iban a pedir la lluvia a la «piedra» era Tequexquahuac. El padre, ya fallecido, del granicero actual, Don Anastasio Hernández, nos explicaba en 2006 cómo él había visitado la «piedra» y observado las actividades de los graniceros destinadas a que aquélla «dispensase copiosa lluvia para sus cultivos y no llorasen en las milpas los jilotitos tiernos de maíz clamando el agua». Explicó que la piedra-mujer era capaz de evitar el hambre y el agostamiento de las cosechas atribuidos al retraso o la escasez de las lluvias: «La piedra está viva, tiene su alma, tiene corazón –dijo–; se conmueve si uno le reza y le da su ofrenda, por eso nos da el agüita, la alegría de la semilla⁷. Se la tenía por dadora de vida, una divinidad petrificada pero no por ello carente de poder y capacidad de acción. Significativamente, al igual que en el caso de los humanos, la «vida» de la «piedra» fue referida acudiendo a los términos de «alma» y «corazón». En el caso de la iconografía mexicana, debe agregarse, el glifo para indicar la piedra era también un «corazón», como si lo en apariencia más inerte desde la ontología occidental moderna estuviera, entre los graniceros, provisto de una anima-

6 Para una panorámica sobre este tipo de especialistas rituales en distintas regiones de México, desde una perspectiva etnográfica e histórica, véase Lorente (2009, 2010, 2011: cap. 1, 2016, 2017, 2022).

7 Entrevista realizada en Tequexquahuac los días 11/3/2006 y 7/10/2006.

ción interna y latente, de una entidad animado-
ra semejante al alma-corazón de los humanos.⁸
«Y no crea –añadió–, la piedra no trabaja sola,
a la diosa mujer le ayudan los *chanates*, unos
niñitos que son los espíritus del agua y andan
en las nubes y los arroyos cuidando el elemento
que nos da la vida». Los auxiliares de la «pie-
dra» mujer al repartir las lluvias lo constituía una
pléyade de espíritus del agua, subordinados a
sus dominios, a los que en ocasiones también
se dirigían los graniceros.

No obstante, cuando en ocasiones las lluvias
escaseaban, y peligraban en consecuencia los
cultivos y pasturas, acudían individualmente al
monolito los campesinos y pastores de pobla-
ciones más alejadas, como Tepetlaoxtoc, para
«arrojarle piedras al ídolo» y exigirle que llovie-
ra.

8 Acerca de esta concepción del «alma-corazón»
como parte central de la configuración anímica del ser
humano en Texcoco, véase Lorente (2020b).

Su traslado a la Ciudad de México

El monolito de Coatlinchán fue llevado al
Museo Nacional de Antropología el 16 de abril
de 1964. Fue un proyecto concebido por el en-
tonces presidente Adolfo López Mateos, dirigi-
do a seleccionar una pieza representativa de las
antiguas culturas de México que sirviera, ade-
más, para magnificar la espectacularidad del
nuevo museo. Las actividades preparatorias del
traslado se prolongaron en Coatlinchán durante
meses e implicaron abatir parte de la vegeta-
ción del paraje donde se hallaba la figura y re-
vestir de grava los caminos locales para permitir
el acceso de «una plataforma descomunal con
200 llantas y conducida por dos tractores», se-
gún recuerdan los habitantes.

Tras días de informaciones confusas, la certe-
za e inminencia del traslado confrontó dos ver-
siones distintas de la identidad de la «piedra»
y de los acontecimientos. Mientras el gobierno



federal, desde una visión patrimonial, otorgaba al monolito un valor estético e histórico-cultural: una pieza prehispánica que representaba a la deidad masculina de la lluvia, Tláloc y, mediante ella, la grandeza de un pasado extinto y en cierto modo idealizado que sustentaba el proyecto político de un Estado nacionalista, en la región el ídolo no era un objeto inerte revestido de valores simbólicos sino la encarnación física e inmediata de una divinidad, provista de agencia e inscrita en la cosmología vigente. Más que un tesoro de la Historia digno de ser preservado, era una entidad «viva», activa, dotada de subjetividad, conciencia, emociones, intencionalidad, y necesitada de ser nutrida mediante ofrendas o la «fuerza» transmitida en las fiestas, algo muy lejano de la noción museística de la escultura como «obra de arte» o «representación». Un interesante contraste entre ambas percepciones fue la identidad que se le asignaba. Lo que en la visión patrimonial era Tláloc, el dios de la arqueología y los códices, en la percepción regional era la diosa de las aguas terrestres y celestes («No es Tláloc, no es Tláloc. ¡Es mujer!», gritaban los pobladores corriendo detrás del tráiler mientras se la llevaban, reivindicando la identidad que le otorgaban). Como contraprestación por el «traslado», el gobierno federal ofreció a los vecinos obras públicas y de beneficio social –escuela, centro de salud, carretera y una réplica del monolito, no entregada en Coatlinchán sino hasta 2007–, que no atenuaron empero que el acto de desposesión fuese percibido como una contundente rapiña emprendida por fuerzas externas y omnipotentes, que los privaba no de un objeto, sino de un ser provisto de un elevado estatus ontológico en la jerarquía de las entidades existentes en la localidad: un sujeto social con el que el pueblo se relacionaba y de cuyas acciones dependía.

Según los pobladores, aquella noche se reunieron en Coatlinchán algunos de los graniceros para, mediante acciones rituales, enfrentar la desposesión y tratar de evitar el desplazamiento de la «piedra». De manera simultánea, y de acuerdo con versiones de lo ocurrido, algunos vecinos trataron de destruir la plataforma del

tráiler y ciertamente la dañaron, mientras que otros cortaron los cables de acero que sujetaban la «piedra». La memoria colectiva conserva la imagen del arribo de los soldados ante la defensa que, con palos, palas y herramientas, hizo de la «piedra» la población: «Los soldados cercaron todo el pueblo, había puros federales donde quiera... la mandó llevar un presidente y no la querían dar». El sabotaje del esfuerzo por estibarla en la plataforma se vio frustrado. «La bajaron y se la llevaron. La plataforma, con cientos de llantas, la piedra y los dos tractorzotes que la jalaban, pasó por el pueblo...». El avance primero hacia la capital –la escultura acostada, yacente, como en su ubicación original–; después la marcha ralentizada del tráiler, bajo un intenso aguacero, por el Paseo de la Reforma –la gente parada con paraguas, algunos arrodillados–, figura en las fotografías en blanco y negro de los periódicos de la época, y es parte importante de los relatos y descripciones actuales: «No se quería ir la piedra, por eso llovía. Era como un aviso, una advertencia. No quería dejar su lugar la diosa de la lluvia».

El cese de las precipitaciones en Texcoco

De acuerdo con sus pobladores, el clima de Coatlinchán se vio radicalmente afectado hacia finales de 1960. El primer indicio fue la disminución de los manantiales, significativamente vinculados, como se vio, con las precipitaciones pluviales, lo que explicitaba el paraje donde se hallaba el monolito.

Los vecinos de Coatlinchán ponían ambos aspectos en relación. La agencia de la «piedra», al dejar de actuar sobre el entorno, redujo los afloramientos de agua. Explicó un hombre sobre el traslado: «Ya se acabó el manantial de arriba; no baja el agua. En ese tiempo estaba regado y hoy casi está seco. Cuando andaba aquí la piedra, la cuidaban y la limpiaban, y era bien bonito, porque bajaba agua. ¡Y en Chapultepec está abandonada! No estaba abandonada la piedra cuando estaba aquí». Las lluvias, se dice, disminuyeron en caudal y regularidad.

Un hombre sentado en la plaza de Coatlinchán añadió:

Llovía mucho aquí, ve que era la diosa de la lluvia. ¡Y ahora no, llueve en México! Se están inundando ¡Pues que se la traigan para acá! Antes a mediodía bajaban aquí las barrancas llenas, ¡ríos! ¡Llovía mucho! A las doce del día o la una ¡qué aguaceros! –girándose, señaló la reproducción del ídolo que, en mayo de 2007, fue ofrecida al pueblo de Coatlinchán: una réplica de 7 metros de alto y 75 toneladas hecha de hormigón y una estructura de varillas, situada en la fuente de la plaza mayor, que seguía la misma lógica museística según la cual el ídolo constituía una pieza destacable por su morfología y sus dimensiones–. Ahora está en Chapultepec, ¿no? Pues la hubieran puesto aquí y no ésta. ¡Hubieran de quitar ésta y que se la lleven! ¡Y que dejen la que estaba aquí! ¡la efectiva, la efectiva de acá! Volvería a llover. Le digo, cuando estaba acá, ¡cómo llovía, cantidad que llovía! ¡Hartísimo! En el campo, todo lo que se sembraba se lograba. Crecían elotes grandotes, el frijol, la cebada, de todo. Llovía mucho. Y ahora no... Mi papá me llevaba a sembrar las milpas, y siempre se daba el maíz, el frijol, todo estaba bien mojado, porque llovía harto... y ya no. ¡No se dan los cultivos de antes! ¡Ya casi no llueve, hay mucha sequía!⁹

La gente de Coatlinchán señalaba las siembras como tercer elemento afectado por el traslado de la «piedra». Tras los manantiales y las lluvias, los sembradíos habían resentido la ausencia de la diosa del agua. En las conversaciones se nombraban los cultivos que habían dejado de darse. El maíz, se decía, nacía pequeño y débil, con frutos exiguos. Dado que el agua de lluvia se identifica en la región con una fuerza genésica potencial que insufla en las plantas vi-

gor y fertilidad, vivificándolas, la falta de lluvia acarreó el enanismo de los frutos: nacían raquíuticos y no alcanzaban su desarrollo completo. La falta de campos irrigados afectó al frijol y la cebada, que requieren abundante agua. El floricultivo de que gozaba el pueblo en tiempos más recientes se extinguió: flores como los tulipanes, pompones, crisantemos y claveles, que se sembraban con fines comerciales, sufrieron la ausencia de humedad del suelo y comenzaron a marchitarse.

Como respuesta inicial a la disminución de las lluvias se ensayó trasladar la actividad ritual al monolito desplazado. Durante las décadas de 1970 y 1980 podía en ocasiones observarse la disposición de ofrendas de velas, flores y objetos de barro al pie de la escultura del Museo Nacional de Antropología,¹⁰ lo que revelaba que las peticiones de lluvia buscaban tener a la «piedra» como intermediaria y, en la urbe, tenían lugar *in situ*. No obstante, la ineficacia del tratamiento ritual dispensado al monolito-mujer formó parte de la concepción cosmológica de que, desplazado del paraje original, trasladado «sin respeto» y al manifestar la «piedra» desagrado y «una ofensa» por el tratamiento, en unas versiones, o centrada su actividad en «atraer las lluvias a la Ciudad de México, que era donde se encontraba», en otras, no hacía llegar las precipitaciones a la región de Texcoco.

Cuando estaba la piedra aquí, en Coatlinchán –porque ésa es la diosa del agua, la que tienen allá en México estaba aquí–, nunca nos faltaba agua [...], nomás se ponía la nube acá, y de aquí bajaba todo chorrazos, eh; y nomás de que se la llevaron, ya acá ya no quiere, se ponen las nubes por aquí, y dan vuelta y ¡pum! para México. Se ponen las nubes aquí y va todo a México¹¹.

9 Entrevista realizada en San Miguel Coatlinchán el 12/10/2013.

10 Comunicación personal de Carmen Anzures y Bolaños, investigadora del INAH, abril de 2011.

11 Entrevista realizada en Tequexquahuac el día 11/3/2006.

Las comunidades de la llanura, próximas a Coatlinchán, continuaron realizando sus peticiones en el mes de mayo, dirigiéndose a los cerros circundantes, para propiciar la caída de lluvia, aunque los graniceros de estos lugares señalan haber acusado un descenso notable de las precipitaciones. Un aspecto de estas peticiones resulta significativo y esclarecedor, tal vez, de la conceptualización de la «piedra» de Coatlinchán en su relación con las lluvias. Al igual que el monolito estaba provisto de una serie de concavidades o «tecomates» que eran los que se llenaban con el agua de lluvia y daban el nombre popular con el que era conocida en Coatlinchán la «piedra», así los graniceros que llevan a cabo prácticas rituales en la región emplean, para pedir la lluvia, como elemento principal, unas jícaras rojas como cuencos semiesféricos que, llenas de agua simple y bendita, y considerando que contienen «el agua del mundo», son también el receptáculo de borlas de algodón que actúan como las nubes que se encargan de dispensarla. Don Anastasio, el padre del granicero Don Timoteo de Tequexquihuac, explicó al respecto:

Para pedir la lluvia, cuando falta y hay que pedirla, allá en ese tanque ya vienen las lluvias. El tanque es... una jícara colorada pero le nombramos tanquecita, donde se estanca el agua. Compra uno hartas cositas para poner allí, pero lo principal es una jícara grande colorada: se llena de agua simple, de agua bendita y se pone algodón para formar la nube. Y se ponen otras cositas allí, el sahumero, incienso o copal, son pedazos, se ponen allí, y esos son para llamar el tiempo¹².

En el contexto de unas precipitaciones consideradas cada vez menores, la jícara roja o «tanquecita» manifiesta una analogía con los «tecomates» llenos de lluvia vinculados con el poder sobre los aguaceros que esgrimía, en tanto diosa del agua, el monolito de Coatlin-

chán: una imagen de carácter microcósmico que remite a procesos cosmológicos, susceptibles de ser activados ritualmente, vinculados con el agua y la lluvia¹³.

No una piedra, sino dos

En este panorama, el traslado del monolito de Coatlinchán a la Ciudad de México hizo aflorar una serie de concepciones latentes en dicha población que derivaron en un discurso de carácter mesiánico. En conversaciones sostenidas con los pobladores, distintas personas explicaron repetidamente que la «piedra» monolítica que se llevaron constituía en realidad la pareja de un par. «El ídolo, la piedra que se llevaron al Museo es la esposa, es mujer; el Tláloc varón permanece aún enterrado allí, cerca de donde sacaron el otro, es una piedra más pequeña, a la que poca gente conoce», dijo una mujer. De acuerdo con un hombre de Coatlinchán, «queda otra piedra, más chica, como de aquí a allá [señala una distancia de tres metros], como una losa, pero sí se ve algo de figura de ídolo. Ése es el Tláloc, el marido; por eso la gente de aquí insistía en que la que se llevaron es la mujer, con su falda, porque hay otra». La identidad femenina atribuida al monolito trasladado al museo no se sustentaba únicamente en una lectura de la indumentaria labrada en la «piedra» —en la falda que los pobladores distinguían en su cintura—, sino en la presencia de una figura-contraparte concebida como varón. Ambas «piedras», mayor y menor, mujer y hombre, se concebían como integrantes, opuestos y complementarios, de una dualidad. El monolito trasladado era mujer en relación con la otra «piedra».

En este sentido, la necesidad de permanencia de la diosa del agua en el paraje Santa Clara de Coatlinchán se vinculaba, junto al hecho de concebirse como entidad tutelar, con la presen-

¹² Entrevista realizada en Tequexquihuac el día 11/3/2006.

¹³ Pudimos asistir a la petición de lluvia realizada por el granicero de Tequexquihuac el 3 de mayo de 2006. Los tiemperos o pedidores de lluvia de otras regiones, como el de Xalitzintla (Puebla), en el volcán Popocatepetl, también emplean estos objetos en sus peticiones pluviales (véase Lorente 2023).

cia allí de su contraparte, integrando una unidad constituida, en su seno, por un dualismo asimétrico, con una figura mayor y más «activa» (y más visible) que la otra, tenida por «menor» y enterrada. Un dualismo, además, en el que se considera importante la posición de las «piedras»: la diosa de las aguas y su consorte se entienden recostadas, yacentes, en contacto directo con la tierra, o incluso parcial o totalmente enterradas en ella, y no, señalan los pobladores, erguidas como estatuas: «Y no estaban paradas, estaban tumbadas en el suelo», enfatizan significativamente. Esta posición recostada permitía a la diosa del agua, a la «Piedra de los Tecomates», recibir en sus concavidades y guardar en ellas el agua de lluvia: la posición de la mujer susceptible de contener la lluvia se plantea así, desde la perspectiva local, como distintiva (la réplica entregada en 2007 fue colocada, erguida, en la fuente de la plaza del pueblo).

Desde la concepción dualista y jerarquizada de las «piedras» masculina y femenina se dice que el Tláloc, molesto, amenaza con ir a buscar a su esposa a la Ciudad de México, para conducirla de regreso hasta el paraje donde se emplazaba originalmente, restituyéndose de esta manera no sólo el poder del monolito sobre las precipitaciones, los manantiales y la fertilidad genésica de la lluvia en la zona, sino el dualismo «operativo» que los pobladores conciben indispensable en la cosmología regional en la que se inscribe la «piedra».

BIBLIOGRAFÍA

DURÁN, Fray Diego, 1984, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, 2 vols. México: Porrúa.

LORENTE FERNÁNDEZ, David, 2009, «Graniceros, los ritualistas del rayo en México: historia y etnografía», *Cuicuilco*, Nueva Época 16 (47): 201-223.

LORENTE FERNÁNDEZ, David, 2010, «Granizadas de semillas, enfermedad y depredación en el chamanismo nahua: la mediación ritual a través de la polifonía de perspectivas», *Indiana* 27: 163-191.

LORENTE FERNÁNDEZ, David, 2011, *La razzia cósmica: una concepción nahua sobre el clima. Deidades del agua y graniceros en la Sierra de Texcoco*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Universidad Iberoamericana.

LORENTE FERNÁNDEZ, David, 2012, «Amores de manantial. Un episodio nahua de curación en la Sierra de Texcoco», *Tlalocan* 28: 179-200.

LORENTE FERNÁNDEZ, David, 2015, «Los sueños y la mirada de los espíritus», *Revista Artes de México (Chamanismo. Oscuridad, silencio, ausencia)* 118: 34-43.

LORENTE FERNÁNDEZ, David, 2016, «Aromas y miniaturas: ofrendas de los graniceros de Texcoco en una cosmología de circulación de esencias», en *Convocar a los dioses. Ofrendas mesoamericanas. Estudios antropológicos, históricos y comparativos*, Johanna Broda (coord.). México: Universidad Nacional Autónoma de México pp. 299-348.

LORENTE FERNÁNDEZ, David, 2017, «Tesifteros, los graniceros de la Sierra de Texcoco: repensando el don, la experiencia onírica y el parentesco espiritual», *Dimensión Antropológica* 24 (70): 101-150.

LORENTE FERNÁNDEZ, David, 2020a, *El cuerpo, el alma, la palabra. Medicina nahua en la Sierra de Texcoco*. México: Artes de México.

LORENTE FERNÁNDEZ, David, 2020b, «La configuración alma-espíritus: interioridades anímicas y el cuerpo como vestido entre los nahuas de Texcoco», *Estudios de Cultura Náhuatl* 59: 131-164.

LORENTE FERNÁNDEZ, David, 2021, «Introducción. La etnografía como método y como teoría: epistemología, rupturas, posibilidades», en *Etnografía y trabajo de campo. Teorías y prácticas en la investigación antropológica*, David Lorente Fernández (coord.). México: Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Ediciones del Lirio, pp. 17-118.

LORENTE FERNÁNDEZ, David, 2022, «Entre lógicas cinegéticas y agrícolas: el chamanismo nahua en una cosmología de sacrificio», *Journal de la Société des Américanistes* 108-1: 11-47.

LORENTE FERNÁNDEZ, David, 2023, «El cumpleaños de don Goyo. Notas etnográficas de una subida al volcán Popocatepetl», *Revista de Folklore* 492: 14-35.

WICKE, Charles y Fernando HORCASITAS, 1957, «Archaeological Investigations on Monte Tlaloc, Mexico», *Mesoamerican Notes* 5: 83-96.

«EL HEREJE». DE LA PALABRA A LA IMAGEN

Eduardo Alonso Franch

1. Miguel Delibes y *El hereje*

La SEMINCI otorgó a Miguel Delibes una Espiga de Oro especial por la aportación del escritor al séptimo arte. Miguel Delibes calificó su relación con el cine de simple «coqueteo» de aficionado, que comenzó de niño y continuó luego a lo largo de toda su vida. En 1995, Delibes acababa de publicar *Diario de un jubila-do* y cumplía 75 años el 17 de octubre de aquel año. Un tal Cipriano Salcedo, el protagonista de *El hereje*, andaba ya pidiéndole vida. En octubre de 1995, Cipriano Salcedo ya le ronda al novelista la cabeza. Cipriano Salcedo, luterano de Valladolid, condenado como tal a la hoguera en el siglo XVI. Habían caído en sus manos unos textos de Menéndez Pelayo sobre la secta luterana de Valladolid y su cabecilla, el doctor Cazalla, y aquel hecho histórico despertó de nuevo al novelista. Cipriano Salcedo llevaba requiriendo la pluma de Miguel Delibes desde el otoño de 1995. Hasta septiembre de 1998, fecha en que se publica la novela *El hereje*. El 22 de enero de 1998, el escritor hizo entrega del original íntegro de *El hereje*, 505 folios, a Ramón García Domínguez. Según opinión de su biógrafo, en esta última novela encontramos la síntesis más acabada de su proceder y estilo narrativo, así como el mejor exponente de su maestría en la creación de personajes. Cipriano Salcedo, en opinión de los especialistas en Delibes, es el personaje que resume la idiosincrasia de cuantos han salido de su pluma y representa, a la vez, las grandes preocupaciones éticas y estéticas de su creador. *El hereje* culmina una biografía literaria de más de cincuenta años y han sido la crítica y los lectores quienes la han distinguido como una de las novelas señeras de la segunda mitad del siglo XX. En el verano de 1996 es cuando

Miguel Delibes se documenta a conciencia para su nueva novela y traza en su cabeza el entramado de la historia y la identidad de sus personajes. Y será un año más tarde, en su estancia en Sedano durante el verano de 1997, cuando culmine la mayor parte de la escritura definitiva. El novelista no cesará en su empeño a lo largo de los tres años que van del otoño de 1995 a septiembre de 1998. La tensión entre el aprendiz de historiador y el novelista, el inventor de ficciones, fue constante. Pero la duda y la vacilación surgían a cada paso. Hay un aspecto que preocupa fundamentalmente, y por encima de todo, a Miguel Delibes: el de la imparcialidad y el equilibrio. Esta es la gran preocupación de Delibes: narrar con fuerza, con verismo, pero no cargar nunca las tintas en un sentido o el otro¹.

La estancia en Sedano (Burgos), durante los meses veraniegos de 1997, había sido definitiva en el proceso creativo de *El hereje*. Con 77 años, andaba metido en la, probablemente, más ambiciosa de sus novelas. Desde el 1 de febrero hasta el 19 de mayo de 1998, Delibes no cesará de revisar el texto de su novela hasta darlo por definitivo. Las pruebas de imprenta llegaron de Barcelona el 23 de mayo y el novelista siguió todo el proceso de corrección a cargo de su hijo Germán y Ramón García Domínguez. Siguió e intervino, en buena medida. Fue un éxito de crítica y público que había comenzado el mismo día de su aparición, el 29 de septiembre de 1998. La crítica especializada fue casi tan unánime como el público lector en la valoración de la novela. Como «gran novela» la calificaron numerosos críticos de numerosos medios, resaltando algunos que Delibes había

1 GARCÍA DOMÍNGUEZ, Ramón: *Miguel Delibes de cerca*. 2ª ed. rev. y ampl. Barcelona: destino, 2020.

escrito también la novela más ambiciosa y compleja de su larga carrera literaria. En la mayor parte de sus novelas de ambiente y temática urbana, Valladolid le sirve a nuestro novelista como telón de fondo. El Campo Grande será escenario de no pocos paisajes de las novelas delibeanas y de unos cuantos relatos cortos. También es Valladolid la ciudad que vive la guerra civil en *Madera de héroe*. Pero *El hereje* es la novela de Valladolid y de los vallisoletanos. La Ruta del Hereje recrea y recorre el Valladolid renacentista de la novela de Delibes, centrándose en los hitos fundamentales del relato, en sus personajes y los acontecimientos más memorables. Comienza el recorrido en la Corredera de San Pablo, en cuyo número 5 nace Cipriano Salcedo en 1517, y concluye en los aldaños de Campo Grande, lugar del quemadero de herejes, y en particular del protagonista de la novela. La infancia, el prójimo, la naturaleza y la muerte. Tales son las constantes literarias que los expertos en Delibes han señalado en su obra. Él mismo reconoció la creación de personajes como fundamental en su quehacer literario. Personajes que sobrevivirán al novelista y no pocos de ellos se convertirán en imperecederos. Porque ellos han sido portavoces de los propios sentimientos y preocupaciones del escritor.

La descripción del Auto de Fe en Valladolid, en 1559, es una prueba de la capacidad de Miguel Delibes para componer una escena de martirio individual y de insania colectiva. Esta novela histórica es la única en su género y la última de las muchas e inolvidables narraciones que escribió su autor². Repetía Miguel Delibes que la suya no era una novela histórica. Sin embargo, nació gracias a la curiosidad hacia acontecimientos históricos del siglo XVI y todo lo que los rodeó. Es una novela que se originó en una tertulia de los años noventa del siglo XX y en la que, en aquella ocasión, se hablaba de algo que impresionó a Delibes: de los autos de fe de

1559, acaecidos en la villa de Valladolid y que tuvieron repercusión universal. Uno de aquellos conversadores, el catedrático de Derecho Ángel Torío, se encargó de espolear la curiosidad de Miguel Delibes. Trató con José Ignacio Tellechea Idígoras; con Bartolomé Bennisar y con otros historiadores de Valladolid, como Anastasio Rojo, conoedor de la medicina. Se interesaba por todo. En la monarquía española pereció cualquier asomo de tolerancia³.

Después de tres años de intenso trabajo, *El hereje* se publicó el 29 de septiembre de 1998. Delibes sorprendía con una voluminosa novela de quinientas páginas, la más extensa de todas las suyas, que seguía algunas constantes identificables en su obra, pero que era, por varios motivos, excepcional en su prolífica producción literaria extendida durante medio siglo. El reconocimiento no fue solo de público. El acercamiento a *El hereje* cuenta ya con una amplia bibliografía específica. Si lo acabó en mayo de 1998, empezó a documentarse aproximadamente en julio de 1995. La novela le obligó a un gran esfuerzo de documentación y la reescribió varias veces. En los materiales que entresacó Delibes de la bibliografía que leyó se acabó quedando con los que correspondían a la cronología de 1557 a 1559 y fue afinando las características de sus personajes. La novela salió a la venta el 29 de septiembre de 1998. *El hereje* narra la historia de Cipriano Salcedo, hijo único y tardío de un matrimonio de burgueses de Valladolid. Encuentra refugio personal y espiritual en la secta luterana de Valladolid, en la que acaba colaborando activamente. Es condenado a muerte y quemado en la hoguera, en el espectacular auto de fe del 21 de mayo de 1599. Ha sido ya destacada por diversos críticos la habilidad de Delibes para utilizar las fuentes históricas e integrarlas a su manera en el relato. El cuadro de la cubierta de las ediciones de Destino es un fragmento de «El recién nacido», de Georges de la Tour. No resulta forzado aludir a los «alumbrados», corriente ascética de cierto recorrido en Castilla durante los primeros años

2 SOBEJANO, Gonzalo: Preliminares. En Miguel Delibes: *El hereje* / edición a cargo de Mario Crespo López. 4ª ed. Madrid: Cátedra, 2021.

3 EGIDO, Teófanos: Preliminares. Ibid.

de Cipriano, y en la que habían participado los Cazalla, tan próximos al protagonista. En la trama va a resultar capital la maternidad como una búsqueda incesante por parte de diversos personajes, incluido el protagonista. No olvidemos la identificación intertextual de algunos pasajes del final de la novela con otros evangélicos de la Pasión de Cristo. Se ha destacado asimismo la generosidad con que Delibes cita su ciudad natal en la novela. Se ha destacado la «habilidad filmica» de Delibes sobre todo en la recreación fulminante del ambiente de la Plaza Mayor y la puerta del Campo. Señala Celma que las novelas de Delibes son esencialmente «novelas de personajes». La construcción del protagonista procede de diversas personas reales. Cipriano Salcedo es un personaje radicalmente humanizado en sus éxitos y fracasos, marcado por sus escrúpulos de conciencia y la contraposición con un entorno hostil. Cipriano es un individuo solitario. Minervina Capa, natural de Santovenia, irrumpe en la vida de Cipriano desde su nacimiento como la joven y bella nodriza contratada por su padre Bernardo. Cipriano va a ir introduciéndose en la herejía a la vez que va a ir separándose de su esposa⁴.

La obra literaria de Miguel Delibes está traspasada por una serie de temas persistentes: la infancia, la muerte, el progreso, la naturaleza, la búsqueda de la felicidad o el hombre acechado por limitaciones. Este alegato por la libertad emparenta a Delibes indudablemente con el *Quijote* de Cervantes. La interpretación más profunda de la novela tiene que ver con la tolerancia del pensamiento y la libertad del individuo. Es sobre todo una historia individual de un perdedor que se estrella contra la intolerancia. *El hereje* salió en 1998, cuando se conmemoraba el centenario de Felipe II, lo que sirvió también para criticar las celebraciones que tendían a considerar positivamente al monarca en todo su esplendor. Delibes ya distingue dos grandes ejes en *El hereje*, el histórico (inspirador de personajes y situaciones proporcionadas por las fuentes) y el ficticio (en el que se

desarrolla una peripecia personal ambientada en el pasado). La novela ayuda a retratar una época en diversos aspectos, social, económico, religioso y político. Responden a fuentes históricas en la novela la descripción de Valladolid; la presencia de la Corte en la entonces villa; el levantamiento de los Comuneros (1520-1521); la instalación del taller de Alonso de Berrugueite (desde 1523); la congregación o conferencia religiosa sobre Lutero y la epidemia de peste de 1527; el concilio de Trento (1545-1563); las investigaciones inquisitoriales sobre la Reforma (al menos desde 1557); el auto de fe (Delibes va a juntar en uno los dos celebrados en Valladolid en 1559, el 21 de mayo y 8 de octubre); o la existencia de varios prosélitos erasmistas y luteranos. Reconocía además Delibes que en su biblioteca, y en su bagaje de lecturas, predominan con mucho los libros de historia (incluyendo autobiografías, biografías y memorias) sobre las novelas históricas. El profesor José Ignacio Tellechea Idígoras, otro de los primeros autores leídos por Delibes para *El hereje*, era sin duda uno de los más importantes expertos en la historia del luteranismo en España. De Bartolomé Bennassar, Delibes manejó con fruición *Valladolid en el Siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI*. En la calle de Santo Domingo de Guzmán, el espacio guarda aún cierto recuerdo de lo que pudo ser el callejero del siglo XVI. En la Plaza Mayor tuvieron lugar los autos de fe de 21 de mayo y 8 de octubre de 1559. El castigo final a los acusados se realizaba en la puerta del Campo o de la Mancebía, que se encontraba en el actual edificio de la Casa Mantilla, en la plaza Zorri-lla. Entre la Academia de Caballería y el lateral del Campo Grande, ardieron en la hoguera los condenados por la Inquisición. Algunos críticos pidieron nada más leer *El hereje* una rápida versión cinematográfica de una historia que parece escrita también para ese formato. A finales de 2000, José Luis Cuerda le envió el guion. Pero a mediados de 2003 el proyecto seguía estanca-do: ni Cuerda ni el productor Gerardo Herrero lograban los 1.500 millones que había de costar

4 Introducción. Ibid.

la película. Más tarde, se documentó el interés de Antonio Giménez-Rico por la adaptación.

Sevilla fue el otro gran foco de luteranismo en la Castilla de la época; en la ciudad sevillana se celebraron cuatro autos de fe. El inicio de la novela vendría a personificar tres características del siglo *xvi* señaladas por Pérez: las profundas inquietudes religiosas que interesan a los laicos (sobre todo el erasmismo y el iluminismo), la importancia de la imprenta y el afianzamiento de las ediciones en lengua vulgar. A lo largo de la novela, Delibes menciona una amplia geografía europea. La comunidad judía de Valladolid era bastante importante. Pero es interesante la vinculación de Salcedo con el ámbito judaico, próximo al reformismo. Asentada entre los ríos Pisuegra y Esgueva, la Valladolid del segundo tercio del siglo *xvi* era una villa de 28.000 habitantes. A lo largo de la novela se mencionan numerosos enclaves de Valladolid. Con el Duero, Pisuegra y Esgueva facilitaban una suerte de muralla natural a los periódicos asedios de la peste. La geografía de *El hereje* transcurre esencialmente por la provincia de Valladolid. La villa, de pequeñas dimensiones, componía un rectángulo con varias puertas de acceso. La vista se recreaba ante monumentos como San Gregorio, la Antigua y Santa Cruz o los recios conventos de San Pablo y San Benito. Minervina Capa, natural de Santovenia, de quince años de edad, madre frustrada, empezó a formar parte de la servidumbre de la familia Salcedo en la Corredera de San Pablo. Es significativo que en 1517, año del nacimiento de Cipriano, no solo se inicie la Reforma de Lutero, sino el reinado de «un extranjero» erasmista, Carlos I, en Castilla⁵.

La inquietud creciente de la villa, la hostilidad popular hacia los flamencos, la falta de entendimiento con el Rey, eran realidades manifiestas. Los comuneros y el Rey se habían enfrentado en Villalar y aquellos habían sido derrotados. Una gran carnicería: más de mil muertos. La vida de la ciudad se sumió en la tristeza. La relación en-

tre Minervina y Cipriano atraviesa toda la novela. Comienzan los problemas de conciencia en Cipriano, que serán clave para su desarrollo en la novela, su desafección de las prácticas católicas y, al cabo, su adscripción al grupo reformista de Valladolid. La Corte, provisionalmente instalada en la villa, hacía sentirse protegidos a los erasmistas. Cipriano, con una instintiva simpatía hacia Erasmo, intervino activamente en su defensa. La peste había llegado de nuevo. El zamarro de Cipriano va a ser la prenda que le va a proporcionar el reconocimiento comercial y que va a mostrar su capacidad emprendedora. Cumplida la mayoría de edad, Cipriano se doctoró en Leyes. Agustín Cazalla era vallisoletano y su regreso a la villa provocó un verdadero tumulto. El erasmismo se desarraigaba en Castilla y, en consecuencia, era una causa perdida.

Valladolid no solo rebosaba de artesanos competentes y nobles de primera fila, sino que las Cortes y la vida política no daban ninguna impresión de provisionalidad. Una vez llegado el medio siglo, el progreso de la ciudad se manifestaba en todos los órdenes. Valladolid crecía, su caserío desbordaba los antiguos límites y la población aumentaba a un ritmo regular. Pero, doblado el medio siglo, la construcción, activa ya desde 1540, se aceleró. Aquel conventículo clandestino era una reunión de hermanos alentada por la fe y el temor, como las de los primitivos cristianos en las catacumbas. El aspecto de la secta que más le atrae es el de la fraternidad. El Doctor nombró a Salcedo su hombre de confianza. El campo estaba en situación crítica y los que vivían de él abocados a la miseria. El Doctor se sentía débil y medroso, y la colaboración de Cipriano le resultaba indispensable. Muerto Lutero, desconectados del núcleo sevillano, el Doctor no veía futuro para la causa. En Valladolid había habido una gran redada de presos, habían empezado los procesos y el Doctor era el centro de ellos. El pueblo enardecido exigía el auto de fe. La cárcel secreta de Pedro Barrueco se quedó pequeña para la afluencia de luteranos en la primavera de 1558. Uno de los puntos clave de la novela es la defensa de la libertad de conciencia. Cipriano Salcedo no durmió en su

5 *El hereje*. Ibid.

última noche carcelaria. El cautiverio de los más de sesenta reclusos de la cárcel secreta de Pedro Berrueco, acusados de pertenecer al foco luterano de Valladolid, concluyó definitivamente en la madrugada del 21 de mayo de 1559, más o menos un año después de haber comenzado. Muchos reos pagarían con la muerte en garrote o en la hoguera en función de su desviación religiosa o su pertinacia. Sin duda era Minervina la única persona que le quiso en vida, la única que él había querido.

Historia, Teología y Derecho son los tres ámbitos de conocimiento que Delibes debía armar como armazón sobre el que edificar la novela. Los aspectos de mayor trascendencia –históricos, teológicos, procesales– se alternan con los que describen el contexto social, científico, urbano y económico. Pero será especialmente el libro de Bartolomé Bennassar *Valladolid en el Siglo de Oro* (Ed. Ámbito, 1989) el que constituirá una referencia incontestable en la bibliografía manejada para conocer el Valladolid de la época. La carga histórica de la novela se apoya en el trabajo previo de un selecto grupo de historiadores que habían trabajado con rigor esa época y los acontecimientos nucleares de *El hereje*, los autos de fe de 1559. En *El hereje* asoma el humanista cristiano que siempre fue Miguel Delibes⁶.

Toda la novela o casi se desarrolla en Castilla, en Valladolid esencialmente, y en los pueblos vecinos de los valles del Duero y del Pisuerga o del Páramo. El novelista tampoco prescinde de evocar alguna epidemia de peste, con la huida al campo de la gente acomodada⁷.

De *El hereje* dijo Delibes que era su novela más larga y ambiciosa, la más trabajada, la más rica en incidencias y personajes. Historia y fic-

ción, hábilmente fundidas, se dan la mano en la novela. En *El hereje* los personajes históricos conviven de manera natural con los creados por el novelista. El preludeo es el único momento en que se quiebra el hilo cronológico del relato. El tiempo del relato coincide con el reinado de Carlos V hasta su retiro en Yuste en 1556 y con los primeros años del reinado de Felipe II. También, con el momento en que la Inquisición se empleó más a fondo con cuanto sonase a herejía. Los grandes temas de la narrativa delibeana –infancia, naturaleza, muerte, sociedad– están presentes en su última novela. Pero es la muerte el tema que más se reitera en la novela. A Delibes le interesó siempre el protestantismo. Pero, sobre todo, la última novela de Delibes, en la que también hay momentos para el humor, vuelve a ser una historia triste, pesimista, la historia de un perdedor. La crítica coincidió en considerar la historia de Cipriano Salcedo como una gran novela de un gran narrador⁸.

Los autos de fe de Valladolid y Sevilla cerraron definitivamente el proceso de renovación y apertura religiosa e intelectual que primero Cisneros y después el influyente grupo de erasmistas que intrigaba en la Corte de Carlos V habían abierto⁹.

En 1559, cuando se celebra el auto de fe del doctor Cazalla, la corte residía en Valladolid y la princesa Juana de Portugal era la regente del reino desde 1554. Pero también antes, y sobre todo a lo largo de la primera mitad del siglo, los reyes habitaban en Valladolid con más asiduidad que en otras capitales españolas¹⁰.

El momento en que Delibes sitúa la acción de *El hereje* es, en opinión de todos los especialistas, uno de los más creativos y ricos de la

6 LEÓN, Alfonso: «Tres carpetas para dar vida a un 'heterodoxo'. Documentación para una novela no histórica». En Miguel Delibes. *El hereje. El viaje de los libros prohibidos*. Valladolid: Fundación Miguel Delibes, 2014.

7 BENNASSAR, Bartolomé: «A propósito de *El hereje*, de Miguel Delibes». Ibid.

8 MEDINA BOCOS, Amparo: «Miguel Delibes o el arte de contar historias. Notas sobre *El hereje*». Ibid.

9 ALONSO BURGOS, Jesús: «Sobre clérigos y letrados, teología y libros». Ibid.

10 ARIAS MARTÍNEZ, Manuel: «Una aproximación al panorama artístico de Valladolid a mediados del siglo XVI». Ibid.

historia de la música en España. También en otros países de Europa con los que la trama está en cierto modo ligada¹¹.

En un momento crucial de la historia europea coinciden en el tiempo la eclosión de un movimiento de reforma en el seno de la Iglesia Católica y la aparición de un nuevo invento, el de la imprenta, que va a suponer una auténtica revolución en aquella sociedad que inicia el camino de la Modernidad¹².

Se trata de la novela más extensa del autor y, sobre todo, está ambientada en el siglo XVI, cuando toda la producción delibea se había centrado en el siglo XX. La construcción de la novela fue lenta. La ciudad no había sido evocada de forma expresa hasta *El hereje*, en que el espacio urbano es en buena medida coprotagonista de las aventuras del personaje. Después de la publicación de *El hereje*, el Ayuntamiento de Valladolid decidió señalar el barrio judío, así como el último itinerario que sigue Cipriano Salcedo desde la cárcel de la Inquisición hasta el lugar donde se llevó a cabo el auto de fe y la muerte del mismo en la hoguera. El autor describe también con detalle el ambiente de Valladolid, la forma de vida de sus gentes, sus usos y costumbres, sus calles, plazas, iglesias y mercados, el floreciente comercio de lanas, fuente principal de riqueza de Castilla en la época. Un momento floreciente y rico de la vida de Castilla, cuando Valladolid se preparaba para ser corte de España. La segunda parte es la descripción de cómo Cipriano entra en contacto con los círculos luteranos. El tercer libro, titulado «El auto de fe» –proceso inquisitorial y condena a la hoguera–, sigue también muy de cerca los hechos históricos que tuvieron lugar en Valladolid a través de diversas fuentes documentales. Los acontecimientos se precipitan con la muerte de Carlos V en Yuste y la llegada al trono de su hijo Felipe II. Se endurecen la vigilancia y las leyes

de los tribunales inquisitoriales. Es, sin duda, la parte más emotiva y sobrecogedora de la novela. *El hereje* es una novela tradicional en la que, siguiendo en buena medida el modelo de los *Episodios Nacionales* galdosianos, conviven de forma natural personajes históricos y personajes de ficción. Delibes hace coincidir la muerte del padre de Cipriano con la epidemia de peste que asoló la ciudad en 1527. Fue el propio novelista quien, en conversación con Santos Sanz Villanueva, afirmó que, de haber vivido en la época de Salcedo, hubiera sido erasmista pero ignoraba hasta dónde hubiera llegado, porque no tenía madera de héroe. Cipriano Salcedo es, como muchos otros personajes, un perdedor. Y desde el punto de vista moral es el personaje más auténtico de la novela, fiel a sus ideas hasta la muerte¹³.

2. Inquisición e imprenta

Junto con la vecina Medina del Campo, Salamanca constituyó el foco del comercio del libro español durante la época en la que se arrestaba a los oficiales de imprenta extranjeros. Fue por aquel entonces cuando se produjo el traslado del centro de gravedad de la producción del libro impreso español, de Sevilla al norte de Castilla. España no se encontraba aislada de las nuevas corrientes intelectuales europeas, a pesar de los esfuerzos del Santo Oficio por controlar la circulación y lectura de la palabra impresa. La influencia de la Inquisición española había declinado en los años inmediatamente anteriores a 1520. Lutero resultó ser su salvador, ya que la oposición de aquella a la difusión de las ideas reformistas condujo a la recuperación de su prestigio y, finalmente, a su transformación en una institución política fundamental del Estado. El Santo Oficio logró asociar en la mente popular la llamada «cesta luterana» con las dos creencias que, junto con el cristianismo, habían constituido la herencia religiosa de España: el judaísmo y el islamismo. Estas dos últimas eran

11 DÍAZ, Joaquín: «La música en tiempo de *El hereje*». Ibid.

12 SÁNCHEZ DEL BARRIO, Antonio: «Libros y grabados para un viaje imaginario a *El hereje*». Ibid.

13 SOTELO VÁZQUEZ, Marisa: *El hereje. Testamento literario e ideológico de Miguel Delibes*. Conferencias plenarias, PDF.

en general aborrecidas por los españoles. Las décadas de 1520 y 1530 habían visto dos tendencias diferentes de pensamiento reformista en España. Por un lado, un humanismo erasmista cuyos adeptos en ocasiones compartían poco más que un deseo de reforma. Por otro, estaba el iluminismo de los «alumbrados», que postulaba la vida espiritual interior en lugar del ritual exterior de la Iglesia Católica. Ambos movimientos habían atraído la atención de la Inquisición. Impresores y libreros suscitaban sospechas por parte de las autoridades en toda Europa. Se fue creando un sentimiento de xenofobia popular y de cruzada antiprotestante¹⁴.

En 1557 y 1558, se descubrieron focos reformistas españoles en dos ciudades importantes, Sevilla y Valladolid, así como en poblaciones cercanas. Con ocasión del arresto de unos miembros de la cúpula de Valladolid, los propios agentes de la Inquisición tuvieron que protegerlos de la multitud enardecida. El Inquisidor General nombró en puestos clave a partidarios de la línea dura y coordinó contra los herejes luteranos una despiadada campaña represiva, que culminó en los famosos autos de fe de Sevilla y Valladolid de 1559 – 1562. Estos autos se convirtieron en dramáticos espectáculos públicos promovidos para subrayar la presencia y el poder del Santo Oficio en España, y suscitar en las masas pánico hacia la herejía. Felipe II estuvo presente en el gran auto de fe vallisoletano celebrado en octubre de 1559. Las masivas ejecuciones en la hoguera llevadas a cabo en Sevilla y Valladolid revelan la magnitud del impacto que el descubrimiento de los focos reformistas en esas ciudades tuvo sobre la percepción de la amenaza que el protestantismo significaba para España. Valdés realzó aún más la posición de la Inquisición española haciendo detener en 1559 a una de las figuras más importantes del país, Bartolomé de Carranza. Valdés acusó a Carranza de herejía y se aseguró de que el arzobispo quedara contaminado de culpa por su vincula-

ción con los integrantes del foco reformista en Valladolid. Castilla fue durante el siglo XVI un importante centro de la imprenta española.

Las cárceles del Santo Oficio formaban parte de un sistema concebido para quebrar la resistencia de los prisioneros mediante el encierro solitario, la desorientación y los interrogatorios. En los procesos inquisitoriales el sospechoso era culpable de antemano, y el proceso tenía por objeto conseguir la confesión de sus pecados. Se consideraba que una confesión plena de culpabilidad era la prueba legal definitiva y todo el proceso conducía a ese fin. El tribunal retenía para un gran auto a aquellos herejes que serían condenados a muerte. Madrid fue capital desde el año 1561. Los prisioneros que iban a ser ejecutados sufrían la excomunión, perdían las posesiones adquiridas desde que adoptaron sus opiniones heréticas y eran entregados al brazo seglar, o sea a las autoridades civiles, para ser quemados. A los acusados se les humillaba públicamente. De ese modo, con los culpables como ejemplo, se adoctrinaba al público. Pero el auto de fe, con sus terribles sentencias, ofrecía una lección más gráfica.

3. El hereje y el cine

La impresionante escena del auto de fe de *La peste* parece provenir de la novela *El hereje* de Miguel Delibes o al menos cuenta con ella como magnífico e inspirador precedente (siendo la del texto más exacta en sus detalles históricos que la de la serie). Aunque agotado, destruido en su dignidad y físico, Cipriano se mantiene firme, y por ello experimenta la paz del mártir. *El hereje* (de la que se habló de adaptación fílmica a cargo de José Luis Cuerda en 2001) nos sumerge en la Castilla del siglo XVI a través de episodios llevados con gran sobriedad estilística y maestría de novelista experto: el circuito comercial de los tejidos, el mundo

14 GRIFFIN, Clive: *Oficiales de imprenta, herejía e Inquisición en la España del siglo XVI*. Madrid: Ollero y Ramos, 2009.

rural del Páramo, las calles del viejo Valladolid, la circulación de ideas, la vida doméstica, etc.¹⁵

La isla mínima cautiva al público y a la crítica. *La isla mínima* es una de las mejores películas del cine español y determina la madurez narrativa de Alberto Rodríguez como cineasta. Alberto Rodríguez Librero nace el 11 de mayo de 1971 en Sevilla. Las películas de Alberto Rodríguez, rodadas mayoritariamente en Sevilla, ofrecen un contexto social y temático de lo urbano, además de una geografía diferente dentro del cine español. Un amigo le presentó a Rafael Cobos (Falete). Hablaron de cine y de literatura, y conectaron. Rafael Cobos será su guionista habitual a partir de *7 vírgenes*. Rafael se implica mucho e incluso acompaña a Alberto Rodríguez en los ensayos y castings iniciales. Los diálogos de Rafael Cobos están muy bien escritos y son muy fáciles de decir para los actores. Después de *After*, Alberto Rodríguez hizo una incursión televisiva en la serie *Hispania, la leyenda*. Una serie donde tiene ocasión de abordar un nuevo género, el épico histórico y de aventuras. La serie tuvo un gran éxito tanto de público como de crítica. El interés de Alberto Rodríguez por la Historia se hace evidente en su cine. *La isla mínima* es el segundo thriller de Alberto Rodríguez tras *Grupo 7*, pero es su primera película rural. En su cine, las relaciones humanas solo parecen llevar hacia el desencanto y la desconfianza. Como suele ser habitual en el cine de Alberto Rodríguez, las canciones tienen una especial importancia. *La isla mínima* es, sin duda, la película que marca un antes y un después en la filmografía de Alberto Rodríguez¹⁶.

Alberto Rodríguez ha trabajado a lo largo de su carrera como cineasta con dos guionistas principales, primero con Santi Amodeo y actualmente con Rafael Cobos (Falete). El peso de la escritura generalmente lo lleva Falete. Los guio-

nes tienen que estar literariamente bien resueltos y tienen que ser entretenidos. La realidad es insuperable, es una mala película, de terror, además. Las localizaciones son muy importantes para una película y para su aspecto visual. *La peste* es la primera serie de televisión surgida de la imaginación de Alberto Rodríguez junto al guionista Rafael Cobos. *La peste* es una miniserie original surgida de la mente de Alberto y Rafael, muy ambiciosa, que relata una historia de crímenes y misterios en la Sevilla del siglo XVI. En el verano de 2014, Alberto Rodríguez estaba leyendo *El hereje* (1998), la novela de Miguel Delibes. Alberto arrancó el proyecto de *La peste*, pero no escribió el guion. Participó en la fase de creación del argumento, pero luego no escribió el guion de la serie. La escritura del guion de *La peste* contó con distintos colaboradores como Pedro Álvarez, Fernando León Rodríguez, Javier Vergel, Paco Campana y uno de ellos Fran Araújo, que fue el que escribió el guion con Falete, un equipo grande de gente, primero para crear un tanque de ideas, y después fue Falete el que le dio el guion. Alberto se volvió a incorporar en la Navidad de 2015, donde tuvo unos días para supervisar el argumento de *La peste*. Comenzó en Sevilla el rodaje de *La peste*. De los episodios que integran *La peste*, los tres primeros, titulados *La palabra*, *El pacto* y *El impresor*, además del último, *El nuevo mundo*, fueron dirigidos por Alberto Rodríguez. Ha sido una serie de mucho trabajo. *La peste* puede definirse como un thriller criminal o de suspense ambientado en la Sevilla renacentista.

Algunas de las referencias más notables de *La peste* son sin duda las referencias pictóricas. Hay muchísimas referencias pictóricas. Otro de los referentes visuales de la serie fueron las películas que integran la trilogía de la vida de Pier Paolo Pasolini. Pasolini y Caravaggio fueron dos modelos creativos a seguir, así como la pintura del claroscuro. Recrear la Sevilla del siglo XVI fue en la serie un auténtico reto. La serie tenía una gran integración de imágenes reales con digitales. La ciudad, a partir de un momento determinado, se sumerge en un declive porque deja de

15 «El hereje» de Miguel Delibes. Oro de Indias. Bitácora de notas sueltas de Fernando Rodríguez Mansilla, 18 junio 2018.

16 LAMARCA, Manuel: *El cine de Alberto Rodríguez. Conversaciones*. Barcelona: Carena, 2020.

tener importancia el puerto y porque la peste diezma a una parte importante de la población.

El rodaje de una segunda temporada se inició en Sevilla en octubre de 2018 y se estrenó en el canal televisivo en el último trimestre de 2019. De los seis episodios realizados, Alberto Rodríguez dirigió dos de ellos. Asumió la dirección de los dos primeros capítulos, que contaron con la supervisión de Rafael Cobos. *La peste* (2018-2019), miniserie de televisión de dos temporadas, contó con seis episodios cada temporada, de 50 minutos. Es un drama histórico criminal. La acción se desarrolla en la Sevilla del siglo XVI, durante una terrible epidemia de peste. Fue dirigida por Alberto Rodríguez y Paco R. Baños. El guion fue obra de Alberto Rodríguez, Rafael Cobos y Fran Araújo. La segunda temporada de *La peste* se estrenó en el último trimestre de 2019. Alberto Rodríguez dirigió dos de los episodios realizados. Los cuatro restantes fueron dirigidos por David Ulloa.

4. La tentativa de José Luis Cuerda

El cine de Cuerda es una visión tremendamente pesimista de la realidad, de ricos y pobres. En tres de sus películas, *Mala racha*, *La viuda del capitán Estrada* y *La marrana*, el arte es el motor del comportamiento de algunos de sus personajes. Todo ello puede a veces estar tamizado por el humor. La religión católica, sus dogmas y su liturgia son habituales dianas de los dardos del director. Las películas de Cuerda se sitúan en tiempos distintos. Pasamos por 1492, en los días previos al descubrimiento de América, época en la que viven Bartolomé y Ruy, los pícaros de *La marrana*. Saltamos a los primeros años de la República en *El bosque animado*, al invierno y primavera del Frente Popular en *La lengua de las mariposas* y los años de posguerra en *La viuda del capitán Estrada*. *El bosque animado* y *La lengua de las mariposas* se ambientan en un bosque y un pueblo de Galicia, y *La marrana* en los campos y caminos de Extremadura y la provincia de Huelva. Las películas urbanas tienen protagonistas de muy distintas extracciones sociales y profesiones. La mentira

es un tema omnipresente en la obra de Cuerda. A veces, la mentira se convierte en traición, como en el terrible final de *La lengua de las mariposas*. Bartolomé y Ruy roban y engañan por hambre. *Pares y nones* es una película sobre las relaciones de pareja. En medio de una comedia realista hace su aparición el humor disparatado que con tanta originalidad maneja Cuerda. Los personajes de *Total* se miran en el espejo de los de Berlanga, en los tipos reales que constituyen la estructura social de un pueblo de la España del subdesarrollo en los que se inspiró Berlanga para sus ficciones¹⁷.

En 1985, Ducay encarga a José Luis Cuerda una adaptación de la novela de Wenceslao Fernández – Flórez *El bosque animado*. Llamó a José Luis Cuerda y le dio el guion de Azcona. Cuerda se encontró con esta película al guionista Rafael Azcona, a quien luego contrataría para escribir *La lengua de las mariposas*. El trabajo de adaptación de Azcona es muy libre, muy creativo. No menos importante para el autor fue el hecho de rodar parte de la película en Galicia, adonde volvería después para rodar *La lengua de las mariposas*, tal vez, con esta, su mejor película. *El bosque animado* sigue siendo un relato fantástico, cuya acción transcurre en un bosque de los alrededores de Cecebre en una época pasada no muy determinada –el guion la sitúa hacia 1930–, en el seno de una sociedad rural, atrasada y caciquil, marcada por la miseria, el hambre y las diferencias de clase. El tratamiento es más realista que en la novela y hay más lógica en la concatenación de acontecimientos. Pero se conservan elementos característicos del cuento fantástico, de las leyendas locales. Recorre la médula de esta película un aliento poético evidente, que solo en *La lengua de las mariposas* tendrá el mismo protagonismo. Cuerda siempre ha reconocido lo mucho que aprendió al trabajar con Azcona.

Unos meses después del estreno de *El bosque animado*, que fue un gran éxito de públi-

17 MÉNDEZ-LEITE, Fernando: *El cine de José Luis Cuerda*. Málaga: Festival de Málaga, 2002.

co, comienza el rodaje de *Amanece que no es poco*. Los hechos fabulosos que vemos tienen unas referencias naturalistas y aluden a una realidad existente en un país concreto, España, de la que se conservan rasgos y estructuras sociales de un pasado de subdesarrollo, sugiriendo que esa España perdura más allá del tiempo y del espacio. Cuerda está hablando del franquismo y sus reminiscencias, de una sociedad marcada por el confesionalismo y la militarización de la vida cotidiana y sorprendida por la modernidad, la democracia, la influencia de otras culturas. Si al pueblo han llegado los americanos y los exiliados sudamericanos de la política, también los rusos.

Cuerda desarrollará la idea de los invasores en la escuela en un tono bien distinto, pero igualmente indignado, en *La lengua de las mariposas*, aprovechando el magnífico texto del relato de Manuel Rivas. A la España de Franco se refiere la película sin aludirla explícitamente. Dos años después de *Amanece, que no es poco*, José Luis Cuerda vuelve a entrar en contacto con el productor Eduardo Ducay, con quien había hecho *El bosque animado*, que había constituido su mayor éxito de crítica y taquilla hasta el momento. Ducay pone ahora en sus manos una novela excelente, pero no muy leída, de Pedro García Montalvo, *Una historia madrileña*, escrita en 1988, cuya acción transcurre en el Madrid de la posguerra, pero ya entrada la década de los 50. La óptica era nueva y el Madrid de la época había sido poco visto en películas españolas desde una perspectiva crítica.

La marrana se mueve dentro de unas líneas argumentales y de estilo bien definidas y que se encajan perfectamente tanto en la obra precedente del autor, como en la tradición literaria y cinematográfica en la que se inspira. Estamos cerca de *El Lazarillo de Tormes*, de Quevedo, de *La Celestina*, de Valle-Inclán, pero también de Buñuel y Berlanga. La supervivencia se antepone a cualquier otra consideración. Pero el hecho de que *La marrana* sea una película muy dura y poco conmovedora con lo que cuenta, no puede ocultar la apariencia con que se cu-

bre: una comedia de risa con dos cómicos muy buenos, Landa y Resines. Su humor es inteligente, reflexivo, imaginativo, muy verbal, como es habitual en el cine del director. Y está muy cimentado en cientos de escritos de la época que Cuerda ha expurgado con paciencia y selectividad, bebiendo al mismo tiempo de la literatura picaresca española. *La marrana* es una historia escrita con los materiales de las vísperas de la gran picaresca española. Se ha cuidado el factor histórico, se han evidenciado las preocupaciones de la época. *La marrana* trata de muchas más cosas, como las creencias religiosas y el dogma, las supersticiones y la represión de las mismas, las diferencias sociales y de clase, etc. Más que en ninguna otra de las películas de Cuerda, la naturaleza ocupa un lugar sustancial en la narración.

El aprendizaje en la nueva picaresca que marcan los tiempos acerca *Tocando fondo* a *La marrana*. Araceli es el personaje más interesante de la película que Iciar Bollain interpretó con tanto sentido del humor como perfección técnica. *Tocando fondo* pasa de ser una comedia con tendencia a la locura a convertirse en una comedia patética y sentimental de perdedores.

Así en el cielo como en la tierra, rodada en el invierno de 1994-95, es la tercera entrega de la trilogía «subruralista» y guarda con las dos anteriores una unidad sin fisuras de contenido y estilo. Como en *Total* y *Amanece que no es poco*, la acción transcurre en un pueblo fuera del tiempo en el que ocurren prodigios. Las señas de identidad del cine de Berlanga andaban ya dispersas en otras películas de Cuerda, desde *Total* y *El bosque animado* a *Amanece que no es poco* y *Tocando fondo*. Pero las referencias que encontramos en *Así en el cielo como en la tierra* son mucho más directas.

Después de haber producido *Tesis* y *Abre los ojos*, las dos primeras películas de Alejandro Amenábar, José Luis Cuerda emprende el rodaje de tres relatos de Manuel Rivas, recogidos en el libro *Qué me quieres, amor*, cuyo guion había encargado previamente a su amigo Rafael Azcona, con quien guardaba una muy buena re-

lación desde la feliz experiencia de *El bosque animado* doce años antes. Azcona le devolvió su confianza con un guion modélico. La película se rodó en Allariz, en la provincia de Orense, y en Pontevedra. Estamos en el momento de las elecciones que gana el Frente Popular. En el pueblo hay un ambiente muy politizado. Faltan solo tres semanas para que estalle la guerra. La tragedia, de una manera u otra, va a afectar a todos los personajes principales de la película.

La marrana fue dirigida por José Luis Cuerda y trata el tema de la Inquisición, entre otros. Trabajan como actores Antonio Resines, Alfredo Landa o Manuel Alexandre. La acción se inicia al comienzo de 1492. Aparecen una bruja a la que conducen a la hoguera y tres sodomitas colgados de los pies. La Santa Hermandad custodiaba los caminos en busca de malhechores y los judíos acababan de ser expulsados. José Luis Cuerda (Albacete, 1947) realizó *Los girasoles ciegos* (2008), *La lengua de las mariposas* (1999), *La marrana* (1992), *Amanece que no es poco* (1989), *El bosque animado* (1987)... El guion de *La marrana* fue obra de Cuerda.

Los girasoles ciegos fue también dirigida por José Luis Cuerda. El guion es de Azcona y Cuerda, basado en la novela de Alberto Méndez. La película comienza en Ourense, en la primavera de 1940. En un colegio religioso, los niños cantan el Cara al sol y hacen el saludo romano. En el aula están presentes sendos retratos de Franco y José Antonio. Trabaja como actor José Antonio Quintana, muy mayor y delgado. Salen la catedral por fuera, la plaza mayor y el colegio Sagrada Familia. Se ve el cine dentro del cine: los niños escuchan una película y la entrevén a través de una ventana abierta. La película es de 2008. Cuerda es en ella director, guionista y productor. Se rodó en Madrid, en octubre de 1997. Pero la acción se desarrolla en Ourense y en las termas.

Cuerda nació el 18 de febrero de 1947 en Albacete. De joven le gustaban los cineastas tipo Antonioni, el Bergman más metafísico. Pero, al conocer a José María Carreño y a Fernando Méndez-Leite, empezó a ir a cineclubs. Allí em-

pezó a valorar a Hitchcock, a Hawks, a Renoir, a Rossellini... Por medio de José María Carreño conoció a Manolo Matji, Antonio Drove, Jaime Chávarri, Emilio Martínez-Lázaro... A finales de los años sesenta se hizo del Partido Comunista. Cuerda no cree en historias de amor con final feliz, pero trataba de aplicarle su sentido del humor a lo que escribía. El humor que siempre le había gustado en cine tenía que ver con Billy Wilder o Berlanga. Conocía un poco de la obra de Wenceslao Fernández Flórez de cuando era crío. *El bosque animado* es un conjunto de relatos o estancias. Sin un buen guion es imposible hacer una buena película, y el de Azcona era ejemplar. Sus películas favoritas eran *Plácido* y *El apartamento*. Y también *La tía Tula* le gustaba muchísimo. Cuerda siempre fue devoto de Berlanga. Pero creía también que Borau ha sido uno de los mejores directores de cine que ha habido en España¹⁸.

Cuerda siempre sintió admiración por la inteligencia del pícaro que es capaz de las mayores villanías para asegurarse el sustento, la supervivencia. Estudió concienzudamente las circunstancias políticas, económicas, sociales, religiosas y artísticas que posibilitaron, antecedieron y rodearon el Descubrimiento. *La marrana* era una historia escrita con los materiales de las vísperas de la gran picaresca española. Se cuidó el factor histórico, se evidenciaron las preocupaciones de la época. En todas sus películas los protagonistas pierden. Hizo también una adaptación de *El hereje*, de Miguel Delibes, de cuatro horas de duración, que siempre Cuerda presentó como dos películas de dos horas, tipo Novecento, o cuatro episodios de una hora para televisión. Pero dijeron que era un proyecto muy caro. Delibes se quedó muy jodido con aquella historia. Decía que le gustaba tanto el guion, que cuando lo leía canturreaba.

La materia prima de *La lengua de las mariposas* procede de *¿Qué me quieres, amor?*, el libro de Manuel Rivas de cuyos relatos «La

18 CUERDA, José Luis: *Memorias fritas*. Logroño: Pepitas de Calabaza, 2019.

lengua de las mariposas», «Un saxo en la niebla» y «Carmina» extrajo Rafael Azcona para el guion personajes y situaciones que se traban en una única historia. *Los girasoles ciegos* se basa, pero no abarca ni retrata, en *Los girasoles ciegos* libro. El casco antiguo de las ciudades gallegas sigue siendo una joya. Cuerda escribió con Rafael Azcona en *La lengua de los girasoles* y en *Los girasoles ciegos*, dos títulos cuyos personajes de «el maestro» están en las antípodas el uno del otro. En literatura, los tres escritores que más afectaron a Cuerda fueron Josep Pla, Pío Baroja y Álvaro Cunqueiro. El más discreto y conciso es Pla. Pío Baroja es un narrador puro, un descendiente claro de Stevenson y Dickens. Cunqueiro fue un hombre siempre abierto a lo fantástico, pero a un tipo de fantasía de tamaño humano. Manuel Rivas participa de esos excursos fantásticos con los que los gallegos toman distancia de su tierra. Pero lo más propio de la literatura de Rivas es la elección de tipos y situaciones frágiles, a lo Chéjov. Cuerda estaba satisfecho de todas sus películas y plenamente satisfecho de ninguna. Cuerda dirigió comedias, pero también tragedias o dramas.

El realizador asegura que tenía terminado el guion de *El hereje*, localizados exteriores y decidido el reparto, con Eduard Fernández como protagonista de la película. Aunque el realizador José Luis Cuerda (Albacete, 1947) tenía prácticamente finalizado el proyecto para llevar a la gran pantalla *El hereje*, las dificultades económicas impidieron convertir en realidad su propósito. El guion estaba concluido, así como la selección de los protagonistas, pero ningún productor mostró interés por seguir adelante con la idea¹⁹.

El cineasta José Luis Cuerda, director general de Producciones del Escorpión, confirmó que «el guion y el presupuesto» de la adaptación al cine de *El hereje* «están hechos». Cuerda explicó que quedaba por concretar parte de la financiación para llevar a cabo este proyecto,

19 José Luis Cuerda no encuentra dinero para rodar *El hereje*, de Delibes. ABC Play. Actualizado: 17/12/2002.

así como decidir quiénes serían los actores que encarnarían a los personajes de la novela de Miguel Delibes. Cuerda llevaba dos años en este proyecto, que pensaba rodar «en algún sitio de Valladolid, pero no en la capital». Cuerda adelantó que este filme incorporaría «una conciencia escrupulosa en términos religiosos que lleva a situaciones cómicas increíbles»²⁰.

La marrana (1992) fue dirigida por José Luis Cuerda, autor también del guion. *La lengua de las mariposas* (1999), dirigida por José Luis Cuerda, se basó en guion de Rafael Azcona sobre tres relatos de *¿Qué me quieres amor?*, de Manuel Rivas. Un presupuesto demasiado elevado dio al traste con la versión de cuatro horas –un díptico en formato largometraje o una serie televisiva en cuatro episodios– de la novela de Miguel Delibes *El hereje*, en cuya adaptación trabajó codo a codo con el escritor vallisoletano²¹.

20 Cuerda: «El guion y el presupuesto de *El Hereje* están hechos». *Diario de León*. EFE, Santander, 15 agosto 2002. Consulta: 24.02.2023.

21 Tele-vídeo-filmografía de José Luis Cuerda. En CUERDA, José Luis: *Panfletos contra la emoción y el audiovisual*. Logroño: Pepitas de Calabaza, 2021.

TIEMPO DE «PEGAS». UNA TRADICIÓN DE INVIERNO PERDIDA QUE LLEGABA A SU CULMEN EN CARNAVAL

Francisco Javier de la Cruz Macho

Estamos en tiempo de «Pegas» aunque, seguramente, no lo sepa porque es una tradición perdida. Las «pegas» son bromas. La RAE mantiene esa acepción y considera que, coloquialmente hablando, una «pega» es una burla, un chasco. Quizás nos resulte más familiar la expresión «esto es de pega», para referirnos a algo falso que trata de engañarnos, o la frase: «pegársela a alguien», con el sentido de engañar. La gran diferencia con su uso actual es que las «pegas» tenían como objetivo el humor, la risa, claro que a costa del otro.

El Invierno tiempo de «PEGAS»

Hoy en día solo conservamos las «pegas» en el llamado «día de los Inocentes», el 28 de diciembre. No existe relación entre la celebración religiosa de ese día (la matanza de niños decretada por Herodes), y la realización de bromas. Esto se debe a que el origen de las «pegas» es anterior al mundo cristiano e incluso al mundo romano.

Desde el periodo celta (aunque su origen puede proceder incluso de las primeras sociedades agrícolas neolíticas), existían múltiples celebraciones invernales. Se iniciaban con el solsticio de invierno, en la noche más larga del año. El invierno es un tiempo contradictorio. Los días empiezan a crecer, pero, a la vez, viene el periodo del frío. Se mezcla así el temor a la climatología y la esperanza en un tiempo con más luz. Y ese «caos» se celebraba con rituales «subversivos», surgiendo multitud de festividades invernales.

Según Caro Baroja, muchas de esas celebraciones desaparecieron al ser adsorbidas e

integradas por el Carnaval, en un intento de la Iglesia de poner orden en el desorden:

El gran hecho histórico y social que supone la ordenación del Carnaval es el de que todos los viejos rituales paganos quedaron, si no adscritos a él de modo fijo, sí en un período determinado y ajustados al santoral de un modo general, homogéneo para todo el Occidente cristiano al menos¹.

El Carnaval es, por lo tanto, un invento cristiano, en el sentido de un periodo fijo de celebración vinculado al hecho cristiano de la Cuaresma.

De aquellas primigenias fiestas invernales nos queda el Carnaval, como espacio reglado. También muchas «Mascaradas», «Antruejos» (con sus diferentes variaciones fonéticas) y otras fiestas del noroeste español y Extremadura que «escaparon» a ese intento integrador del Carnaval. Estas celebraciones tenían muchas características comunes: máscaras, (cubrirse el rostro para ocultar la identidad o representar a otro ser), bailes, cuestaciones, comidas, etc.... Otro aspecto en común eran las «pegas», que también se documentan en Portugal² y que aparecen asociadas a estas celebraciones invernales con un origen que, cuando menos, se remonta al mundo romano:

Julio Caro Baroja va a atribuir las bromas del día de los Inocentes y las liberta-

1 Caro Baroja, J.; «El Carnaval». Madrid. 2006, Alianza Editorial, pág. 161.

2 *El Adelanto*, 18-2-1908. En este caso concreto hacen referencia a la ciudad de Oporto.

des de diciembre a las Saturnales, pero las comparsas que recogen limosnas para las Ánimas en esos días las atribuye a las kalendas, por lo que concluye que «fiestas del tipo de las "Saturnalia" se han mezclado con fiestas del tipo de las "kalendae", de comparsas de hombres disfrazados que hacen determinadas funciones». (...) Para Francisco Manuel Alves derivarían nuestras fiestas de invierno de una conjunción entre las fiestas Saturnales, de grandes bromas y alegría e igualdad entre amos y esclavos, y las Juvenales, «celebrada por la gente joven el 24 de diciembre con opulenta francachela y comilona». Estas fiestas se mantendrían en época medieval con el nombre de «Fiestas de los locos», también llamadas «Fiestas de las Kalendas», por celebrarse la principal el 1 de enero, o «Fiestas de los Subdiáconos», por ser éstos, junto con diáconos y sacerdotes, los principales protagonistas»³.

Las «Pegas» eran variadas en sus formas y expresiones, en este artículo hacemos un repaso centrándonos en la ciudad de Palencia, completándolas, en su desarrollo concreto, con las de otras localidades donde se han podido documentar.

Las «Pegas» en Palencia

En Palencia el tiempo de «pegas» comenzaba con las Navidades y se prolongaban hasta Carnaval, cuando tenía su momento álgido. A juzgar por las escasas fuentes encontradas sobre esta actividad, cobraban intensidad en los primeros días de enero. Quizás como un residuo de algún festejo perdido.

Estas «pegas» eran muy variadas y algunas de ellas, modificadas, perviven en la actualidad. La más habitual consistía en «manchar» las espaldas de los transeúntes con algo de color

3 Calvo Brioso, Bernardo: «Mascaradas de Castilla y León. Tiempo de fiesta», Junta de Castilla y León, Valladolid, 2012, pág. 40.

blanco, teniendo en cuenta que la gran mayoría de la población vestía de negro. Lo más sencillo era utilizar tiza, harina e incluso yeso, con lo que se hacían líneas y garabatos. La habilidad, y la «insensibilidad» del receptor para notar la realización de los trazos, daba lugar a simples manchurroneos de polvo, a líneas dispersas o a dibujos de animales como burros o cerdos, realizados con mayor o menor acierto. De ello daba cuenta la prensa:

Pero lector de mi alma / ¿no es una mala vergüenza / decir que en el punto y hora / en que nos viene esta época / no ha de poder salir uno / de su mísera vivienda, / sin exponerse a llevar / encima cinco ó seis pegas / que, los muchachos con yeso / y en forma de alguna bestia, / sobre las anchas espaldas / con travesura nos dejan...?»⁴

En otros casos no se emplea este sistema, sino que se pegan «papelotes y trapos sucios»⁵ o el conocido muñeco de papel⁶. Los más osados, y menos discretos, cogían un trapo al que daban forma de corazón, burro, gato, cerdo o cualquier otro animal, que impregnaban de tiza o yeso molido. La técnica seguro que para muchos no es desconocida. Consistía en acercarse a la víctima y propinarle, en la espalda, un manotazo con el trapo, dejando impregnado el dibujo en su ropa. (Habría quien, en este momento, evoque el uso de los borradores en las aulas con el mismo fin). En otros casos el trapo se ataba a un hilo y se lanzaba con fuerza para que impactase en la espalda.

4 *El Diario Palentino*, 23-1-1901.

5 *El Noticiero de Soria*, 25-2-1914.

6 Imperio. Diario de Zamora de Falange, 28-2-1954: «... ya que los chiquillos no se dedican en los días que le anteceden a la práctica de aquella forma de gamberrismo que eran las "pegas" bien fueran estas en forma de rayones de tiza o espolvoreando yeso molido en los negros mantones de menegildas y artesanas, o colgando el ampuloso gabán de las que llamaban señoritingas absurdos muñecos de papel».

Una variante de esta práctica consistía en ensuciar directamente al viandante, lanzando sobre él cucuruchos llenos de harina, ceniza, agua o una mezcla de ellas⁷. Esta práctica pervive en la conocida fiesta de los enharinados, del 28 de diciembre, en la localidad de Ibi (Alicante).

En otros casos, en vez de manchar la ropa se colgaban objetos en ella, como rabos de animales⁸, que se balanceaban con el caminar de la víctima, provocando las risas⁹.

Otra «pega» habitual era colocar objetos, de algún valor o interés, fuertemente adheridos al suelo, como monedas, tenedores, cuchillos, llaves o pequeños bolsos.

La diversión, en todos estos casos, no consistía sólo en ver a una persona portando en sus espaldas el dibujo, garabato o mancha, o cómo alguien se inclinaba e intentaba, infructuosamente, coger el objeto anclado al suelo. Lo realmente divertido era reírse, públicamente, de aquel al que se la «habían pegado», tal y como recogía la prensa local:

Legiones de chiquillos, provistos de latas, almireces, coberteras y otros útiles, obsequiaban con fenomenal gritería, acompañada de instrumentación wagneriana a los incautos que intentaban recoger las monedas, llaves, bolsillos y demás tentadores objetos que de

*antemano habían sido fuertemente amarrados al suelo*¹⁰.

El ruido era otro elemento, fundamental. Y no faltaban, en este tipo de bromas, los «que cifran su gozo en molestar los oídos de los demás con latas y otros excesos»¹¹, y cuanto más cerca de una persona, mejor, pues más se incordiaba o irritaba.

Otras «pegas» menos habituales

Menos extendida fue la práctica de «zurrarse», es decir, darse golpes, práctica que aún pervive (recordemos las fiestas de birrias y chiborras. Algo de eso evocan también, según los expertos, los bailes de paloteo). En este caso se utilizaban varas o se lanzaban piedras¹², bien manualmente o con los llamados «tirachinas»¹³. Fue común, también, el uso de tenacillas para pellizcar, o de vejigas de animales, llenas de aire, con las que golpear al que se «pusiese a tiro».

Otro grupo de «pegas» tenían que ver, con las heces. Pequeños paquetes u objetos se depositaban en el suelo, impregnados de heces en su parte inferior. Al recogerlos, la mano del ingenuo quedaba manchada, con el consiguiente desagrado y mal olor. Una variante consistía en hacer un agujero en el suelo (algo sencillo en las calles no empedradas y aun de tierra), rellenarlo de excrementos (por lo general de animales) y cubrirlo. Luego a esperar a que el azar determinase la persona que lo pisaba para, en ese momento, hacerse visible y reírse. Y, por

7 *El Papa Moscas*, 4-3-1900.

8 *El Papa-Moscas*, 15-2-1891: «...pero se han olvidado de las pegas. Ni un mal burro pintado en las anchas espaldas de la moza arandina, ni un rabo de cordero colgando de la saya de la burgalesa dama, ni siquiera una mala peseta falsa clavada en las losas de la más transitada calle...».

9 También se documentan este tipo de prácticas en el carnaval de Medina de Rioseco. Fradejas de Castro, Fernando, y Asensio Martínez, Virginia; «Latidos en blanco y negro. Medina de Rioseco: Memorias de un pueblo en ventanas de papel», ed. Aruz, Palencia, 2019.

10 *La Correspondencia*, 19-2-1901.

11 *El Diario Palentino*, 6-3-1889.

12 *El Día de Palencia*, 19-12-1887: «Parece que vuelven a verse por la noche grupos de muchachos que toman por diversión el golpearse con varas y dispararse piedras con exposición de los transeúntes».

13 *El Diario Palentino*, 3-3-1887: «... la costumbre que debiera desterrarse, de las pegas... No ha mucho, que á unas señoras dispararon con los tiradores de goma piedrecitas que las ocasionaron daño en la cabeza...».

último, los más descarados y atrevidos, elaboraban un pastel o bollo, de aspecto exterior impoluto y apetecible, pero relleno del mismo condimento del que venimos hablando, que repartían entre sus conocidos. Al cortarlo descubrían «la pega»¹⁴.

Las «pegas» de palabra

Este tipo de «pegas» era el más habitual, ya que consistía en frases, retahílas y diálogos. En algunos casos eran muy soeces, cuando no insultos¹⁵.

Había dos variantes, bien expresiones creadas específicamente para la ocasión, fruto de algún acontecimiento, o dichos que se repetían todos los años. Este segundo tipo de «pegas» han perdurado, pues terminaron formando parte de los juegos infantiles. El bromista provocaba al ingenuo, bien con una pregunta o con algún gesto, para que le formularan una frase, tras la que se respondía con la broma. Seguro que muchos lectores recordarán algo que se hacía de críos: quedarse mirando a alguien para que nos dijese «¡Qué miras!» y responderle con todo el descaro: «¡Los pedos que te tiras!», o «Las narices que se te estiran». O bien el acusar de algo a otro para que respondiese: «¡Mentira!» o «¡eso es mentira!», replicando con inmediatez: «¡Pues agarra del rabo y tira!»¹⁶.

14 En Segovia esta práctica, se denominaba «cacos» y consistía en arrojar los excrementos u otros objetos molestos por las ventanas de las casas. Tomado de <https://www.tomaslopezlopez.es/los-cacos-y-las-pegas/>, última visita 18-12-2023. También se documenta en el carnaval de Montijo: <https://historiasdemontijo.com/los-carnavales-tradicionales-de-montijo/>, fecha última visita, 18-12-2023.

15 *El Día de Palencia*, 27-1-1908: «Las burdas gracias de los inadecuados muchachos llegan á comprometer á personas muy pacíficas y sensatas, las cuales como es natural, no pueden ver con calma que una turba de mozalbetes descarados les manche y les insulte sin que haya quien reprima tamaños abusos».

16 Una buena colección de este tipo de retahílas se puede encontrar en <https://www.cervantesvirtual.com/>

En otros casos se hacía una pregunta a la víctima: «¿Cuántas son cuatro y cuatro?», a lo que el otro respondía; «ocho», recibiendo como contra respuesta: «Para ti la mierda y para mí el bizcocho». Muchos se acordarán de esta otra: «¿Quién puso el huevo en la paja?», la respuesta era «la gallina» y la contrarréplica: «¡Mierda para el que lo adivina!». Por cierto, estimado lector, que si recuerdas chascarrillos de este tipo estaré encantado de que me los hagas llegar por correo (la dirección se encuentra al final del artículo).

En otras ocasiones no hacía falta que la víctima respondiese nada. Solo había que atraer su atención. Bastaba un simple «¡Mira quien te llama!» para que, tras girarse el aludido, se le dijese «¡El burro por la ventana!». En fin, quizás las chirigotas de Cádiz sean las continuadoras de este tipo de «pegas». En otros casos han quedado camufladas como discursos, cuartetos, poemas, etc... de carácter satírico en multitud de fiestas locales, aunque no siempre vinculadas al invierno.

Pero, la paciencia tiene un límite

Si todo esto se perdió fue porque, tras la Guerra Civil, los Carnavales se prohibieron y, cuando poco a poco se fueron recuperando, incluso en el propio franquismo, la actividad principal se redujo a los bailes de máscaras. Pero antes de que esto ocurriese, la Iglesia y la mentalidad burguesa iniciaron, desde el siglo XIX, una guerra contra el Carnaval y el resto de las fiestas invernales. Su mirada se fijó, sobre todo en las pegas y los desfiles callejeros, en los que se ridiculizaba a las autoridades políticas y religiosas y a la «buena sociedad».

Hay un artículo, de 1893, en la palentina revista *La Propaganda Católica*, que asocia los Carnavales con la victoria de Lucifer, que deja bien a las claras la visión que de estas celebra-

<obra-visor/expresiones-de-burla-y-broma-de-segovia/html/>, fecha última visita 18-12-2023.

ciones tenía la Iglesia¹⁷. Pero también el poder civil quiso poner límites a estas celebraciones. Desde las alcaldías se dictaron bando, como el de Felino Fernández de Villarán en 1887, para evitar los excesos en los carnavales, decretando que: «Las personas disfrazadas ó no, que profiriesen palabras indecorosas, insultos ó ejecuten actos que ofendan a la moral, serán detenidas y puestas a disposición de la autoridad competente»¹⁸.

La prensa local de la época, al fin y al cabo, representante de esa moral burguesa, también criticaba con dureza estas bromas. Sobre todo, cuando los autores no eran chiquillos, sino adultos¹⁹, que se complacían mucho más en el escarnio y la vergüenza del otro. Así lo reflejaba la prensa en 1887: «... la costumbre que debiera desterrarse, de las pegas, ... no ya chiquitos, sino mayores que bien podían comprender la falta en que incurrían²⁰».

Y no les faltaba razón. Las víctimas no recibían con agrado las burlas y bromas y menos cuando provenían de adultos que se regodeaban en el escarnio ajeno.

Aun así, eran tan populares que un periódico las atribuyó un origen cristiano. Argumentaba que la primera «pega», documentada de la historia, fue la de la serpiente con Eva y la fru-

ta del árbol prohibido²¹. No le faltaba sentido del humor al que realizó semejante afirmación, aunque claro, lo hizo en tiempo de «pegas». Y como no, hubo quien, rápidamente, descubrió un nicho de negocio, comenzando a surgir la venta de artículos de broma, como papeles de fumar de pega, o cajas con polvo «pica-pica»²².

Fco. Javier de la Cruz Macho
Doctor y catedrático en historia

17 *La Propaganda Católica*, 11-2-1893, n.º 1259, pág. 41.

18 *El Día de Palencia*, 19-2-1887.

19 *El Día de Palencia*, 24-1-1908: «Ha comenzado el periodo de pegas y la otra noche fue víctima de estas gracias una simpática modista en plena calle Mayor. Con tal motivo se produjo bastante escándalo en los soportales y ni por sueños hemos podido ver a un vigilante. Me parece que estas bromas son un tanto pesadas y molestas y debieran suprimirse aún cuando no sea por otra cosa, sino por lo que nos juzguen los forasteros. Y lo más célebre del caso es que en estas bromitas intervienen personas mayores y las celebran con todo género de entusiasmos y burradas. «

20 *El Diario Palentino*, 3-3-1887.

21 *La Mañana*, 25-2-1879.

22 *La Correspondencia de España*, 1-3-1889.

Revista de **FOLKLORE**

Fundación Joaquín Díaz

funjdiaz.net

